

LOS SIETE ESCUDOS DEL CORAZÓN

Crónicas sobre 8 municipios
del Valle del Cauca

Walter Mondragón

Fondo de Publicaciones del Valle del Cauca

LOS SIETE ESCUDOS DEL CORAZÓN

Crónicas sobre 8 municipios
del Valle del Cauca



Walter Mondragón

LOS SIETE ESCUDOS DEL CORAZÓN

Crónicas sobre 8 municipios
del Valle del Cauca



LOS SIETE ESCUDOS DEL CORAZÓN

Crónicas sobre 8 municipios
del Valle del Cauca

ISBN:

© Walter Mondragón

Clara Luz Roldán
Gobernación del Valle del Cauca

Leira Giselle Ramírez Godoy
Secretaría de Cultura

República de Colombia

Coordinador Editorial
José Zuleta Ortiz

Diseño y Diagramación
Daniela Santamaría Campo

Primera edición, noviembre de 2020

Prohibida la reproducción total o
parcial de esta obra sin autorización de
los editores y de los propietarios del
copyright



CONTENIDO

Presentación	9
San pedro: musical, amiguera y agropecuaria	11
Zarzal, más que caldo de coclí	33
Trujillo tierra de leones	47
Bolívar, un pueblo bien trazado	61
Andalucía en blanco y negro	75
Bugalagrande, obrera, amable y tradicionalista	89
Riofrío, una puerta a la Biodiversidad	101
EL SANTO APARECIDO	
La aparición de un pueblo irreverente	117

Presentación

En estas crónicas el escritor, periodista y poeta Walter Mondragón, oriundo de Tuluá, nos ofrece una visión de ocho municipios vallecaucanos: Andalucía, Bolívar, Bugalagrande, Riofrío, Tuluá, Trujillo, San Pedro y Zarzal.

Es un libro de rescate que permite mostrar la historia y los rasgos culturales de cada uno de estos municipios. La investigación que llevó a cabo su autor es cuidadosa y está animada con anécdotas de la historia de cada una de estas poblaciones del centro del Valle. Es también una vindicación de lo que somos y una manera de ofrecer a propios y extraños la oportunidad de conocer la esencia de cada una de ellas.

El centro del Valle del Cauca es una subregión muy activa y muy importante en la vida y la cultura vallecaucana; desde allí se pueden apreciar los rasgos del sincretismo y de la esencia de nuestra comunidad. En el centro del Valle están presentes múltiples influencias culturales: la colonización antioqueña, las tradiciones de las haciendas, la vocación agrícola, la gastronomía y la música, el habla y nuestro acento.

La historia de nuestros ancestros indígenas, la importan-

cia en la lucha por la libertad de la nación, son algunos de los rasgos que recrean estas crónicas amenas y juiciosas.

Este libro también es una manera de enaltecer la provincia, de darle voz y vida a los que no la han tenido, de alguna manera el autor sin proponérselo hace que el centralismo tan común y tan silenciador desaparezca y brillen con luz propia ocho municipios de los lugares más queridos del Centro del Valle del Cauca.

Clara Luz Roldán
Gobernadora del Valle del Cauca.

**SAN PEDRO:
MUSICAL, AMIGUERA
Y AGROPECUARIA**

**Corregida, revisada y ampliada*



Guido Ospina Calero fue mi profesor de quinto de primaria en la Tomás Uribe Uribe de Tuluá muy a pesar de que era el sanpedreño más caracterizado que haya dado ese pueblo musical vecino del “Corazón del Valle” ubicado en un lugar equidistante entre Tuluá y Buga, donde se celebra el Festival Nacional de Bandas y música inédita a finales de junio, en el marco de las celebraciones que en honor a su santo patrono se efectúan desde tiempos inmemoriales (aunque este año 2020, debido al Covid que ha enfermado a unos paisanos del lugar y, por ley nacional, buena parte han debido quedarse en casa “covinados” debido a su edad -conste que allá no hay viejos, sólo “viejóvenes”- aburriéndose en casa viendo la tele o Netflix, porque hasta el Festival que rompe la monotonía sanpedrina se ha quedado en veremos) la verdad es que en diciembre nos habíamos quedado sin maestro debido a que nuestro titular Jorge Urriago se había vuelto millonario gracias a que él y once maestros de la escuela mercantil¹ más, de Tuluá, se ganaron el billete completo del sorteo extraordina-

1 - José Antonio Aguilera III; Marcos Bejarano; Ángela Londoño; Helin Jiménez; Carlos Viveros; Graciela Cáceres; Heberth Zuñiga; Manuel López; Efrén Zuñiga; Elba Lozano; Oscar de la Cruz, y por supuesto, Jorge Urriago.

rio de Navidad y lo primero que hicieron fue renunciar masivamente a sus plazas, de modo que para llenar una de esas vacantes acudió Guido, como había hecho años antes, en La Argelia, y con su instinto de bombero contumaz estando en San Pedro, accedió al llamado magisterial, para contribuir a apagar esa crisis feliz, que nos permitió conocerlo, y estar más cerca de su querida patria chica, pues hablaba mucho de esta, y no en vano, puesto que un año después publicó la Monografía Histórica y Geográfica de San Pedro, y es que Guido “Ospica” como firmaba sus escritos y cuadros porque era artista y maestro también y en los momentos de calma escolar cogía una tijera y perfilaba figuras humanas y de animales en papel gamuza a las que yuxtaponía ojos, bocas y narices, de armoniosos colores que enmarcaba en madera y regalaba a modo de estímulo a aquellos de nosotros que por su conducta y aprovechamiento mensual se destacaran; por supuesto no llegué a ganar ninguno, pero babeaba junto a Diego Rengifo por tener uno de esos, mientras Edgar Varela y Luis Eduardo Calderón, arrasaban con decenas de aquellos, mientras Diego, el genio bromista del salón, se solazaba en ponerle apodos al tierno maestro, sin que él se diera por enterado: le llamábamos Bombero Atómico, Bigote Brocha, y claro, faltaba más, viendo que no nos ponía cuidado terminamos llamándolo todos el profesor “Gamuza”, cosa que igual le divertía. Lo que pasaba era que el buen don Guido quien se había casado con Blanca Edilia Rendón desde el simbólico año 48, tenía vocación de padre tolerante, y para muestra doce botones: había engendrado una docena de hijos; entre los cuales también es leyenda la profesora Naida, quien en contraste con Guido se hizo célebre por su recio temperamento. Claro, en ese tiempo no había televisión y en San Pedro, además de hacerle los amores a la esposa, era poco lo que se podía hacer. Tanto, que si uno quería salir a la calle

y volver tarde tenía que llevar el gato, desde la casa, porque no había donde calentar el estómago, y todo el pueblo parecía permanecer en voluntario confinamiento, no había ni puestos de vigilancia porque, eso sí, las puertas permanecían abiertas, porque todo hay que decirlo, a sus habitantes de entonces les alcanzaba para el gato y en consecuencia no había ladrones, según lo refiere el maestro de obra y chirrinchero mayor del pueblo Miguel Agudelo.

San Pedro eran seis cuadras para abajo de la calle Sexta, y otras seis que se prolongaban hacia oriente por la Cra Sexta, y ... estaba lista la cabecera municipal! Donde vivían poco más de dos mil personas. Tanto así, que en cierta ocasión un músico de Buga, con quien hacía dúo Agudelo, que también toca guitarra y tiple, y aún lleva serenatas a los enamorados, que lo quieran oír, después de sus duras jornadas de constructor aunque fuera gratis, porque como casi todo sanpedreño que se respete, ama la música y tocarla es una excusa para chupar aguardiente barato con los demás amigotes, en medio de las piezas. Cuenta Miguel que el músico amigo ya ebrio, se paró en la esquina del parque opuesta al edificio de la alcaldía, y preguntó: ¿Qué calle es esta? –la calle sexta- le respondieron a coro, los otros. A lo cual el bugueño, respondió: ¡Huy, me respondió el ecol!

Será a partir de la construcción de la sede de los bomberos, impulsada entre otros por Ospina Calero en 1965, que San Pedro empieza su auge actual. Este pueblo estaba detenido en el tiempo desde dos siglos atrás y el único que parecía ir y venir de aquí para allá y de allá para acá, era “Caballo e palo”. En 1761, don Luis de Guzmán, a la sazón, gobernador de Popayán, le otorgó la Encomienda de esta tierra a Francisco Espinoza, quien, a su vez, legó sus poderes a Jorge de Herrera y Gaitán, y con el paso de los siglos esta tierra se convirtió en una hacienda de la cual fue propietaria después

una familia (¿Hoyos?). El territorio de la primera Encomienda, bajo el régimen de la Colonia, iba desde lo que es hoy el corregimiento de Todos los Santos, (que según los presentes sus moradores tendían a ser o son todo lo contrario) hasta el de Los Chancos, el cual era el que poblaban indios Chancos, que a su vez eran gobernados por el original Cacique Artieta, quien legó su nombre a la aparentemente muerta pero poderosa y traicionera quebrada cuando atraviesa la cabecera municipal, por su lado norte, que hoy día, simula un río seco en el que apenas si viven corronchos adheridos al lecho que los muchachos pescan con la mano, ranas y renacuajos que ciernen con estopas, pero cuando crece es cosa de miedo, viene y arrastra con las casas de invasión que la gente pobre insiste en levantar a sus orillas los cuales sucesivamente han debido ser trasplantados a la recóndita vereda Guayabal, del otro lado de la vía, y arremete contra ese puente estrecho de la Variante, formando un dique de palos que hace que el agua salte a la vía y anegue la carretera, creando traumatismos en ese tramo de la Panamericana. Como lo más precioso y delicado es el recurso agua, y al paso que van las cosas, la deforestación y desertización de las cuencas de la zona, causantes de estas riadas, y reparando en que se podían quedar sin agua, crearon la Junta pro defensa del agua y la quebrada San Pedro (Artieta), haciendo un trabajo educativo y de reforestación que parece estar dando resultados, desde hace un cuarto de siglo.

Se cuenta que Herrera y Gaitán (que no son dos) negoció con estos indios nada mansitos, habiéndoles dejado quietos en sus bohíos del lado izquierdo de la célebre quebrada, con lo cual quedaron organizados alrededor de la hacienda de este, de modo que una vez comprobado el trazado de sus vías y manzanas, y constado la presencia de los naturales en la Encomienda, en 1765 se procedió a erigir el poblado indiano,

con el nombre de San Pedro, apóstol del que era devoto Jorge de Herrera y Gaitán (que no era casado).

Documentos escritos no se conservan muchos, sobre cómo transcurrió en San Pedro la transición de la Colonia a la Independencia, después del incendio que los consumió hace treinta años, lo cierto es que las tierras del alrededor fueron repartidas, mediante legaciones, bien como hijuelas de la Encomienda, o por testamentos expresos de sus dueños, de generación en generación, y resulta probable, que en tiempos de las guerras civiles, en Tuluá y Buga, como los terratenientes caucanos debieron aportar hombres para las campañas militares de quienes se disputaban el Poder central, perdidas las batallas, se extraviaron algunos de los combatientes habiéndose quedado de colonos aquí. Un hecho de armas memorable ocurrió en la vereda Los Chancos, donde el 31 de agosto de 1876, las huestes oficiales de Ezequiel Hurtado y Julián Trujillo, (de filiación liberal) derrotaron por segunda vez, en tierras del antiguo Cauca, al general conservador Joaquin Córdoba, en un episodio cruel donde los liberales estrenaron la recién inventada ametralladora, esa arma mortífera que molía balas como se reparten bananas en las piñatas, dejando al primer envión una docena de muertos y varios heridos en el campo mientras que los que pudieron escapar ... aún están corriendo! Según la memoria de Benilda Nuñez (Q.P.D), la mujer más antigua de San Pedro hasta el año 1954, y quien había nacido 111 años atrás, cuya casa servía de estación del correo nacional y coso de bestias, dizque oyó decir a un caballero que partía con un amigo a la batalla, pero, a combatir en bandos contrarios: “¡Bueno vale, en todo caso si me ve en el combate no me dispare! “Lo mismo le digo yo valecito” habría dicho el otro. Como en la desbandada tan pronto emplazaron la tartamuda en la colina chanqueña, al frente de Las Agüitas, las víctimas no alcanzaron a

darse cuenta, quedaron asustando y todavía se les ve pasar como sombras, cómo preguntando qué paso. Sin embargo, en esa batalla, recibió su bautismo de sangre en caliente el General liberal Rafael Uribe Uribe, quien saliera derrotado, un cuarto de siglo después, en la batalla de Palo Negro, que decidió el triunfo conservador en la Guerra de los Mil Días. (esa guerra fratricida inició en 1899 y terminó en 1903, que surgió a causa del descontento liberal cuyos adeptos se levantaron en armas, contra el régimen de la Regeneración Conservadora) También por la época, entre otras cosas, el gobierno conservador del poeta Marroquín, decidió vender el istmo de Panamá, por tres millones de dólares, más armas, a los Estados Unidos, aparentemente, para solventar y definir esa guerra civil. Y dicen por ahí, que, al cabo del humo, la plomiza, y la secesión de Panamá, cuando le recriminaron por el asunto, Marroco respondió, con el humor cínico que le caracterizaba, tan propio del autor de La Perrilla": "¿Y qué quieren? Me entregaron un país ... ¡Y les devolví dos!

Según Ospina Calero, en el marco de esa guerra, ocurrió otro episodio más en el enfrentamiento entre godos y cachiporros: "En el lugar denominado Las Chambas unos tres kilómetros más adelante de los Chancos, en la vía a Tuluá, se libró durante un día entero una confrontación ganada por los conservadores al mando del general Alejandro Henao, habiendo sido derrotado el general liberal Fidel Victoria. En este combate tomaron parte activa los sanpedreños: Ulpiano e Ignacio Ospina, Isaías Chacón, y como estafeta José Antonio Aguilera que estaba chiquito cuando eso, y al que por eso mismo luego que ocupara cargos importantes le llamaban sus amigos "el Coronel", apelativo que rehusó siempre. Luego, en 1976, cuando Guido Ospica y Freddy Alvarado fundaron el colegio de bachillerato nocturno de San Pedro se satisfizo ese deseo de reconocimiento al estafeta, habiéndose

nombrado esa institución venerable “José Antonio Aguilera”.

Y es que si hay alguien que haya contribuido concienzudamente al avance en el último medio siglo de San Pedro es Guido Ospina, durante todos los años de su vida política, que empezó en 1946 fue nombrado consecutivamente concejal del pueblo, ya en 1948 fue ponente del Acuerdo Municipal por el que se adoptaron el escudo, que muestra el sol radiante de sus campos, el cañón alusivo a las batallas citadas, el tabaco y el maíz, sus cultivos insignia hasta cuando las sucesivas crisis de la agricultura colombiana dieron al traste con sus siembras; el himno, escrito por el propio Guido, que alude a su gesta guerrera ancestral y a su paisaje edénico, con música de los maestros Mario Lopeza y Marco A. González, y la bandera singular de cuatro franjas blanca y azul, roja y verde, sanpedreños.

Pero, además de las contribuciones ya descritas el maestro Ospina Calero, hacia 1982 junto al exalcalde Jorge Montoya crearon la Casa de la Cultura y Biblioteca Municipal “Jorge Bejarano Lozano” (un próspero intelectual del pueblo a quien debían un honor).

Según el historiador: “la Ordenanza N° 1 de febrero 19 de 1864, fijó los límites de San Pedro: no como los hacen aparecer en la actualidad ciertos institutos geográficos; cuyas coordenadas se prestan para que terratenientes de la parte oriental evadan impuestos prediales”.

Así las cosas: “San Pedro limita por el norte con el Zanjón de Pajonales o del Sastre, que desde su nacimiento en las estribaciones de la cordillera Central hasta su desembocadura en el Zanjón de Burriagá le separan de Tuluá; del nacimiento del Zanjón de Burriagá trazando una línea recta imaginaria hasta encontrar el río Tuluá, y por estas aguas arriba, hasta encontrar el río Nogales, que corre por la cima de la cordillera Central. Por el oriente con el río Nogales, desde su desem-

bocadura en el Tuluá, hasta su nacimiento. Por el sur, desde el nacimiento del río Nogales, una línea recta imaginaria que, pasando por el Alto del Antioqueño, va del nacimiento de la quebrada Presidente por estas aguas abajo, hasta su desembocadura en la Ciénaga de Conchal (¡que ya no existe!) y de esta una línea recta imaginaria hasta encontrar el cauce del río Cauca. Y por el occidente, el río Cauca aguas abajo hasta encontrar el mojón o línea del Zanjón del Sastre o Pajonales”.

Se estima que el rectángulo de su mapa original debió abarcar más territorio puesto que aún por esos andurriales de Buenos Aires e inclusive más allá del Alto del Antioqueño, todavía quedan vestigios de lo que fue una explotación aurífera, de la legendaria María Luisa de la Espada, cuyo tesoro aún es un sueño que hace suspirar a los guaqueros que buscan la boca del túnel ubicado en la media montaña, por donde los indios Chancos, la llevaban en andas sobre un baldaquino a recorrer sus inmensas propiedades, saliendo por “La Colonia”, “La Negra” y por el nacimiento del río Amaime, ya en tierras de Palmira, puesto que al parecer sus propiedades se extendían inclusive hasta el Huila, según lo refiere José Antonio Aguilera III, que ha recorrido como pescador esos límites.

Su superficie actual, es la misma que se constató en 1825, cuando fue erigido en municipio segregado de Buga, colindando con el Cantón de Tuluá. Eso no obstó para que 63 años después Juan Ulloa, un olímpico gobernador de Popayán, de aquel entonces, lo bajará de categoría, anexándolo a la jurisdicción distrital de Buga. Pero, una vez terminado el mandato de este, en 1892, por medio de la Ordenanza 33, de ese año, se le restablece su categoría de municipio. Fecha que se entiende como la de su segunda fundación. Su extensión superficial es de 479 kms cuadrados, predominando su parte plana. San Pedro está situado a 1.000 msnm, con

un clima que sobrepasa a veces los 32°C y se eleva hasta los 1.350 msnm con diez grados menos de temperatura. Menos mal que su bello parque principal “Leonardo Tascón” goza de árboles frondosos y aromados, acogedoras bancas de cemento donde posar el peregrino al mediodía bajo su sombra y nueve palmeras centenarias que alcanzan los treinta metros a las cuales a veces, cuando llegan los vientos alisios se la ve bailar de frescura como odaliscas vegetales.

Este pueblito musical y caluroso de donde era oriundo Jorge Pava un artista maravilloso, que murió temprano, ha tenido en sus músicos su expresión sublime, recordemos que Héctor Cedeño Paredes, el gran compositor y maestro de música clásica y popular de Tuluá, en realidad, no era de allá, sino de acá, de Chancos, es sólo que Sergio Echeverry el maestro tuluëño que lo descubrió, se lo “arrastró” literalmente, para el Corazón del Valle. No obstante eso, su ligazón con San Pedro no se cortó nunca, puesto que instruyó a muchos músicos chanqueños que hoy y ayer fueron y son honra y prez de este municipio; al maestro Héctor Cedeño Paredes, le cupo el honor de dirigir la primera Banda Municipal Santa Cecilia, de San Pedro, destacándose a través de ella, maestros tales como Antonio González que dirigió la banda cuando el maestro Cedeño tuvo que dejarla, en una de las tantas épocas de las vacas flacas municipales en que ya no hubo presupuesto para su mantenimiento, y tiempo más tarde el maestro Mario Lopeda Zúñiga, quien tomaría la batuta, cuando González dimitió; vale la pena mencionar también a la familia Aguilera, digo, la conformada por José Antonio y Socorro Borja y sus cinco hijos, todos músicos, algunos de cuyos miembros han sido parte de la banda; a don Bernardo Jaramillo el fino guitarrista quien como José Antonio no hacen parte de la banda porque en estas no participan cuerdas, y al maestro Gustavo Jaramillo Tascón quien forma a nuevos

músicos sanpedreños en la Casa de Cultura y contribuye en la Santa Cecilia. El director de esa banda que le ha dado lustre nacional a San Pedro es Crisanto Lopeza, quien asumió esa noble tarea desde 1995 cuando el maestro Mario, murió (aunque en este momento está en veremos porque el gobierno municipal del Coronel de la policía (R) Jhon Jaime Ospina, lo sacó de la nómina, en febrero pasado) Mencionamos además a Marleny Tascón de Jaramillo, que ha sido vital en el impulso exitoso del Festival de Bandas, y es también chanqueña. Mario Lopeza, el maestro, se fue pero no se ha ido; se quedó irrigando su insigne memoria que sigue grabada en los oídos y el corazón de los sanpedreños, y de todos cuantos tuvimos la oportunidad de oír esa banda extraordinaria dirigida por él, que desde siempre ha estado entre los ganadores de la Festival Nacional de Bandas de Paipa, y el año anterior otra vez ganó el primer lugar bajo la dirección de su hermano Crisanto, quien igual ha liderado junto a los Jaramillo, año a año el Festival de Bandas de acá y su Concurso Nacional de Música Inédita, que sigue vigente. Festividad ideal, también para que se arme el reinado del civismo con jovencitas a cuál más bella y sana, de corregimientos y veredas del pueblo, en una semana en la que se vuelcan gentes de Tuluá, Buga y Cali, para gozar de lo lindo, marco en el que se presentan los grupos de danzas folclóricas de los colegios, institutos y escuelas y los cantantes y músicos de cuerdas del centro del Valle del Cauca.

San Pedro como todo pueblo de ascendencia indiana goza de un templo centenario cuya arquitectura singular es una mezcla de estilos; funde arcos románicos con una torre cuadrangular que quiere ser mozárabe pero autóctona en su forma de ser heterodoxa, la otra torre del templo se fue cayendo debido a los sismos del siglo pasado y el edificio en su conjunto hubo de ser reconstruido como parroquia por eta-

pas, liderado este proceso por los curas Roberto Sarmiento, Gabriel Barco y Ricardo Domínguez, participando los pobladores todos a una como en Fuenteovejuna en su reconstrucción y remodelación. Hay que agregar que San Pedro cuenta tres bonitas capillas: la de Los Chancos al norte, la de San José, al occidente, y la de Presidente al sur. Desde el templo parroquial actual se coordinan las nutridas procesiones de Semana Santa, de un pueblo muy tradicional y católico que no perdona misa siendo las más concurridas, la del día de su santo, (29 de junio) y la de la fiesta de Nuestra Sra. del Carmen, que celebra el gremio de los conductores, abandonados por Porfirio Ospina, además de las de Semana Santa, claro está. Este es un poblado cuyo silencio y recogimiento de otros años obró en el espíritu sosegado de sus nativos, de tal manera que ha dado muchas sacerdotes y monjas, educadores, contadores e ingenieros y por supuesto poetas, como Emilia Garcerá y Meicy Correa, aunque estas últimas al igual que los abogados en razón a que offician la palabra, mal quepan en esa denominación, y el escritor Gustavo E. Chacón, cuyos libros se publicaron en Panamá. Mención especial merece el médico sanpedreño Isaías Tascón, que dedicó su vida profesional a atender los enfermos de lepra, en Agua de Dios.

En términos de servicio públicos se diría que están bien, muy a pesar de lo mal, es deficiente el servicio de agua, caro el servicio de luz, que un alcalde de ingrata recordación entregó a la Epsa, y desde entonces subieron las tarifas, mucha gente va a la alcaldía a decirle al alcalde, vea señor ayúdeme con este recibito, y hay unos que dicen que sí y otros que vuelva más tarde, será por eso que Célimo Bedoya ha sido un recordman de las alcaldías, lleva seis, y quizás, pueda alcanzar la séptima, nunca se sabe. El alcantarillado está en parte colmatado, y sólo cubre el área céntrica, desde cuando José Antonio Aguilera Correa, en los años cincuenta, lo lideró, no

se le han hecho mayores ampliaciones, la telefonía se acabó después de que Teletuluá fue vendida a un grupo antioqueño, y entonces el edificio más bonito del pueblo, quedó vacío; dicen incluso que allí asustan, que sale el fantasma de un hombre pequeño que un cura maldijo; están haciendo un nuevo parque, al que maliciosamente le llaman los chirrincheros “La Mina” porque según dicen ellos, ya se ha tragado mil millones y todavía sigue en obra, y como en todo pueblo anclado en el pasado ahí queda el vestigio del paso del ferrocarril, es decir, la vieja estación, una joya arquitectónica que, al menos aquí, no se han atrevido a tumbar. No se ve mucho el progreso, pero lo hay, las vías de la cabecera están pavimentadas en un 80% más o menos, y hay oficinas estadísticas, como la de correos que pervive en medio de la crisis que supuso la llegada de la red internet, para estos servicios, y buen alumbrado público donde no se va temprano. Había matadero público, pero ahora es un bien mostrenco; funcionan tres decenas de centros docentes y un jardín infantil, y el colegio de bachillerato, que, desde luego, se quedan cortos ante la nueva demanda de cupos puesto que en medio siglo se decuplicó la población sanpedrina, siendo hoy superior a 18 mil habitantes. Cabe citar también que goza de entidades de servicio público importantes tales como el Cuerpo de Bomberos, el Club de Leones, y el Club Social “Los Muchachos”, Hubo una iniciativa empresarial que se llamó Agencia San Pedro, y algunos gremios y cooperativas.

“Aquí también hubo agencias de entidades bancarias hasta cuando se dio un enfrentamiento con la guerrilla que se tomó el pueblo y voló las cajas de esos bancos, quedando una apenas en pie, que no quisieron volar porque enseguida se celebraba un velorio, lo chistoso es que tampoco se pudieron llevar casi nada porque buena parte de los billetes volaron partidos en pedazos, y ni los bonos porque también

con las explosiones, quedarían inservibles, indica el maestro Agudelo. Tiempo después vinieron los paras y volaron el peaje. Aunque las malas lenguas dicen que hubo tres razones para que los grupos armados no volvieran a asaltar el pueblo 1. Porque éramos muy canaleros, pese a lo ricos 2. Porque de pronto les ponían apodos y 3. porque en vez robar, de pronto podían terminar robados. La verdad es que San Pedro sigue siendo bastante pobre pero honrado.

En San Pedro, es significativo el avance comercial y artesanal, basta recorrer el marco de la plaza para encontrar diversidad de negocitos, mercados de víveres y abarrotes, fruver, cafeterías, prenderías, de variedades, restaurantes, pollerías, agencia de motos, almacenes de pinturas, de fotografía, de artesanías, puestos de chance, la cantina de “Cuca” de Edgar Ospina Calero que ya murió, y la cafetería de Lukas, donde encontramos enmarcados tapizando sus paredes, 32 de los afiches alusivos a igual número de los Festivales de Bandas, ocurridos, y detrás de sus altas vitrinas a José Fernando Lozano el popular Camello, dueño de la misma que nos sacó asiento para que pudiéramos charlar con los habitantes de San Pedro que fueron llegando junto a sus amigos y clientes, así llegó Víctor Hugo Mendoza, “Metralleta”, que habla más que un perdido cuando lo encuentran, junto a Mototo o don Berna y su pariente Manuel Mendoza; Don Mario, un hombre que tiene fama de gastador; y Miguel Ospina, que en realidad se quedó mirándonos desde el parque, de temor a que nos lo canaleáramos, a Carlos Picapiedra Lozano, vimos llegar también a José Manuel Fernández “Ardilla”, porque se lo pasa de guayabo en guayabo, quienes recordaron felizmente a “Pájaro” a “Chota” y Ajipique, y al Negro Guillermo Jaramillo, del que no dijeron su mote porque se enoja, y a Oscar Agudelo, “El cantante”, aunque no canta ni en el DAS, y es hermano y constructor como el maestro Miguel; a Chuchote, o el “Caza-

chequeras” o “El Sordo”, el dulce para los apodos, y a Carlos Montoya “Cocoate”. Todos amigos del chirrincho y la joda pueblerina cuya felicidad es reírse por todo y de todos. Ellos aseguran haber ayudado a hacer en gavilla “el pentagrama” una escultura del parque, aunque Walter Molina fuera quien se llevara los honores, no nos referimos a la escultura titulada “los músicos”, hecha en homenaje a las bandas municipales, por alumnos de Bellas Artes (¿del Cauca?) de gran belleza formal, la cual domina axialmente la vista del parque y fue realizada en 1995.

La charla se prolongó hasta el mediodía, y hubo tiempo hasta para tomar leche cruda y recordar con nostalgia los muerticos: a Mario Lopeda, cuya memoria todavía les hace aguar los ojos, a Guido, de quien tanto hemos hablado, a Pedro Echeverry, a Simeón Gutiérrez, a Alvaro Montoya que prendió varios fogones en San Pedro y sus alrededores, y supo para qué es que se es un varón hormonado, a Aldemar Calero, el famoso Titilimón y tantos otros, que la lista es larga, porque ellos todos, tienen más de medio siglo y su respectivo apodo, el cual no les sale ya ni con límpido patojito. Después de que se fue Eddy, el lechero, dijeron que le dicen “Agualeche”. La cofradía es grande y todavía no llegaron algunos de los frecuentes faltan Orley y Chucho “Los Pichones”, por lo dicharacheros, y el carretero Gabriel al que le dicen “Yango”. Ah, y Luis Angel “Piblin” veterinario al que se le murió un marrano de porcelana, La Cotorra y Maria Elsy, de las que no sabemos más, ni de los Londoño: “Los inventores del sueño”. Después, cuando ya morían la charla y la chacota nos dio por hablar del cementerio, el lugar más bello que tiene San Pedro; no hay una tumba o bóveda que no permanezca florecida así sea con flores dibujadas y huele a carboneros, sus cipreses se yerguen altos por encima de sus muros construidos en forma de olas y pintados de rosa, y pareciera

que los muertecitos sanpedrinos al morir se elevaran a una categoría superior para que pudieran disfrutar eternamente de la sombra frondosa del lugar. En San Pedro, cuando hay un entierro, el pueblo entero se vuelca a acompañar hasta el cementerio católico, a sus deudos, convirtiendo el lugar en un espacio de reunión solidaria entre paisanos, y duelo también, mejor dicho ... ¡así cualquiera quiere que lo entierren! De hecho, el sepulturero Héctor Tascón enterrado allí haciendo pequeñas obras de arte decorativo.

Nos enteramos luego que con nosotros departía una de las glorias del fútbol sanpedrino: Phanor Molina el arquero legendario de su selección, y le dimos piola; él nos recordó otras glorias de ese deporte fantástico, nos habló de Venadito, Murillo y Jaime Cobo, de Alcocer Sierra, que la tejía, en forma, como su nombre lo indica, de Pepito Mendoza, de Américo y Hernando Calero (Pio kilo) de Alvaro Pío y Coccocho Mendoza los mejores en el cobro de pelota quieta, y Héctor Aguirre, un buen puntero izquierdo, entre otros: éramos el equipo soñado, bajo la dirección de Orlando Rojas el fino entrenador que los llevó a ganar inclusive hasta a la selección Buga. Acaba de llegar Carlos Ospina “Pulgarcito” al que todos envidian por trabajador, están los Alacranes (que ignoro porque les dirán así) y los hijos de Belén; los hermanos Martínez que no tienen de qué reír, y Carlos “Ajipique” que se mete el viaje desde Buga, únicamente para venir a verlos y compartir unos tragos, está Carlos Tascón “Fatiga”, heredero de Norberto Tascón el célebre dueño de Tabacos Cigalia, y sobrino de don Mario Tascón que igual tuvo una cigarrería que llamaba Galicia, pero por lo que lo conocían era por gallero: si uno quería conversar fácil con él, era cuestión de ir a la gallera Colombia de Tuluá, y esperarlo un domingo, o bien en los días de Desafío, lo conocían en todas las galleras del departamento, aunque desde luego el tabaco era su ocupa-

ción principal.

La de los Tascones viejos fue una época de gran florecimiento del negocio del tabaco, incluyendo también la fábrica de cigarros Victoria, de Huber Morales, que persiste, y otra fábrica de tabaco negro o “picapulmón” que llamaban por entonces. La industria tabacalera sanpedrina generaba alrededor de 500 empleos en su conjunto, pero vino la crisis del tabaco y esta gente no tuvo más que cerrar su industria, desde hace unos treinta años atrás, dejando atrás también una historia de 300 años; desde cuando entraron a la zona unos españoles, que llegaron tarde en busca de oro y encontraron en el tabaco, su verdadera mina, y para adelante, a mucha gente manicruzada, pero, además, los cultivadores de tabaco buscando alternativas, se sumaron a los cultivadores de cereales y gramíneas, con tan mala fortuna que llegó la “Apertura económica neoliberal” y acabó también con el cultivo de maíz, el millo y la soya, allá por el año 92 y en adelante, hasta ahora. De modo que las insignias presentes en el escudo perdieron su valor real, quedándose apenas como representaciones de tres guerras: la de Los Chancos; la guerra social contra el consumo de tabaco, y la económica que desplazaron el cultivo ancestral del maíz. Menos mal que desde hace medio siglo florecieron al lado de esas otras expresiones del trabajo campesino sampedrano, las avícolas, generando empleos y riqueza para este pueblo pobre que fatalmente no acaba de encontrar una vía hacia el progreso; pese a todo, y lo competido del negocio, hoy día, sus avícolas en conjunto producen más de un millón de huevos diarios, y en sus colinas del oriente encontramos varias haciendas ganaderas importantes, lo mismo que todavía, se encuentran muchas parcelas campesinas que se sostienen con cultivos de pan coger, dentro de una economía de subsistencia agropecuaria. Preocupa sí, el desempleo urbano; claro, ahí está la Alcaldía,

que genera un centenar de empleos, y algunos negocios que ocupan jóvenes, pero la verdad es que aquel sanpedreño que estudia, y obtiene un grado universitario difícilmente vuelve para ejercer la profesión acá, a menos que sea de la Banda, porque no encuentra en qué ocuparse, como exclamara un músico muy charro, cuando estaba oyendo hablar del incierto futuro de San Pedro, durante las festividades del centenario: ¡Al paso que van las cosas, es mejor que no me inviten a la celebración de los 200 años! El de la esa sesuda reflexión fue Chucho Mendoza, el que sopla el fliscorno, en la Banda Santa Cecilia.

Bueno, son las doce del día y lo he sabido sin mirar mi reloj de pulsera, pues desde hace más de medio siglo, suena la potente sirena de los bomberos de San Pedro, partiendo el día en dos, y los oídos próximos, haciendo además que el reloj biológico de mis interlocutores y el mío empiecen a hacer gorgoritos segregando ácidos gástricos, y esta cofradía de chirrincheros y amigos, va desfilando también. Yo aprovecho para ir a almorzar en un restaurante de deliciosa sazón caseira, por el que pregunto, y enseguida me indican levantando el brazo, (como Belalcazar) ¡Ahí! Es un lugar enseguida del edificio de los bomberos, diagonal de donde Lukas, para enseguida montarme en mi bici (me ido desde Tuluá en mi bicicleta hasta San Pedro) a hablar con otras gentes del pueblo, entre otras, con Ruby Martínez la enfermera Jefe del Hospital-área de Consulta Externa- que nos contó como el Ulpiano Tascón Quintero, llamado así, en memoria del hombre más próspero del pueblo funciona como un relojito: “Este Hospital de nivel 1, es nuestro orgullo y constituye todos nuestros desvelos, con nuestra colega Paola Serrano, quien coordina Urgencias; se cuenta con grupo de profesionales de la salud, conformado por doce médicos, y 22 enfermeras auxiliares, además del personal operativo, bajo la dirección del Odontó-

logo Jorge Mario Salazar, hacemos un equipo muy completo y entregado a satisfacer las necesidades de los pacientes san pedreños; para lo cual se cuenta con una capacidad instalada de diez camas (5 hombres/5 mujeres) en cuanto a hospitalización; contamos con otras para servicio de Urgencias, y de ambulancia, desde luego; amplios salones para la atención en consulta externa, odontología, vacunación, así como una sala de atención de partos, hacemos control de enfermedades de base tales como Diabetes e Hipertensión Arterial, y se sigue un programa de crecimiento y desarrollo dirigido a los niños, pero además se prioriza la atención a las gentes de campo, para quienes tenemos horarios específicos, a la par que realizamos atención extramural en sus comunidades rurales, contando para ello con la anuencia

del gobierno municipal que dirige actualmente el coronel de la policía retirado Jhon Jaime Ospina, mediante la Secretaría de Salud, que dispone o contrata algunos profesionales del área, para la realización de dicha atención, mediante brigadas de salud”.

En San Pedro las gentes sufren especialmente de Enfermedades de las vías respiratorias por la exposición al humo de los motores, y estomacales, debido al agua, sin embargo, básicamente, mueren del corazón, ya de edad, porque a pesar de todo, la mayoría de la gente trabaja es en el campo, y este aún es saludable. Además, no obstante lo pobre, este es un pueblo, donde se respira todavía un poco de tranquilidad.

En fin, del hospital salimos a visitar unos amigos: el hogar conformado por Armando Laiton y Amanda Penagos, junto a su familia, en su pequeña estancia del piedemonte donde habitan la paz hogareña, desde hace un par de lustros, allí crían gallinas, y cultivan mangos, naranjas y limones, chocholean a sus nietos, ven la tele, rezan, leen o juegan ajedrez, lejos del mundanal ruido de los carros y las motos, de sus vías princi-

pales, pues quien iba a creerlo en San Pedro, hay, se calcula que hay más de cinco mil circulando, además de sus automóviles y camiones, aunque, eso sí, todos van y vienen montados en bici, que es su medio más tradicional de movilización. Sus campos ya no tan idílicos como en otros tiempos idos sufren las inclemencias del tiempo; ellos transcurren entre cantares de pájaros, cacareos y cuacuas de aves de corral y ladridos feroces de perros cuidanderos, junto a los relinchos de los caballos, y los mugidos del ganado que nos llega de la tierra de enseguida mientras en la lejanía próxima escuchamos el pío pío de las pollas de sus avícolas que forman a veces un concierto desconcertante.

ZARZAL, MÁS QUE
CALDO DE COCLÍ



El zarzal es un pueblo movido y joven a pesar de sus casi dos siglos por cumplir, ubicado sobre la margen izquierda de la carretera panamericana en un lugar intermedio entre Tuluá y Cartago donde el sol pareciera levantarse más temprano que en otros pueblos a bañar de su límpida luz los seres y las cosas. Calor que es matizado por la frescura de sus gentes y el alma musical de que están dotados, esa que suscitaba a Julio Herrera, aquel zarzaleño fututo que acompañado de su guitarra era capaz de componerle coplas hasta la vida cara y hoy conjuga con el tremendo ruido de las motos y los carros de esta ciudad pequeña pero candente.

Este es un lugar de contrastes, en medio de su ambiente festivo y la rumba “imperdonable” de fin de semana ha ido creciendo un grupo de gente emprendedora y estudiosa que le ha impreso una dinámica de progreso a la agroeconomía de la región, desde diversos frentes, contando como eje de ese desarrollo a la sede de la Universidad del Valle que funciona aquí desde mediados de los años ochentas, obra a la cual le ha dedicado la vida el investigador social Jairo Echeverri y que actualmente dirige el profesor Luis Antonio Perea.

Por supuesto su proceso no ha sido el desarrollo de los últimos 20 años meramente, sino el fruto de varias genera-

ciones que le dieron forma y sentido antes, desde cuando era apenas un incipiente pueblo indiano que se fue conformando lentamente con base en el núcleo social caucano asentado en esta tierra y la llegada de familias en busca de un pedazo de mundo de origen paisa, acrisolando una raza vallepaisano de gran empuje y notable capacidad de trabajo; antes que la Universidad se convirtiera en el hito que marcara su evolución actual, debió nacer el municipio allá por marzo de 1909 y aún antes, el núcleo humano que le diera perfil, y más atrás aún los primitivos pobladores de esta planicie, probablemente indígenas de la familia Pijao; se habla también de “Daimaras” Y “Gorrones” aunque quizás pudieron ser Quimbayas, como lo sugiere el historiador José Arturo Guapacha apoyado en escritos de Cieza de León. Eran los tiempos en que en la planicie de la banda oriental del río Cauca crecían los bosques y abundaban los humedales cuasi vírgenes ricos en aves, peces y “salvajinas” pues los indios sabían aprovechar los ciclos de la naturaleza sin dañarla y a sus aldeas las erigían en el piedemonte donde desarrollaron sistemas autosuficientes agrícolas. Después entrada la colonización, el proceso de mestizaje hizo que se diera una especie de desplazamiento de castas (pseudofeudales) sociales que determinaron la aparición de los pueblos indianos, conformados por gentes que buscaban establecerse lejos de las rígidas estructuras sociales de las ciudades y las villas y será ese espíritu de libertad el que se exprese aún en las formaciones indianas tardías, ya el siglo XIX, por lo que se presume pudo ser ese el caso de este lugar. Según le contaron viejos pobladores de la región al biólogo y ecologista Víctor Manuel Patiño “las orillas del Cauca estaban cubiertas por una vegetación de galería (etnobotánica), en algunos sectores extendiéndose desde las orillas hasta diez millas” y zonas como Chaquiral eran bosques encantados donde entre sus nieblas podía aparecerse la Madremonte

a quienes se atrevían por sus faldas tupidas de chaquiros y caracolíes, písamos y guayacanes, arrayanes y berraquillos, palmas de almendro y corozos donde igual anidaban coclíes, gavilanes y pellares, iguanas, micos, guácharos y búhos y lechuzas y murciélagos y por supuesto serpientes diminutas como la 24 llamada así porque morías en un día si te picaba, y el gigante berrugoso allí mismo donde buscaban sus madrigueras los armadillos y las tamandúas y la chucha y el perico ligero, los perros de monte y hasta el lobo, biosistema natural, en vía de extinción, debido a la intervención indiscriminada de los colonos que desde los locos años veinte empezaron a llegar con sus hachas y sus ganas de “progreso” a la zona. Y más arriba, en esa región quebrada a que se asciende por entre precipicios, los montes de arrayanes en los que se posa el morrocoy donde permanecen en pie los cedros rosados y los balsos blancos, los cuerinegros, cargaderos y naranjos de monte esas especies arbóreas nativas desde donde canta la mirla y se deja ver aun el tucán.

Existe una versión según la cual, Zarzal fue fundado entre el siglo XIX por sí y para sí por Margarita Girón y José M. Aldana (¿1809?) estableciéndose así el primer núcleo mestizo en la zona: un poblado surgido como por arte de birlibirloque y duro trabajo, de gentes pobres de diversas procedencias dispuestos a vivir entre sus zarzales, razón por la cual ya a mediados de ese siglo los vallunos se referían al lugar con el nombre de El Zarzal (1856). Es posible también que la población indígena se haya mantenido hasta 1858, cuando con el cambio de política agraria en la república federativa de Colombia, son abolidos los resguardos indígenas, situación que aprovecharían los terratenientes para comprar a precio de huevo sus “leguas”, con lo cual se habrían hecho a sus tierras. El caso es que el nombre del caserío en 1871 es el de Villa Libraida sigla que recoge en su silabario letras de los

apellidos de tres familias a las que se considera de las más tradicionales del Zarzal a saber: Libreros, Aranas y Mazueras con las cuales se habrían fundido después Abadías, Gómez, Llanos y González; en ese entonces lo que se entendía como una villa ya no tenía la connotación de caserío poblado por trabajadores al servicio de los encomendaderos de las ciudades (reales) pero en remembranza de la época de la Colonia y acaso por darle fingido “ilustre” de pueblo antiguo, los caudillos pueblerinos buscaban “elevar” sus poblaciones a ese rango.

Ya a principios de siglo un hecho triste viene a cambiar sin embargo el rumbo de aquella población olvidada junto al Cauca: ocurre un incendio que reduce a cenizas prácticamente todo el caserío: “el fuego comenzó en la casa de Domitila González y se fue extendiendo como la chispa que enciende la pradera” pero enseguida sus pobladores se dan a la tarea de la reconstrucción y al cabo de pocos años es levantado de nuevo en materiales menos fungibles: ladrillo y teja, en un terreno recostado un poco más al suroriente, al cabo de lo cual solicitan al gobierno nacional de Rafael Reyes que le eleve a la categoría de municipio siendo nombrado como su primer alcalde Mariano Llanos. A juzgar por el relato del incendio ocurrido en 1903 contaba con unos trecientos moradores todos los cuales vivían en casas de barro o bahareque con techo pajizo las más y las otras de teja cocida, dos pozos artesianos servían a suplir las necesidades de agua potable al uno le llamaban con sana malicia “el ojo de abajo” (cerca al lugar donde se construyó la sede Univalle) y el de la parte norte “El ojo de arriba” (hoy plaza vieja).

De manera que si querían gastar una broma que siempre funcionará a sus vecinos era cuestión de ingeniárselas para citar el primero, el segundo y hasta el tercer ojo, con esa jovialidad que los caracterizó desde siempre. Durante el siglo

pasado Zarzal acogió gentes del viejo Caldas, de Antioquia y del Tolima que se fueron avencinando especialmente en las lomas amenas del piedemonte, al propio tiempo que se mezclaban con sus naturales y fusionaban sus costumbres, sus modos de ver, el gusto y las ideas acerca del hacer, el creer y el amar, sus sistemas de valores, generándose una cultura híbrida manifiesta en la piel de trigo de la mayoría, en sus morenas de ojos verdes, en los rizos negroides de las mulatas y en la exótica belleza de sus “indias” de rasgos blancos; manifiesta el sincretismo de un alma anfibia que participa del goce sensual del valluno lo mismo que de la laboriosidad del tolimese, el afán emprendedor del paisa y la religiosidad del caldense.

Pareciera que está en su carácter ser dulces y jocosos, según dicen ellos esta es “La tierra que Endulza a Colombia”. Recién conocí Zarzal le pregunté a uno de ellos qué se daba allí. Y como notara mi curiosidad académica me contestó: “hombre, pues aquí hay mucho mono”- ¿Cómo así? - replique extrañado- “Si, monocultivo. Entonces entendí que se refería a las plantaciones de caña de azúcar que todavía siguen siendo la nota predominante de su agrícola (11.100 hectáreas de la planicie) y cuyo producto constituye la materia prima del Ingenio Riopaila y la fábrica de dulces Colombina, sus principales agroindustrias, de las cuales han dependido en buena parte sus pobladores, sin desconocer, claro está, las 350 dedicadas al cultivo de caña panelera, (los trapiches de Guasimales aún siguen en la dura molienda de todos los días) y las 20 mil hectáreas de su territorio (de la zona media y alta y aún del plan) dedicadas a ganadería extensiva, principalmente, siendo exhaustivos agregaríamos que según sus estadísticas recientes, el Zarzal cuenta con 11 importantes hatos lecheros y, además de caña allí se siembra café (118 has), yuca (17has) plátano (10 has) cacao (9 has) y frutales:

principalmente cítricos (17 has) así como uvas, papaya, pitahayas y aguacate en menor proporción. De la misma manera, entre las actividades agropecuarias se desarrollan la avicultura (varios galpones tecnificados para cría y levante de pollos comerciales); la apicultura, en la zona existen 35 apiarios y la cunicultura en varias granjas tecnificadas. También constituye importante actividad económica entre los zarzaleños la piscicultura y la pesca en una zona donde además de pozos piscícolas se cuenta, aparte del Cauca, su límite al occidente, con el río la Paila, su fuente de agua potable, que lo atraviesa por el sur, el río la Vieja al nororiente y con las quebradas: Murillo, Cañas, la Honda, y Zanjón de los Limones, entre otras.

No obstante eso, este aparente cuadro de posibilidades se vio alterado varias veces en el pasado reciente y como consecuencia paradójicamente de las épocas de cosecha, como sucedió en casi todos los poblados del norte del Valle del Cauca que conocieron El esplendor y la decadencia del café y los cultivos agroindustriales como el algodón, la soya, el sorgo, el millo, como el algodón, la soya, el sorgo que se cultivaron con algún éxito en la microrregión, inclusive el maíz, antes de que el proceso de la “apertura” económica emprendida en los noventa, llevara la quiebra a sus cultivadores o bien, los hiciera regresar a los cultivos de pan coger y a la ganadería. Durante los ciclos de cosecha cientos de trabajadores rurales “andariegos de zapatos rotos” venían en busca de empleo ocasional, el cual al acabarse generó un desequilibrio socioeconómico mayor al habitual, con las dificultades que ello entraña en algunos sectores de la zona urbana, que es donde con mayor extrañeza se siente la escasez de empleo o de alternativas de ocupación, dado que esa fuerza laboral cesante una vez terminada la cosecha se convertía en población “flotante” en la cabecera municipal. Zarzal se compone

aparte del sector agroindustrial, de comercios, instituciones públicas y privadas, empresas asociativas, oficinas, zonas residenciales, empresas de servicios, talleres artesanales y entidades bancarias, empleo que requiere técnicos y profesionales, los jornaleros pese a constituir mano de obra barata de ocasión, por la relativa estrechez de los medios de producción en la zona, no cabían en la urbe y dejaban de necesitarse en el campo o no eran absorbidos en los subsiguientes procesos productivos (quedándose en el pueblo hasta cuando eran llamados por otras urgencias en otra región del país) y aunado a ello el desplazamiento del empleo de los propios agricultores temporales habitantes de la ciudad; sumado a esto, por cuestiones de tipo cultural, la imprevisión de quienes se beneficiaban en la temporada de bonanza que no lo graban retener lo conseguido, se veía agravada la situación económica general del poblado, en tanto que ello no se reflejaba en ahorro productivo ni en la iniciativa microempresarial, tan en boga hoy día.

Gracias a esfuerzos conjuntos de instituciones tales como la Universidad, la Cámara de Comercio y otras instituciones locales privadas y estatales que de algún modo han contribuido a canalizar la iniciativa empresarial, asociativa y laboral reciente, se ha ido paliando la crisis y corrigiendo en parte este panorama.

Desde siempre en la zona plana de Zarzal abundaron galpones y tejares artesanales pues esta es una tierra “diatoma-sea” dado que en la era jurásica su territorio fue el fondo de un mar donde se depositaron sedimentos finos como limos y arcillas, ideal para la producción de ladrillos y tejas, lo mismo que rica en diatomita (7.500 has en áreas comprendidas entre Zarzal y Obando) en sus lomas bajas y serranías, mineral usado en el revestimiento térmico de hornos industriales. La minería en la zona es relativamente rica aunque no exten-

sa, con excepción de este material se ha detectado “Melosira granulata”, está en proyecto la posibilidad de constituir una organización para su explotación adecuada. Existen estudios sobre los beneficios industriales como aislante térmico de la diatomita; ya en 1988 la Oficina Jurídica del Ministerio de Minas hizo una concesión de 100 has para su explotación a la firma “Diego Llinás” y antes (1974) a una empresa privada para “exploración técnica de yacimientos” pero en la práctica esta se convierte también en explotación, con lo que se hace caso omiso del concepto de Ingeominas, según el cual, previo a su explotación se deben hacer estudios de impacto Ambiental. Entidades como la Universidad del Valle y la Fundación podrían eventualmente solicitar concesiones de yacimientos aún subexplotados.

Sin embargo, en el contexto de la microrregión dentro de la cual está inmerso Zarzal; al sur, en Uribe, todavía existen minas de oro y carbón, aunque de baja producción y una mina de arcilla, en explotación. En Bolívar como se sabe, se cuenta con una mina de manganeso y en el Dovio con yacimientos de cobre que constituyen un significativo potencial minero, acaso en mora de ser aprovechado adecuadamente por los municipios del área en miras a la generación de empleo y el mejoramiento de la calidad de vida de todos sus habitantes.

Por supuesto que la microrregión presenta una estructura agroeconómica predominante, cuyos modos de producción desiguales tienen que ver con la forma cómo se ha ido configurando, y su relativo grado de desarrollo (como lo sugiere el diagnóstico regional de Nelson Gómez Arias hecho a propósito de la microrregión, con referencia a 10 municipios del área: “los niveles de su desarrollo son variables: eficiencia elevada en el subsector agroempresarial, aceptable en el subsector agropecuario y deficiente en algunos subsectores

agrícolas, sobre todo el pecuario. En estas zonas las explotaciones productivas se basan en el pecuario. En estas zonas explotaciones productivas se basan en pastos para ganadería extensiva. Muchas de estas tierras de la zona plana y de colinas constituyen latifundios cuya eficiencia productiva es baja, tanto en la forma de tenencia y uso como por la falta de implementación de un programa que resuelva la escasa disponibilidad de agua; la principal limitante en estas áreas (lo que ha influido en la configuración de estas explotaciones extensivas) Se observa pues un notable impulso de los cultivos agroindustriales, particularmente en la zona plana, cuyo alto valor económico está ligado al proceso de concentración de la tenencia de la tierra y otros fenómenos colaterales recientes que inciden en ello y en segunda instancia, a la ganadería que, si bien presenta algún grado de modernización tecnológica, en buena parte sigue siendo extensivista en particular en esas tierras onduladas de las serranías aledañas, cuyos pastos crecen y se expanden al lado de los cultivos de pan coger y las fincas de frutales, lo que quizás esté evidenciando un proceso colateral de “ganaderización” de una zona tradicionalmente agrícola. Sin embargo, lo más tradicional de Zarzal es la cría de gallina criolla que desde los tiempos del ferrocarril se ofrece a los viajeros esporádicos que llegan al pueblo y como es natural el sancocho de gallina constituye su plato típico, aunque según sostienen sus vecinos de Roldanillo hubo una época en que los zarzaleños pasaron tantas afugias económicas que los moradores de sus caseríos no tenían cómo comprar los huevos ni las gallinas para empollarlos y sacar sus crías, así es que los del pueblo debieron echar mano de su recursividad y apelaron a casar los últimos coclíes de sus bosques primigenios. De tal suerte que, aseguran ellos, así fue como se hizo famoso el sancocho servido en los restaurantes cercanos a la esta-

ción, cuyas gallinas despresadas parecían no caber en el plato, Después ya no fueron tan “grandes” pero la fama de su exquisito sancocho de gallina se conserva intacta. Eso sí, de aquel infundio les quedó el apodo, en el que sus moradores actuales no tienen ningún reato en reconocerse pues de esa forma le hacen homenaje a ese pájaro exótico, al que igual le tienen como una ave de muy buen augurio; todo porque cuando instituyeron el “coclí de oro” para premiar la “Clásica de Zarzal” el primero en ganarlo fue el inolvidable ciclista antioqueño Martín “Cochise” Rodríguez, pero lo más curioso de ese hecho es que este premio resultó ser también el primer trofeo de campeón recibido por el súper campeón de la vuelta a Colombia, en su historial deportivo.

Son famosas sus haciendas tradicionales: La Paz de la Honda, Las Lajas, Milán, El Medio, Corozal, Guabito, El Negro y sus caseríos Vallejuelo y Quebrada Nueva, Limones, Guasimales, Alisal, El Vergel, entre otros. Todos los cuales se fueron creando en torno de las grandes haciendas como núcleos obreros campesinos.

Durante muchos años se contuvo el desarrollo de Zarzal debido a la falta de agua potable; a mediados del siglo anterior Mister J.C. Bold intentó construir el primer acueducto en el pueblo, a través del cual se pensaba traer el agua desde el Cauca, pero éste se suicidó agobiado por una quiebra y el proyecto quedó truncó, sin embargo, reparando en la actual contaminación del ... gran río! siendo realistas, a la larga fue preferible que no se hubiese hecho. El acueducto moderno se debe a la gestión de Olmedo Paredes Gaitán este se dio el servicio apenas en 1982; dicen que las aguas de los pozos no mienten sólo ocultan el fondo quizás de estas los zarzaleños aprendieron a coexistir con las contradicciones sin preocuparse mucho, a reírse de los malos tiempos, del desempleo y

la violencia, ellos se tienen confianza son emprendedores y audaces hasta el peligro pero sin duda lo que mejor los tipifica es su sentido de la solidaridad debida talvez a su tradición de trabajadores agroindustriales y esto se ve complementado por la fuerza callada de sus mujeres, a su espíritu romántico; este es uno de esos pueblos en que todavía hay gente que se mata por amor, como lo sugiere su ex alcalde y prohombre Luis Horacio Umaña el zarzaleño es feliz a su manera, tiene un mundo que lo sustenta, unas tradiciones que lo identifican y una manera de ser muy amable: ser zarzaleño es creer en la Virgen de las Mercedes y en la palabra empeñada, haberse peinado en el agua de un aljibe, sentirse pariente de los Varela, los González y los Caicedos, emprender un negocio, un romance, o el viaje, saberse vallepaisano, confundir el vos con el usted, hacer gorgoritos por la carne ahumada que pende de un hilo para que no se la robe el gato, desayunar con calenta ´o, almorzar con fríjoles carne y arroz, repetir al revés ese menú por la noche y no fallarle al sancocho de la suegra los domingos, compartir una tarde el juego de dominó con los corteros, pertenecer a Vallejuelo, al barrio o a la vereda de dónde se es, soñar con irse y volver “hecho”, ir a nadar a la Paila con la prole, echarse una siesta bajo un cedro macho muy a pesar de las hormigas, pescar con vara en Cauca haber gritado: ¡Iguazos! A los trabajadores que pasan colgados del calambuco, jugar fútbol en la cancha de Riopaila, prestarse para empujar un carro atascado en un barrizal, servir de fiador para un préstamo o salir en una manifestación cívica, tener adicción por las colombinas y los bombones, y ser paisano de Pablo Emilio Perea el músico que compuso el precioso himno al Valle del Cauca.

**TRUJILLO TIERRA
DE LEONES**



En Trujillo llueve mucho pero la vida sigue como un rumor secreto en sus casas acogedoras, en sus anchas calles, en el cuadrado cuasi perfecto de su plaza, en su templo altísimo, en sus pastos y en sus bosques, en el plano junto al gran Cauca y en sus lomas que se yerguen desde los 900 m.s.n.m, descansan en la meseta de la cabecera y ascienden rítmicamente hasta los 3.200 metros, en sus caseríos, veredas y páramos, en sus fincas de café, maíz, plátano y frutales, en sus hatos, en la mirada limpia de sus niños yunteros, en el corazón amante de sus mujeres, en la tenacidad de sus trabajadores y artífices que al sol y agua, Contra viento y marea hacen posible este lugar del mundo en el que han debido renacer muchas veces y despertarse a reinventar el sentido de seguir viviendo luego de tantas violencias como han tenido que sufrir.

Y es aleccionador y hermoso que sea así, este es un pueblecito de postal que pareciera hecho ex profeso para vivir felices, para cantarlo a la manera del poeta Edwin García, el autor de su himno municipal o pintarlo al modo de Francisco Javier Naranjo su pintor tutelar; el verde aquí es una amalgama que matiza sus nieblas en tanto que el amarillo es una fiesta que reconcilia el alma y da calor a sus campos, acaso

sean esos los motivos recónditos que celebran los colores de su bandera flamboyante en lo alto del edificio de la alcaldía, invicta contra el fuego y el frío que vierten su clima templado pero pone bríos a los músculos y prende aromas a la piel, esos mismos motivos que le valieron para ser poblado su territorio hace poco más de un siglo, cuando todavía había lugar para el refugio o la aventura colonizadora entre sus selvas seculares de manera que sus primeros pobladores se habrían instalado espontáneamente en estos lares acaso urgidos por el afán de sentar cabeza y trabajar la tierra o así como los arrieros paisas que se arriesgaron por sus planes y sus cumbres y fascinados por la visión de aquellos parajes de ensueño primigenios, volvieron a su tierra, reunieron amigos, mujer e hijos, hicieron sus aperos y tomando las riendas de sus re-cuas dijeron “¡Nos vamos pa’l Valle!” quizás acicateados por la idea de haber descubierto un paraíso entre estos montes llenos de peligros pero también de maravillas, guiados por el pálpito de que ya era hora de cultivar un huerto propio y dejar de “andareguiar” por esas trochas lejanas, vadeando ríos y ajustando las cargas llevando café y maíz a Buenaventura y de regreso a Medellín las piezas para armar los pianos y el trapiche y otras cosas de la gente rica de aquella ciudad ajena a sus esfuerzos para “enterrarse” a colonizar cada quien su pedazo de mundo en estos andurriales, mientras avanzaba por los senderos encantados de entonces, desafiando hasta el mismo diablo quien se paseaba como un gran señor en un caballo negro, el cual es fama por aquí, que todavía merodea la casa del que esté agonizando; de hecho, hay quienes afirman haberlo visto alguna vez de cerca coincidiendo en haber sentido un frío de muerte y sufrido un desmayo enseguida. De regreso a estas lomas amenas enclavadas en la cordillera occidental, desde las cuales se domina el valle más hermoso de la tierra y aún desde sus picos más altos el mar océano.

Existe una memoria según la cual Manuel Vélez Toro empresario antioqueño habría visitado en Salónica a un gringo que se había hecho con esas tierras tiempos antes, quien le vende el terreno ubicado entre las lomas de Andinápoles y el plan de Punta Larga por mil pesos oro, hacia el año de 1899, pero será en 1920 que llegan Leocadio Salazar un nieto de Nicolás Trujillo quien a su vez estaba emparentado con el militar y político Julián Trujillo, famoso en el Valle del Cauca por su participación en la batalla de Los Chancos, con Salazar llegarían también Jesús Gómez, Fernando Flórez, Félix Alzate, Cayetano y Antonio Muriel, Leopoldo Garrido, Marcos Materón, Antonio Velázquez, Alfredo Echeverry, Francisco Guarín y su mujer Seferina Marmolejo quienes se habrían puesto en la tarea de tumbar monte y abrirse camino a punta de hacha y machete, esos símbolos del trabajo campesino de otras épocas que igual aparecen en el escudo de armas del municipio refrendando así su saga fundante, habiéndose asentado en principio entre sus selvas seculares por el sector de la vereda Juntas. Estos compran por 3.850 pesos oro el terreno a Vélez Toro quien pone como condición para la transacción que le nombren al sitio la Esneda en honor a una princesa de la primitiva nación Motoa con quienes don Manuel habría mantenido trueque, cuando se haga realidad del caserío, de modo que en su primera fundación el 21 de septiembre de 1922, a la cual acuden notables de Buga, Roldanillo y Riofrío, así se llamará y será jurisdicción de Huananó, aquel puerto sobre el Cauca al que arriban los barcos en la época feliz de la navegación fluvial a dónde llegan las mercancías y desde el que se embarcan los productos de la zona y donde un siglo atrás los soldados de Robledo se habrían curado de la lepra al acceder a bañarse en las aguas milagrosas de su acequia (hoy casi seca) por consejo de los indios. por esa época se siembra caña panelera y se muele

en el trapiche la Emma y pocos años después aparecerán los trapiches de La Luisa y La Rochela, cuyos productos se bajan en acémilas hasta Huasanó y Tuluá, los mercados más próximos, con el auge de la zona se instituyen 1927 una inspección de policía en el lugar a la que se conocerá como “Vernaza” la cual será anexada luego a Río frío como corregimiento. Situación que genera descontento en sus moradores y revela el espíritu de independencia que les tipificará en adelante; dos amigos: el liberal Ernesto Pedraza y el conservador José J. Ríos reaccionan solicitando la Asamblea del Valle del Cauca la erección del pueblo en municipio, lo cual ocurre tres años después, conforme lo establece el Acta de la Gobernación del Departamento del 9 de abril de 1930, pero ya no se denominará la Esneda ni Vernaza, surgirá con el nombre de Trujillo, en honor al militar citado con anterioridad y será nombrado como alcalde Horacio Ceballos.

Vicente León sembrará café arábico en su finca la Roche-la, allá por esos años y pronto otros productores seguirán su ejemplo, de tal manera que hacia la década de los cuarenta Trujillo competirá por el liderazgo regional en producción cafetera con Sevilla y Caicedonia. La vida del poblado empezará a girar en torno a la cultura del café, aunque se seguirá haciendo leña de sus bosques, sembrando el maíz, el frijol, el banano y el plátano y dejando que surjan de entre sus rastros el zapallo y la sidra, las victorias y las berenjenas para el autoconsumo pues entonces no tienen precio.

En Robledo y Huasanó su parte plana, se desarrollarán en principio actividades de pesca, ganadería extensiva, establecimiento de la caña de azúcar y huertas caseras. Después, en la medida en que se va gestando paralelo a su evolución, el proceso de concentración de la tenencia de la propiedad y se pasa de la pequeña parcela al latifundio; lo cual será la tendencia en toda la microrregión, se establecen otros culti-

vos agroindustriales tales como millo, solla y sorgo que hacia los noventas se hacen insostenibles y son absorbidos por esa misma lógica de los agrosistemas dependientes, por el monocultivo de la caña.

Un balance sucinto de sus primeros treinta años revelaría una tierra fértil que no viene empieza a dar los frutos opimos del trabajo honrado aparece involucrada en el fenómeno de la violencia partidista los “años sin cuenta” así que es en su suelo labrado, en sus vías recién forjadas y en sus casas y su plaza estalla una guerra absurda; no bien se ha consolidado como pueblo su pequeña sociedad ya se resiente del rastro de sangre vertida a raíz de diferencias politiqueras y su herencia de odio que los enfrenta y niega como miembros de una misma comunidad, a la par que en su imaginario colectivo se desplazan los sentimientos de fraternidad y respeto mutuo e irrumpen las imágenes traumáticas del horror difíciles de olvido, y del miedo que magnífica al opresor y condiciona la experiencia compartida, pero, independiente de esto, su dinámica de pueblo próspero aunque se vería diezmada como su población se mantendrá, entre otras razones por las características de su entorno geográfico y su ubicación estratégica en el contexto de la microrregión; Trujillo goza de una topografía envidiable, en su área que comprende 30 kilómetros cuadrados de plan, 60 de media montaña, 128 de tierra fría y tres más de páramo, para un total de 286 Kms², ésta quizá su mayor fortaleza, pues ello significa que goza de cuatro pisos térmicos, sus pendientes son moderadas, está articulado al eje fluvial que constituye el río Cauca clave del acelerado desarrollo de sus primeros años, y su suelo blando compuesto de sedimentos volcánicos, abundante en bosques naturales y en consecuencia en nacimientos de agua y quebradas, y aunado a ello la variedad de sus climas y su situación geográfica que lo hace cercano al sistema de ciuda-

des que tipifica el Valle del Cauca. Hoy se sabe que Trujillo es una de esas pocas poblaciones colombianas que tiene el privilegio de estar incluida en el “Triángulo de oro” del desarrollo, por su cercanía con Tuluá, Buga y Cali, a Buenaventura y Tribugá en el Pacífico y estar integrada al corredor de Chocó zona que empieza a articularse en forma con Antioquia y la Costa Atlántica, zonas ejes del área andina.

Trujillo está calmado, según lo asegura su actual alcalde Néstor José Loaiza; las cuentas del municipio están en orden gracias al pago de la deuda a pública; cuatro de cada diez trujillanos tienen ARS asegurada y la cobertura de sísben es casi total; 2.800 menores son beneficiarios de bonos escolares gracias a un convenio interinstitucional tripartita (Gobernación, ICBF y Municipio) y el mercado campesino impulsado por su administración que genera beneficios a sesenta familias

Así mismo, han sido capacitadas en administración ganadera y rural, mecánica y confecciones 360 personas, dentro de un convenio con el SENA y simultáneo a ello se impulsó la microempresa Ecovestir, la cual fue dotada con 25 máquinas de maquilar y reúne a sesenta mujeres cabezas de hogar; con la UMATA y el Comité de Cafeteros se adelantan programas de capacitación campesina sobre diferentes cultivos, articulada al proceso de las cadenas productivas de mora, lulo y tomate de árbol, así como para la producción de aguacate; también con dicho Comité se realiza un programa de seguridad alimentaria (Resa) orientado al establecimiento de patios productivos para beneficiar a 200 familias; así mismo, se desarrolla un programa de construcción de 129 viviendas de interés social entre cuyos beneficiarios se encuentran desplazados por la violencia, empleados de la administración, del sector salud y profesores. El burgomaestre estima como una de sus prioridades la atención al tema del orden público

de manera que los trujillenses ya pueden llegar a sus fincas a invertir en el campo, asunto que se ve complementado con las tareas orientadas a fortalecer la participación ciudadana en el poder local, y dar satisfacción a anhelos ciudadanos, contando con la coordinación de la Personería municipal, a cargo de Luis Fernando Herrera, como son: la elección de Jueces de Paz, la consulta popular (mediante tarjetón) sobre la Policía, el impulso al Comité de Atención integral a la población desplazada y el proyecto de cooperación internacional, en trámite, que tiene por base cuatro ejes: educación, migración asistida, desarrollo y hermandad de los pueblos.

Pero así como existen y funcionan las cadenas productivas también, para su goce y daño persiste la otra cadena: la de la deliciosa maledicencia de la esquina o el bar abierta e inofensiva de la que salen los apodos y las ocurrencias que constituye un modo de ser provinciano, surge la del chisme soterrado y peligroso ese arte de la intriga dirigido a envenenar las relaciones o a corroer los sentimientos que sirve de vector de la violencia fratricida y se esgrime como arma sucia para confundir en el amor y en la guerra. Es curioso que en un pueblo donde los partidismos y sucesivos autoritarismos de que han sido víctimas, con sus secuelas de odio y malestar social, donde no han logrado quebrantar su vocación de gente honrada y trabajadora ni romper su sentido de solidaridad no se haya podido entender la diferencia. Por supuesto que preexiste a esta imposibilidad otra realidad inocultable: la herida abierta por esa violencia cíclica que pareciera una constante en la historia de este pueblo joven y bello, la cual se ha ejercido, coinciden en ello historiadores y analistas del fenómeno, por “una serie de procesos y situaciones como de intereses personales, manipulación electoral, sectarismo, conflicto por la tenencia de la tierra, abandono, crueldad, ausencia de reconocimiento estatal y

lucha por el poder, elementos que facilitaron, favorecieron y fomentaron la violencia ocurrida por lo menos en las tres etapas históricas definidas, hasta llegar a los hechos ocurridos entre 1989 y 1991". Situación extendida a la microrregión (Trujillo, Bolívar y Riofrío) que a 1994 había registrado ya "alrededor de 300 casos de violaciones de los derechos humanos. Torturas, desapariciones y asesinatos fueron ejecutados contra la población civil", son asuntos difíciles de olvidar. Ese ciclo violento que fue conocido ampliamente en el país por su repercusión, cuya víctima más representativa fuera el padre Tiberio Fernández, en torno al cual se generó enorme movilización solidaria liderada por la ONG "Justicia y Paz", que posibilitó la denuncia ante la OEA, (su famoso caso 11.007) organismo que investigó el caso a través de una comisión institucional, condenó al Estado colombiano que a través de su presidente Ernesto Samper, reconoció públicamente su responsabilidad el 31 de enero de 1995 -a reparar a los familiares de las víctimas mediante acciones económicas y el desarrollo de un Plan de inversiones en el Municipio, el cual se determinó 8,500 millones, y como acciones de carácter moral recomendó dar castigo a los culpables y construir un parque Monumento en memoria de los caídos, buscando efectividad en los esfuerzos estatales y sociales de ayuda a la población afectada.

Para el desarrollo del plan de inversiones de la nación en Trujillo se presentaron tres propuestas: una del municipio y las fuerzas vivas (entidades e instituciones presentes en la población), otra de los familiares de las víctimas y la iglesia y, una tercera presentada por el Estado colombiano que fue finalmente la que se acogió.

De manera que el gobierno central determinó que ésta se debía efectuar a través de sus ministerios y entes descentralizados entre paréntesis (SENA, ICBF, etc.)" según lo refiere

el exalcalde popular Jairo Saldarriaga, quién destino parte de esos recursos, durante su administración (1998- 2000) a la dotación del Hospital Santa Cruz, el Centro de Salud de Huasanó y los demás puestos de su red de salud, a la recuperación y pavimentación e nuevas vías, al fortalecimiento de infraestructura de las escuelas y en “incorar” tierras para propiedad y usufructo de 300 familias campesinas. De la misma manera como le correspondió asistir a “La Marcha de las 109 rosas, junto a sus paisanos compatriotas y delegados de Naciones Unidas venidos de otros países el acto simbólico con el que se dio inicio, en la colina donde ya está erigido, a la construcción del Parque Monumento a las víctimas, cuya área ocupa 1.225 mts². y es visible desde su centro urbano y cuyo sentido estriba en tener presente el recuerdo de éstos para que nunca más se repitan estos delitos atroces, diseñado por el arquitecto Santiago Alberto Camargo; lo que sin duda ha fortalecido la infraestructura del municipio y le ha dado nuevo impulso, lo mismo que ha significado un punto de partida para la paz, la justicia y la reparación. Sin desconocer que los conflictos socio políticos del país como a las demás poblaciones del área igual lo siguen atravesando pues los afectan en su estructura productiva y en el postergamiento del rescate simbólico de su opción de vida y la restauración de su tejido social.

Según las voces recogidas en un proyecto relevante como ninguno, desarrollado por la Presidencia de la República, OEA dirigido por Manuel Restrepo Yusti de la ESAP para un diagnóstico sobre Trujillo, hecho en 1999, su gente señala como condiciones generadoras de la violencia las siguientes: corrupción Estatal; falta de una clase política consciente de su rol; falta de curiosidad intelectual; falta de reforma agraria y carencia de oportunidades laborales; el narcotráfico que socava la estructura moral y social; cultura de la intoleran-

cia, transmitida entre generaciones; deseo de poder; desempleo; falta de educación; ambición de dinero fácil; presencia subversiva; valores perdidos por la comunidad; perpetuación en el poder excluyendo a los demás.

Pero, además, tienen claro que es preciso superar el odio, el dolor y la rabia, los malos sentimientos de venganza, la pesadumbre, el pesimismo, la incompreensión, el egoísmo, la indiferencia, el poco sentido de pertenencia, el sectarismo, la discriminación, la falta de liderazgo, la injusticia social, la imagen predominante del municipio y la subcultura de la violencia; privilegiando los valores que pese a todo han sabido mantener pues tampoco hay duda en reconocer que los trujillenses son amables, emprendedores, solidarios, auténticos, (aguantadores) en su mayor parte, que suelen ser alegres, honrados y trabajadores, progresistas, hospitalarios y amantes del campo, amistosos y muy serviciales, todo ello en función de recuperar su identidad, pertenencia y dignidad como pueblo y unido a ello, el diálogo fraterno, el respeto por la vida y la unión familiar y comunitaria.

Pero, tal vez, el problema más difícil de superar es el del empleo; un estimativo poblacional indica que sus habitantes serían 17 mil en la actualidad y que siete de cada diez trujillenses viven en el campo, en consecuencia el sustento de la mayoría se deriva de la oferta de empleo rural y ésta se encuentra determinada por el número de jornales que requiera cada cultivo en cuanto a preparación de la tierra, siembra, cosecha y post cosecha, con el café no les ha ido mal, de hecho hacia la década de los setentas el pueblo vivió un esplendor inusitado gracias a la bonanza cafetera, en los ochentas se mantuvo estable pero durante los últimos quince años el producto fue dejando de ser la panacea; el precio del café fino colombiano estuvo a la baja llegando a cotizarse por debajo de los sesenta ctvs de dólar la libra en EUA ,

(hasta no hace mucho volvió a coger precio, está U.S 1,20 ctvs por libra) y sumado a ello la roya y la broca, esas plagas extrañas, minaron las nuevas variedades plantadas (Caturro y variedad Colombia), lo que lo fue haciendo poco atractivo y en consecuencia, desplazándolo en parte de sus parcelas, cuyos dueños debieron diversificar plantando mora, lulo, tomate de árbol, aguacate y otros cultivos que no ocupan tanta gente en su manejo, lo mismo que otros siguieron la tónica otros productores de la microrregión, sembrando pasto y estableciendo ganaderías; de modo que mientras el café generaba un empleo y medio por hectárea; una de cinco hectáreas genera a lo menos dos, aunque, por otro lado, se ha visto un incremento en la plantación de árboles de explotación industrial (Smurfit- Cartón Colombia) que demanda algún empleo. Esto, lógicamente, se ha traducido en una tendencia a la disminución de su población rural que afluye hacia los centros urbanos en busca de qué hacer lo cual repercute también en la mira de los jóvenes estudiantes, que aspiran a irse tan pronto como terminan la secundaria.

Con todo, se diría que sus moradores siguen siendo el mejor producto esta cultura de hacha y machete surgida entre la selva y sus aborígenes pobladores y el río ancestral del Valle del Cauca que se abre camino aún en la sombra, corta la leña y levanta la hoguera que reúne y da calor... lo mismo que ahuyenta los malos espíritus y con puñados de café detiene la sangre que vierte y se rehace como el tejido de una herida; todos los cuales, gracias a su capacidad de lucha, juventud y posibilidades tienen un futuro promisorio, mucha fe en Dios y muchas ganas de vivir, pues como lo señala el profesor Guillermo Trujillo que lo conoce como la palma de su mano y ha recopilado lo mejor y lo peor de su historia: “los trujillanos vivimos arraigados a nuestra tierra y a pesar del incendio del teatro que fue como nuestro “Cinema Paradiso”

y los hechos de todos conocidos, a este pueblo no se lo ha llevado el diablo ni el espanto de la Vaga, como creen algunos, todavía”. Y todo por una razón muy sencilla: “la mayoría es gente buena del campo”.

**BOLÍVAR, UN PUEBLO
BIEN TRAZADO**



Auno lo que más lo impresiona de Bolívar son sus calles anchísimas y tal que si hubieran sido trazadas con tiralíneas, derechitas: tanto que si lo siguieran podría ver a su perseguidor hasta veinte cuadras atrás. Su arquitectura centenaria en conjunto es un monumento a la generosidad y la imaginación, son casas altas construidas a la usanza española de enormes aleros, en el área del centro urbano y las demás presentan fachadas al enjalbegadas de cal blanca o amarilla en su mayoría y cornisas grabadas que sobresalen de manera sobria. Es una ciudad pequeña, pero de puertas anchas en la que el aire es un niño que juega a espantar el calor al caer de la tarde. Es el antiguo pueblo del pescado al que los indígenas “gorrones” llamaban Yayza en su lengua sonora cuando todavía se encontraban venados y guadaquinajes bebiendo tranquilos a la orilla de los siete ríos que por fortuna le siguen vertiendo sus aguas y ahora sirve a dar vida no sólo a sus animales y plantas si no a las gentes de siete poblaciones además de sí mismo, mediante el sistema de abastecimiento regional de agua de Bolívar, Roldanillo, la Unión, Toro, SARA-BRUT y al cual se han ido integrando el Dovio, la Victoria, Obando y el corregimiento de Ricaurte, un embalse que de tan grande ya recuerda el mar ubicado en la vereda

“Guacas” que le da su nombre, corregimiento de Primavera, zona rural de Bolívar, al que se accede desde la cabecera municipal por una carretera que asciende como una serpiente alada bordeando el cañón del río Pescador, por la cordillera occidental hasta el kilómetro diez para descender luego al nivel de la represa enrocada (consta de una sola cara de concreto cuya altura desde el fondo es de 42,5 metros) situada a un kilómetro más allá.

Como casi todos los pueblos de esta zona Bolívar, hasta hace 400 años, fue simplemente una aldea aborígen atravesada en el camino del oro hacia el Chocó, donde al parecer de algunos historiadores ocurrió la primera fundación de Cali; se cree que los indios aplicaron una estrategia de tierra arrasada y terror para expulsar a los Invasores como parece corroborarlo esta anécdota: *“junto a las puertas de sus casas, por grandes, tienen de dentro de la portada muchos pies de los indios que han muerto y muchas manos; sin lo cual, de las tripas, porque no se les pierde nada, las hinchan de carne y de cenizas, unas a maneras de morcilla y otras de longanizas; desto, mucha cantidad; las cabezas por consiguiente, tienen puestas, y muchos cuartos enteros. Un negro de Juan Céspedes, cuando entramos con el licenciado Juan Vadillo en estos pueblos, como viese estas tripas, creyendo ser longanizas, arremetió a descolgarlas para comerlas, lo cual hiciera si no estuvieran como estaban, tan secas del humo y del tiempo que había que estaban allí colgadas”*. Según lo refiere a un cronista de indias.

Su primer asentamiento humano estaba en lo que hoy se conoce como la plaza vieja. Sin embargo, no existe acta de esto y en sí el pueblo estuvo desde tiempos precolombinos allí con su nación indígena (probablemente Motoas quienes solían gritar eufóricamente ¡Gorrón! cuando pescaban un bocachico por lo que el Invasor español al oírlos exclamar

aquello les apodó Gorriones) viviendo como en un paraíso en sus tambos, vestidos sólo con maures “con que se cubren sus vergüenzas” pescando en la laguna primigenia, sembrando el maíz, el plátano y la caña dulce, en aquella tierra donde crecían árboles de guamas, guayabas, guanábanas, limas, naranjas y limones, además de caimitos amarillos, ciruelos, raltas y uvillas, a la par que elaboraban con sus manos los usos de barro para hilar las mantas de algodón para sus mujeres, vasijas para las comidas y las copas mortuorias donde depositaban las joyas que enterraban junto a sus muertos, según quieren los relatos de Cieza de León y otros cronistas retomados por el historiador bolivarenses Héctor Herney Arias Reyes. Años después la población del Antiguo pueblo del pescado aparecerá muy diezmada (72 personas), congregada en el resguardo de Churimal, dentro de la parcialidad del cacique Simón Motoa. Un siglo más tarde, es fundada una capellanía a cargo de Joseph de Ávalos, la cual aparece heredada por su sobrino Simón Luis Moreno de la Cruz Ávalos quien hacia 1664 disputa los terrenos del resguardo a los indios, los cuales se quejan de los daños y agravios que les inflige, en contra versión al Consejo de su Majestad, ante la Real Audiencia de Quito, por lo que es enviado Juan de la Muela para que deslinde y defina las leguas de tierra asignadas a los Motoas, desde el 1 de enero de 1667. Esta capellanía comprendida desde la tierra alta de Robledo hasta el Zanjón del Acedío, en el Alto de las Amarillas por el occidente; por el oriente el Cauca desde el portachuelo de Caramanta aguas abajo, hasta el portachuelo de Humadapa (La Peña), al norte con Roldanillo desde el Alto de las Amarillas, bajando de la cima de la cordillera hasta el portachuelo de Humadapa y al sur por el Almorzadero desde Caramanta en línea recta hasta los altos de la cordillera, éste se fue fraccionando en herencias hasta desaparecer entrado el siglo XIX.

Hacia 1794 Domingo de Torres quien era dueño de la comarca, es nombrado alcalde pedáneo del recién segregado de Roldanillo partido de Quintero y vemos que el lugar es ahora “parroquia del pescado” y pertenece a Roldanillo, pueblo que después de la revolución de Independencia será uno de los once “cantones” que comprende la provincia de Popayán, lo que más adelante será el Viejo Cauca.

A partir de 1829 ascendió a viceparroquia, se le llamará Santa Ana del Pescado, nombre que perdura en su templo parroquial. Allá por enero de 1843 se traslada la población de su sitio original (Plaza vieja) al parecer debido a una epidemia de viruela, al actual. Según consta en documentos anexos al decreto 27 de junio de 1857 por el cual se declara estado soberano al Cauca, el Pescador entonces un poblado de 1.752 habitantes y aparece adscrito a la provincia de Roldanillo que ahora haría parte del Cantón de Tuluá. Y finalmente, el 8 de enero de 1.884 es convertido en municipalidad y entra a llamarse Bolívar y, “Yegüerizo” ese lugar en el que dejaban a pastar la yegua los viajeros antes de entrar al pueblo del pescado, se denominará Ricaurte, en honor a los héroes.

Ya en la década de los 30 del siglo pasado Bolívar será sacudido por la violencia partidista, en la Tulia es quemada la iglesia evangélica haciendo que algunos de sus devotos se trasladen a Betania (ambos son corregimientos de este municipio) se presenta un ataque a Naranjal también y Betania es casi borrado del mapa: “como el asalto estaba anunciado sus moradores armados para resistir se apostaron en los zarzos de sus casas y cuando “los pájaros” que venían desde el Dovio le rodearon; estos repelieron el ataque corriendo cada quien una teja y disparando desde allí, desconcertándoles en principio, pues aquellos no veían de dónde salían las balas. Así es que aunque la estrategia de los de Betania fue buena, los pájaros que hicieron mayor número al ser reforzados por

los que llegaron de otras poblaciones, entraron y redujeron a cenizas el caserío dejando en pie sólo dos manzanas, la larga noche del 22 de noviembre de 1949"; un despertar monstruoso para una gente que no había conocido catástrofe humana distinta a la vivida por los pasajeros de un avión de correos de Scadta que el 10 de marzo de 1934, al chocar con uno de sus cerros dejó como sobreviviente único a Mr Newton Marshall, quien después de esperar en vano dos semanas por su rescate y vagar 22 días más por entre selvas al hacer contacto con unos guaqueros en el Uribe, fue confundido con el Hojarasquín del montel.

Es curioso que siendo un pueblo bonito y grato Bolívar en 1951 cuenta con 16.441 habitantes y que 55 años después siga teniendo casi la misma población (16.207) por supuesto que no siempre fue así; según el censo de 1938 eran 13.496 los bolivarenses y si se tiene en cuenta que la población del Valle del Cauca era sólo de 613.230 habitantes, eso quiere decir que llegó a representar 2,3% de su población. En ese entonces el pueblo recibe migraciones paisas, colonos que se instalan en su zona rural, tanto así que 96 personas de cada 100 viven en la zona rural. Ya en 1951 los vallunos son 1.107.000, y en Bolívar el 1,8% de ellos lo cual expresa el comienzo del desalojo por efecto de la violencia de esos años. Hacia 1964 en el Valle del Cauca residen 1.700.000 personas y la población de Bolívar es de 20 mil y en 1973 alcanza los 26 mil habitantes, pero en el departamento ya son 2.392.715 los habitantes, de modo que la población del antiguo pueblo del pescado es apenas el 1,5% de este total. Un análisis estima que el crecimiento porcentual de su población se debe en parte al atractivo que supone Cali para los jóvenes de provincia y unido a ello el proceso de concentración de la tenencia de la tierra en un pueblo con vocación agrícola donde se cultiva principalmente café y cultivos de pan coger en

su zona montañosa y uva, algodón y caña de azúcar cultivos agroindustriales que no parecen muy rentables, (por las condiciones del suelo que exige mucho riego en Ricaurte, Guare y San Fernando). Pero 20 años después ha descendido dramáticamente a 18 mil habitantes, lo que se explica en parte por el nuevo éxodo campesino generado por el fenómeno del narcotráfico en la región y en parte por las pocas oportunidades de trabajo para los jóvenes estudiantes que se mueven hacia Tuluá y Cali en interés de emplearse en el sector de los servicios y profesionalizarse. Ahora, el departamento cuenta con casi cinco millones de habitantes y se calcula que en Bolívar vive únicamente el 0.8% de su población después de Sevilla que es la localidad que mayor tasa de decrecimiento presenta en los últimos años. Sin embargo, Bolívar hoy día es un pueblo tranquilo que como proclama su aviso de entrada es “Capital de la paz” su vocación económica sigue siendo la actividad agropecuaria lo que se corresponde con su composición topográfica (96,2% de área rural).

Con la construcción del embalse las “Guacas” se le abrieron muchas posibilidades de integración con los municipios aledaños a los que surte de agua, por lo que su actual alcalde Exerzain Vargas Castillo es enfático al afirmar que Bolívar “es el municipio que te da vida” y se perfilan una serie de proyectos para el ecoturismo y agropecuarios. Sin duda la represa ha significado un nuevo impulso para la población que siente ese aire renovador que le llega de ella desde el mismo día en que empezó a operar (27 feb. de 2004) por sus potencialidades para el desarrollo ambiental, cultural y agroindustrial de la región. Bolívar por su clima tropical húmedo en la zona de la Cordillera occidental tiene vocación forestal. Además, mediante alianzas interinstitucionales se da impulso a la producción de cultivos orgánicos, la cría de caracoles, e incluso con visión exportadora un grupo apoyado por el Comité

de Cafeteros está empezando a producir el hongo Orellana, opción productiva interesante si se tiene en cuenta que en su media ladera verbigracia en San Quinín, llueve bastante debido a la cercanía del océano y la humedad favorece el desarrollo de esta actividad. La verdad es que Bolívar es uno de los municipios más lindos del Valle del Cauca, como parecen sugerir los nombres de sus veredas es un paisaje de aguas limpias, montañuelas y llanadas; ahí está la serranía de los Paraguas con su rica flora y su fauna donde aún se ven salvajinas, los humedales de Remolinos y La Herradura (el nombre sugiere su forma que se aprecia desde lo alto de la carretera) esos bienes naturales que junto a los ríos pertenecientes a las cuencas de San Quinín, Garrapatas y Cauca, a saber:

El Lindo, de verdad lindo, Platanares, San Antonio, Calamar y Pescador, Cajones y Garrapatas, que lo cruzan, hacen de este territorio un patrimonio paisajístico incomparable, por si fuera poco, es posible hacer el itinerario que ofrecen sus barcas cautivas en el Cauca o ir a ver discurrir las aguas del río La Vieja, en su límite norte. Además, quién no querría ir a visitar el santuario del Divino Ecce Homo, de cuya efigie dicen que cada año está más cerca de poner el pie en el suelo y que ese día, está señalado que será el del Juicio Final.

En el antiguo pueblo del pescado, todavía se siente la nostalgia de la ciénaga grande de aguas claras donde a simple vista se podían ver cardúmenes y hartarse de pescar, la misma que hace años, según dicen sus moradores, un gringo vino y desecó y "volteó" para la actividad agropecuaria, la gente ahora no vive de la pesca pero siempre existe la posibilidad de tirar el anzuelo y sacar algún bocachico del Cauca, o un salmón dorado en el embalse, de aquellos que fueron a dar allí luego que el dique de un lago próximo se rompiera, pero está controlada la pesca con redes, pues hubo una época en que se abusó del recurso. Igual se percibe en la me-

moria de los bolivarenses que hubo una época de esplendor minero en el piedemonte o media ladera de donde se extraía magnesio en buenas cantidades, llegando a generar hasta ochenta empleos, lo mismo que por entonces florecían las pequeñas fincas de pan coger y autoconsumo, cuyos cultivos se desarrollaban de manera artesanal.

Como aparece descrito en el POT del municipio: “conflictos socio políticos presentes en el orden nacional afectaron la estructura productiva y el tejido social, modificaron patrones de producción y aprovechamiento del territorio y de la economía, traduciéndola en reducción de la actividad agrícola, dando paso a la actividad pecuaria caracterizada por la reducción de cobertura forestal, área de cultivos, desplazamiento de corregimientos, afectando suelos y modificando el patrón ambiental”.

Para José Fernando Dávalos, actual director de la Casa de la Cultura, lo más importante es que en Bolívar la gente no pierde la alegría y en su mayor parte es joven e inquieta: “Somos un pueblo sano y honrado todavía, como dicen por ahí: aquí se duerme con el ladrillo de la puerta corrido. Hasta no hace mucho la mayoría se moría era de viejos”, con todo y pese la violencia, esa constante presente en casi toda la geografía nacional, hoy su promedio de vida sigue siendo alto (72 años). El bolivarenses por lo general es muy acogedor y comunicativo, eso sí, profundamente religioso y tradicionalista, los domingos el que no va a misa va al culto y en la tarde el fresco parque central se convierte en una colmena llena de voces y colores campesinos. En Bolívar, la gente suele morir del corazón principalmente, a ellos le siguen las enfermedades respiratorias y las muertes por arma de fuego, en el hospital Santa Ana del Pescador, de nivel uno, se cuenta con varios médicos y enfermeras, promotores y personal administrativo, en realidad están bien atendidos en

este aspecto, pero si se llegase a presentar una emergencia el problema estaría en que no se tiene dotación suficiente. En cuanto a la actividad educativa se cuenta con 47 escuelas, de las cuales cuatro están ubicadas en la cabecera, las mismas que atienden unos 2.300 menores, 1.800 de los cuales son campesinos; de la misma manera se cuenta con seis instituciones de educación media, cinco ubicados en el campo y el Manuel Dolores Mondragón el colegio mítico de la población que atiende a 500 estudiantes en la actualidad y es en donde han estudiado sus prohombres. Y algo más bonito aún: hay cinco centros de Educación Para Adultos que atienden a más de 200 estudiantes y dos preescolares que acogen alrededor de 70 niños pequeños.

En términos generales un poco más de 300 maestros atienden su población estudiantil, lo que además sitúa el magisterio como una fuente importante de empleo en el municipio.

La biblioteca pública y Casa de la Cultura de Bolívar contribuyen a la formación de los bolivarenses desde hace varias décadas. Todavía se recuerda La donación de dos millares de libros que serían la base para abrir la biblioteca pública, gestionada por parte de Pablo Oliveros Marmolejo hijo dilecto del municipio que entonces se desempeñaba como director del ICFES y a la Cooperativa de Viticultores que cedió el edificio donde funcionaba esa entidad asociativa con esta condición: “que el local se dona para que sea estrictamente destinado al uso exclusivo de la cultura bolivarense, de modo que en ningún momento se puede cambiar su destinación” dichas Biblioteca y Casa de Cultura llevan el nombre del eximio poeta centenarista, nativo del hogar bolivarense Antonio Mondragón Guerrero que trasegó por los caminos de la América y Europa y de quién según dijo José de Vasconcelos, el poeta mexicano: “nuestra generación tendrá que ufanarse

en tenerlo entre los suyos como una cumbre”.

Paralelo a ello habría que citar también la creación de Ecofuturo, (Corporación Socioecológica para el futuro de Bolívar) que surgió de la iniciativa del Consejo Municipal propuesta ante Corpocuenca (entidad mixta) quienes envían una comisión que elabora una propuesta para el diagnóstico participativo de las microcuencas, llevándose a cabo el mismo en el curso de seis meses, de forma que los grupos que trabajaron en él se sentaron a diseñar estrategias de solución, las cuales fueron consignadas en un portafolio de proyectos, dando lugar así a la formalización de la Corporación en la asamblea de constitución del 26 de enero de 1996, celebrada en la cabecera municipal, pero con la presencia de delegados de Betania, Cerro Azul, Guacas, Aguas Lindas, Naranjal, Primavera, La Tulia, La Herradura, Guare, San Fernando y Ricaurte, naciendo con 276 socios quienes no sólo hicieron sus aportes de capital sino de imaginación para darle ese nombre resonante de Ecofuturo.

La cooperativa vinícola desapareció más no las fábricas de vino ni sus vides dulcísimas, de hecho ya es un lugar común entre los vallunos el vino de Onofre que se expende en su “refugio” ubicado en la margen de la vía Panorama y el Casa Marthe, de la carrera 2ª con 6ª. Y si llega algún viajero a quedarse puede hospedarse en el Murgal, y si se trata de batallas de amor ahí tiene el Motel de las Cabañas y como todo pueblo que se respete tiene su Cuerpo de Bomberos Voluntarios fundado por Miguel Mondragón Hurtado allá por el año 71, del siglo pasado, los equipos de fútbol, su club de Leones y sus damas de la Caridad (vicentinas) y los grupos de la Tercera Edad. Hay sitios de recreación como el Club Brisas del Pescador con capacidad para 1.200 personas, el cual colinda con la bocatoma del río Pescador para quienes prefieren el agua correntía a la piscina. De la misma manera, se cuen-

ta con un parque oficial recreacional ubicado al occidente del poblado en la vía que conduce a Primavera, construido por el ingeniero Efraín Marmolejo Benítez de más o menos la misma capacidad que funciona todos los días menos los martes. También en esa vía por el sector de la Chivera, se ha adecuado un sitio de recreación bastante socorrido: El Charco del Mango. Pero sin duda, la felicidad se decreta en Bolívar cuando llega el “Festival de Los antojos” de comidas típicas tradicionales de la región, el cual se premia con la “Vid de Oro” que se realiza los Sábados Santos y preside Hugo Hernán Torres Jiménez aprovechando el aluvión de turistas que llegan a ver el divino.

No sería justo dejar de citar en esta crónica los apellidos de las familias más tradicionales de Bolívar en su mayoría procedentes de Buga, como son los Oliveros, De la Cruz, los Mondragón, los Garcías y los Torres y por supuesto, los Motoas de raigambre nativa, conforme lo refiere en su monografía José María Villegas.

ANDALUCÍA
EN BLANCO Y NEGRO



La manzana de la discordia es Alta Flor un sitio de la montaña en límites con Sevilla, a la presente, jurisdicción de Tuluá, que de tan alto no lo habitan sino unos indígenas de comunidad Dachi- Drúa de la nación Embera- Chamí porque como bien lo dice el dicho: el frío conoce al desnudo, territorio sobre el cual alega derecho la vecina Andalucía. En realidad, de concedérsele el *Statu-Quo* sobre esa población por parte del instituto geográfico Agustín Codazzi, tácitamente también deberá concederse la jurisdicción sobre Barragán, Alta de Italia, la Chorrera, la Begonia, Tochecitos, el Rocío, el Retiro, la Unión, Frazadas, Alto Frazadas, el Placer, el Puerto, Piedritas y San Rafael, entre otros lugares porque, en acuerdo con los argumentos esgrimidos por los andaluces, conforme la Ordenanza 38 del 25 de abril de 1921 por la que el municipio de San Vicente tomó el nombre de Andalucía, cuyos límites fueron confirmados mediante Ordenanza 20, del 9 de junio de 1937 de la Asamblea del Valle del Cauca, dentro de Andalucía trazando imaginariamente una línea recta hasta el Páramo, desde Zabaletas quedarían abarcados estos otros lugares, como estaría expresándose en la siguiente cláusula: “facultase a la Gobernación del Departamento para que a la mayor brevedad proceda abrir crédito correspondiente para

pagar los servicios de un ingeniero, que ella misma nombra, con el objetivo de que este funcionario fijé materialmente el LÍMITE SUR, entre los municipios de Andalucía y Tuluá atendiéndose a una línea que partiendo del nacimiento de la quebrada de Zabaletas, en dirección sur, esta termine en la cima, de la cordillera central, tal como lo dispone la Ordenanza 9 del 16 de enero de 1884. Pero, como aparte de esa diferencia limítrofe y las “rivalidades” naturales entre vecinos, las semejanzas y solidaridades entre ambos pueblos son más. Por otra parte, los andaluces deberán ir acostumbrándose a la idea de fundirse con Tuluá, porque de acuerdo con la idea del gobierno nacional actual, las poblaciones menores de cincuenta mil habitantes pasarían a ser parte de las más grandes y próximas, como quien dice “pez grande...” o bien, porque al cabo, la dinámica de desarrollo de ambos municipios haga que vayan creciendo hasta encontrarse y sus poblaciones entren a formar parte de un área metropolitana. Con todo, lo más interesante es que en el proceso de encuentro entre culturas se respeten las diferencias y singularidades de cada una y antes bien, en su sincretismo logren enriquecerse ambas poblaciones.

Andalucía limita además con el río Bugalagrande por el norte desde su nacimiento hasta la bocatoma de Molina y de aquí aguas abajo hasta el río Cauca, pero igual Bugalagrande terminaría incluido en el sistema de poblaciones cuyo eje sería Tuluá. Por lo pronto pertenecen a un subsistema geográfico y sociocultural los corregimientos de Zabaletas, El Salto, Campo Alegre y su cabecera municipal en lo que corresponde a la planicie, en la media montaña cuenta con los corregimientos de Potrerillo y Pardo y, en la alta montaña, la exigencia de hacer prevalecer la intangibilidad de sus fronteras.

La verdad es que pocos corregimientos pueden haber más

bellos en la planicie valluna que Campoalegre, Andalucía, pues más allá de su nombre, que de entrada lo sugiere, es un territorio al que las manos de los hombres y mujeres de sucesivas generaciones andaluzas prendieron flores y sembraron de encantos en tanto que los pájaros lo cantan y como en un sueño vivo al entrar en él se siente esa sensación plácida de caminar por senderos de luz. La carretera pavimentada se desplaza formando eses como tejida ex profeso alrededor de sus cercos vivos para hacer el *tour* a través de sus nichos y poder ver sus casitas pintadas de antes y después enjalbegas de cal exornadas de geranios y enredaderas y entreveradas las nuevas casas-quintas levantadas más adentro de las cercas, en cuya nueva arquitectura convergen estilos en los que se mezcla lo viejo y lo nuevo, lo exótico y lo convencional acaso hechas para alegrar la vista de los nuevos ricos, a su gusto y nivel cultural. Esta es una zona que se ha ido conformando como área de retiro y esparcimiento para las familias que tienen el privilegio de tener un espacio en su entorno y aún para los empleados o directivos de empresas que eventualmente organizan paseos o reuniones de negocios en aquellas casas-fincas dispuestas para estos menesteres. Pero, naturalmente, la actividad predominante en la zona es la agropecuaria aquí se cultiva la caña panelera, el maíz, y los limones desde tiempos inmemoriales, esos mismos que recogían los “Muñoces” un par de gemelos andaluces risueños e inolvidables que se dieron estudio vendiéndolos casa a casa en la vecina Tuluá, se levantan gallinas ponedoras de huevos colorados y pollos de finca para deleitar el gusto de los vallunos fututos. Sin embargo, hoy día, tanto en Campo Alegre como Zabaletas y el Salto el cultivo dominante es de caña de azúcar y es normal que sea así toda la vez que ante los altibajos de cultivos industriales tales como la soya, el sorgo y el algodón que abundaron en la relativa buena época

de los años ochenta finalmente muchos de los propietarios de fincas alquilaron sus terrenos a los ingenios de la zona para ahorrar costos y desentenderse de los problemas que su supuso sembrar especialmente cereales, a partir de la década de los noventas, con la apertura económica, lo que vino a repercutir en la generación de otros problemas de orden social y económico entre la población desempleada que vio como alternativa el dinero fácil que proporciona el crimen o bien el alejarse del terruño natal en busca de empleo, de la misma manera que obligó a una parte de aquellos dueños de finca a salir de la región. El empleo es, según lo refiere un estudio reciente, muy precario; son muy pocas la oportunidades de acceso a empleo, en particular, en la cabecera municipal, donde la población económicamente activa se ve en la necesidad de desplazarse a otros sitios del departamento o del país en busca de una mejor oferta laboral; las alternativas más frecuentes de la población urbana son la economía informal, el diálogo del rebusque y el subempleo, los puestos temporales cuando se realizan eventos donde pueden ser “enganchados” o, escasamente, como agricultores en las fincas de la planicie y el piedemonte. En efecto, buena parte de los jóvenes y aún personas de mediana edad están dedicadas a vender boletas de rifas y otros se emplean de “playeros” o de free-lance en las busetas intermunicipales o en lo que sea y las muchachas como expendedoras de chance, esta última actividad es desarrollada por mujeres cabezas de hogar especialmente, muchas de las cuales también se dedican a la manufactura y venta de gelatina y las que vienen del campo deben por lo general alternar sus labores campesinas con otras actividades poco creativas para satisfacer las necesidades del hogar.

Por supuesto, también existen empleos regulares en las fincas grandes de la zona montañosa, y en menor escala en las parcelas. el sector de la caña de azúcar ofrece empleo

temporal a través del sistema de contratos periódicos y alternados en particular a la población de raza negra que sirven de corteros en las plantaciones y otros cuantos empleos en niveles administrativos y de negocios. La ganadería es una actividad desarrollada especialmente en la zona media alta, concretamente en Pardo y Potrerillo, hay establecidas lecherías cuya producción es vendida en buena parte a la multinacional Nestlé, y en parte a empresas de la región, dejándose un porcentaje mínimo para el autoconsumo, con la leche que eventualmente se queda se hace queso y durante esos días se consume queso..!, del mismo modo se comercializa ganado de carne, en pie, se estima que el número de bovinos alcanza casi seismil. En Andalucía existen no menos de 400 caballos, de los cuales buena parte son ejemplares de paso fino destinados a la reproducción para su comercialización en ferias, así como otros son para trabajo en las fincas y unos cuantos para el acarreo en carretilla e igual se cuenta con una docena de mulas. Hay establecidos varios galpones en Tamboral y Potrerillo para la producción industrial Avícola cuya producción se distribuye en tiendas y supermercados de Tuluá y Buga y de pollinaza y huevos en menor escala. Otro renglón económico lo constituye la crianza de marranos por lo regular en granjas que constituyen famiempresas, la cual se realizaba en condiciones precarias hasta no hace mucho, generando problemas de salubridad debido al inadecuado manejo de excretas, ahora se lleva a cabo de manera más aséptica y controlada. En Andalucía igual se producen especies menores tales como ovejos africanos, cabras y conejos, en pequeñas granjas no muy desarrolladas pues, aunque estas son manejadas en buena medida por expertos educados en el colegio Agrícola de Andalucía dificultades de muy diversa índole han impedido su evolución, antes bien tienden a disminuir su producción.

En Andalucía como en otros municipios de la microrregión central del Valle del Cauca, la producción pecuaria se ha visto afectada recientemente por los altos costos de los insumos y la relativa mente poca rentabilidad del sector, el precario conocimiento de procesos de producción de valor agregado, en particular entre los pequeños propietarios algunos de los cuales no manejan técnicas de transformación de subproductos de la finca que pueden ser utilizados en la dieta alimenticia de sus animales, de la misma manera que la deficitaria asistencia técnica, el costo de las drogas veterinarias tanto como las dificultades financieras, la falta de estímulos estatales y la imposibilidad de acceso a nuevos desarrollos tecnológicos que les permita alcanzar cierto niveles de calidad con eficiencia y competitividad.

Cabe señalar que hubo una época de fiebre, allá a comienzos de los ochentas por la producción piscícola en el departamento, de la que participó Andalucía, impulsada desde la Gobernación, habiéndose promovido la creación de pozos y siembra de alevines de Cachama, Tilapia Roja y Tucunaré, pero el interés de este renglón productivo dejó de crecer, aunque se calculan en 160 mil los peces existentes.

En términos generales, la actividad agrícola y ganadera en el municipio se desarrolla en condiciones a medias, “con deficientes tecnologías y prácticas de manejo que inciden en la relativamente baja producción por hectárea” además, el área rural en la zona de media montaña no cuenta con una adecuada infraestructura de vías ni transporte eficiente, lo cual afecta la comercialización de sus productos. Excepto la producción de caña de azúcar que es la más importante en cuanto a área sembrada y cosechada, a la par que es el cultivo que genera mayor rendimiento en cuanto a toneladas. Sin embargo, este es el cultivo que aporta los mayores problemas

ambientales, debido a las prácticas de manejo y técnicas utilizadas en su producción como lo sugiere el EOT, “una acertada planificación de la actividad cañera consecuyente con el ordenamiento territorial, debería conducir a elevar no sólo los beneficios económicos asociados a su cultivo, sino también, a mitigar los costos ambientales generados por estas actividades, de tal forma que sean cuantificados e internalizados por los productores”. Por lo demás, el monocultivo de la caña de azúcar ha ocasionado la destrucción del hábitat de algunas especies animales y vegetales debido a la utilización de agroquímicos, además de la carga contaminante producto de las quemas que afecta a los humanos.

Por otra parte, aunque los pequeños productores se han organizado en una cooperativa comercializadora aún no se ha logrado eludir la intermediación y la ineficiencia en la administración productiva de las empresas agrícolas de los cooperados.

Andalucía es un pueblo que cuenta con un buen hospital, dotado de un moderno quirófano y otros desarrollos tecnológicos, en el que al decir de sus gentes se presta un buen servicio, pese a la escasez del sector salud que acusan la generalidad de los nosocomios de la región, sin embargo, se ha visionado por parte del alcalde Gustavo Adolfo Girón Vanderhuck su ampliación de cara a satisfacer las necesidades crecientes de la población local en el futuro próximo. El municipio cuenta con apoyo y coordinación de la Unidad Ejecutora de Saneamiento básico de Tuluá en el desarrollo de su plan de atención en salud, cabe observar que las enfermedades respiratorias son las más comunes, de hecho, son la primordial causa de mortalidad de adultos mayores en el municipio, lo cual se atribuye a la exposición de la población a la quema de la caña y el eterno fluir de vehículos por la gran vía que atraviesa el municipio de lado a lado, el cual se

vio disminuido apenas unos años atrás, desde que se dio al uso la doble calzada; los andaluces se quejan igualmente de dolencias intestinales cuya causa se atribuye a la deficitaria infraestructura de saneamiento. Los moradores de su zona rural cuentan con puestos de salud con su dotación básica pero, curiosamente, por cuestión de costumbres arraigadas o bien por falta de plata muchos de ellos prefieren o alternan los remedios del médico con los caseros que la tradición de la abuela aconseja.

Andalucía tiene la industria ladrillera de Tamboral su expresión más tradicional, aunque también encontramos algunas en la cabecera, pero sin duda la que la representa en un contexto económico más amplio es la industria artesanal de gelatina negra y blanca. De cuenta de los andaluces los vallunos aprendimos a comer gelatina negra, esa cosa exquisita hecha de panela y pata de vaca que además de gustosa, es la secreta fuerza que impulsa sus talentos y a sus notables deportistas, la misma por la que desde hace setenta años los trapiches paneleros de los Salamanca, Molinas, Ospina y Carvajal ubicados en la región, aceleraron el giro de sus norias y se modernizaron y alrededor de ellas otras familias devengaron su sustento haciendo manjarblanco, caramelos, chancaca, moscorrogió, y otras ricuras del arte del mecato, además de la gelatina de la que según dice Henry Montaña, el historiador y periodista del pueblo, sirve hasta pa' remedio. Pero el secreto de su sabor se debe a Romelia Cuesta, Inés Abadía y Delfina Moreno: "Quienes en rústicos fogones de barro empezaron a preparar el exquisito dulce". Saber que heredarían e hicieran conocer en el Valle del Cauca Rufina Victoria de Montaña, Isabel Calero y Horacio Victoria. Dando lugar así a una actividad que genera un centenar de empleos directos y no menos de mil directos, pues se vende en todo el país.

Las gelatinas victorianas de Andalucía, hoy son famosas en el mundo, les cupo el honor de alcanzar un récord- Guinness habiéndose unido para hacer la gelatina más larga del planeta, en el marco de las fiestas de su centenario en 1984, con lo que la convirtieron en “la capital mundial de la gelatina” y son también el producto emblemático en el Parador Blanco, un terminal de comercio construido en las márgenes de la doble calzada, por gestión del gobierno municipal de Girón Vanderhuck en concertación con las 10 famiempresas del dulce, durante su primer administración, cuando el negocio se vio amenazado de extinción, con la creación de esa vía que dejó como alterna a la “Gran Vía” donde antes tenían sus puestos de venta los “gelatineros” andaluces.

Después de más de 122 años de municipalidad Andalucía goza de una relativa comodidad en servicios pues aparte de los básicos, es decir, de energía, agua, alcantarillado, telefonía, tiene hotel, banco, supermercado, varios templos, un instituto de recreación y deporte, servicio de televisión por cable, transporte interveredal e intermunicipal y una cooperativa local. Es de interés resaltar el hecho de que su cercanía a Tuluá ha inhibido su desarrollo comercial y de servicios pues su gente tiende a servirse y comprar en Tuluá. Con todo en Andalucía viven y sueñan buenos técnicos y profesionales lo mismo que artesanos, constructores, areneros, mecánicos, modistas y pintores en cuanto a educación el interés se centra en mejorar la infraestructura escolar pues la mayoría de sus instalaciones físicas acusan deterioro, en particular en cuanto a baterías sanitarias en la zona rural y en lo que hace a las estructuras de sus cubiertas y cielo rasos. Como en casi todas las escuelas de la región escasea el material didáctico, los docentes y estudiantes no cuentan con las herramientas básicas suficientes para el logro de un normal desempeño,

aunado a ello en la Biblioteca Municipal hacen falta textos que sirvan a acompañar el proceso educativo. La crisis educativa que afecta al país igual se vive en Andalucía, además de los aspectos citados habrá que agregar que la formación de algunos de los maestros acusa debilidad; no se forma para la crítica, la innovación, la investigación y el análisis; haría falta evaluación del proceso educativo en su conjunto, aspectos como el ausentismo escolar, la subutilización de docentes, en bachillerato y, en el nivel superior; la Universidad del Valle -sede Tuluá- todavía no ofrece el programa definido en un convenio previo con Andalucía.

Es de anotar también que buena parte de las escuelas están construidas, pero no han sido legalizados sus terrenos o no han sido registradas sus escrituras. Es importante destacar el esfuerzo de los andaluces en cuanto a desarrollo cultural, aquí para la Casa de la Cultura se levantó un edificio amplísimo en una esquina del marco de la plaza que convoca al ejercicio pleno de la actividad cultural, cuentan con grupo de danzas, banda municipal, maestros de arte e importantes talentos; este aspecto constituye pues una de sus grandes fortalezas.

Los andaluces desde siempre han sido y son apasionados, voluntarios e imaginativos no en vano el pueblo se proclama “La cuna del talento” sin ir muy lejos bástenos recordar algunos de ellos: a Gerardo González aquel médico otorrinolaringólogo que formó parte del grupo de científicos de la N.A.S.A infortunadamente desapareció en un accidente aéreo, en 1979; Álvaro Chaparro, aquel científico social al que le cupo el privilegio de hacer parte de la Comisión de los Sabios, para la reforma de nuestro sistema educacional, junto a García Márquez y Rodolfo Llinás, entre otros, quienes en conjunto

elaboraron un documento con recomendaciones dirigidas a mejorar la educación en Colombia, allá por el año 93; al polifacético educador Eleázar Libreros, quien legó su nombre al colegio público mixto del lugar (¡guardamos su memoria en el corazón!); Pionono González Caicedo, el “Discóbolo” de Andalucía y atleta más fuerte de la patria, campeón nacional durante más de 20 años en lanzamiento de bala, disco y martillo quien además alcanzó figuración en el contexto latinoamericano; el general Camilo Hernando Zúñiga quien llegó a ser comandante del ejército y embajador; el insigne maestro y pedagogo Zaro Libreros quien fuera condecorado con la medalla “Camilo Torres” en grado de comendador y director nacional de educación básica; el neurólogo y senador de la República Arcesio Zúñiga Hernández, quien además escribiera “La Rosa de los Vientos”; el poeta Luis Alfonso Herrera quien da nombre a la Casa de la Cultura; los pintores Heberth Padilla Cobo y Daniel Narváez Lorza de reconocida valía, el sacerdote Manuel de Jesús Maza; el abogado Vicente H. Cruz; el político y representante a la cámara Homero Giraldo y el líder Hossman Varela; los docentes entrañables Guillermo Libreros, Ovidio Tamayo, Benjamín Abadía, Carlos Arturo Hernández, Meyemberg Vázquez y Rita Hernández y los periodistas José Ignacio Libreros, Heberth Moreno, el arquitecto Luis Mario García y por supuesto el actual burgomaestre Gustavo A. Girón y el escritor Herney Montaña, entre otros.

**BUGALAGRANDE,
OBRERA, AMABLE
Y TRADICIONALISTA**



*“A mí se me hace cuento que nació Buenos Aires
Se me hace tan antigua como el agua y el aire”*

Jorge Luis Borges

Bugalagrande desde su nombre ha tenido un destino paralelo y paradójico, a la vez: se desprende de Buga, que es diez veces más grande, pero además, cuenta con una réplica del Señor de los Milagros de esa ciudad, de manera que en ocasiones los paisas que vienen al Valle del Cauca, en Semana Santa a visitar el milagroso creen a pie juntillas que ya llegaron y se bajan del bus en Bugalagrande. Así es que dejan sus oraciones y pagan sus promesas en el templo de la Inmaculada Concepción y aprovechan de paso su estadía en el pueblo para visitar la capilla del corregimiento de El Overo una iglesita de postal patrimonio de todos. Entonces se regresan o siguen hasta Buga la real, eso sí, no sin antes haber ido hasta el corregimiento El Guayabo a por los dulces y las artesanías gozado de un día de asueto y baño con la familia en el río y disfrutado de un apetitoso sancocho de olla entre los bugalagrandeños, esa gente cordial y hospitalaria a

la que según dice León Pablo Wallens aquel sueco de cuarta generación al que el amor por esta tierra le ha llevado a ser su memoria viva, lo único que les falta es plata porque son solidarios a morir y por todo adorno exhiben una sonrisa entre los labios.

Como en todo pueblo chiquito de la tierra el infierno es grande, pero sin duda son más los que se salvan y basta reparar en el vacío de la ausencia de los que partieron para sentir su tamaño, quién no recuerda en Bugalagrande a Miguel Ángel Martínez M. el cultor musical, bailarín de fox trop, declamador y educador que sembró el espíritu artístico en sus alumnos, a Jesús Ernesto Marulanda, el médico elegante y excéntrico fumador de pipa, cuyo ojo clínico para detectar los males del cuerpo y su fino humor para distender el alma de sus amigos le hicieron notable y junto a él, a Hilario González B. El zapatero al que sus paisanos acudían con los zapatos viejos a cambio del placer de oírle sus agudezas; una vez alguien le estuvo “hablando” de otros y él, como cosa curiosa le escuchó con paciencia, al cabo de lo cual le preguntó, ¿y en su casa?... ¿cómo están? el hombre se mofaba de la pequeña intriga pueblerina poniendo en evidencia sus artífices. Dicen que Hilario no se quedaba con nada; cuentan que un día el médico del pueblo le devolvió un par de zapatos mal reparados, debiendo arreglárselos de nuevo. Por esos días murió una paciente que estaba tratando Marulanda y ambos acudieron al entierro, situación que aprovechó el zapatero para acercarse y decirle al oído: “menos mal doctor que a usted no le devuelven los trabajos mal hechos”, al líder político conservador Humberto González Narváez y a Ancizar “el pecosó” González quien al decir de las gentes era el tipo más gracioso del mundo y el más “humbertista”, al presbítero Luis Alfonso Tomisch, teólogo croata, acaso el primer ecósofo avecindado en esta región, al severo profesor Rogers Rivillas Q. a Lucas

Molano Daza ilustre historiador liberal, al empresario Jesús González R. al mítico físico nuclear Tulio Marulanda y por supuesto, al líder histórico de los obreros bugalagrandeños Héctor Daniel Useche a quien por su espíritu libertario decían tiernamente “pájaro” y cuyo nombre fue escogido para nombrar el coliseo deportivo.

La verdad es que en Bugalagrande es difícil sentirse un extraño o solo, es un pueblito pavimentado y limpio donde no sólo a quienes están desempleados les gusta andar la calle disfrutar de los súper cholados que venden alrededor de su arbolado parque central.

Existen no menos de trecientos unidades comerciales esparcidas a lo largo y ancho del poblado entre talleres, supermercados, droguerías, restaurantes, panaderías, cafeterías, cacharrerías, puestos de revistas, bodegas de insumos agropecuarios, almacenes de ropa y de zapatos, boutiques, depósitos de granos y abarrotes, licorerías, alquileres de video, cabinas telefónicas, clubes sociales, bailaderos, un tertuliadero y un hospedaje, además de los kioscos de comidas rápidas, de bebidas típicas y frutas, las ventas estacionarias de mercancías varias y ambulantes, los puestos de chance y expendios de boletas, lo que le da ese carácter de mercado dinámico en constante movimiento que se percibe al primer golpe de vista cuando se entra en su casco urbano, desde una de las busetas que llevan y traen de Tuluá, y se cruza el nuevo puente sobre el majestuoso río de su nombre (dos puentes se ha llevado, el último en la corriente del 99) y tomando la carrera quinta enrutarse hacia la plaza principal, para luego por esta vía ir hasta la antigua estación, donde un francés simpático y ágil como un duende, quizás atraído por la buena onda de sus moradores con visión de futuro ha fundado un estadero.

Sin embargo, las principales fuentes de empleo urbano

en Bugalagrande siguen siendo la hacienda Lucerna de la familia Durán Castro fundada desde comienzos del siglo pasado que evolucionó hacia la agroindustria desarrollando un programa de selección genética bovina que ha dado lugar a la conformación de una nueva raza de ganado criollo (Lucerna), con loables resultados, procesando leche y derivados, entre cuyos productos destacan los helados, que se comercializan en tres departamentos, así mismo, se produce panela certificada con el sello verde (ecológico), de la UE, la cual es exportada a once países de Europa, como la fábrica de la transnacional Nestlé que surgió a mediados de los cuarenta, bajo la égida de Cicolac e Inpa en Bugalagrande empresa en torno a la cual se fue conformando un núcleo obrero que organizado en sindicatos logró importantes conquistas laborales que se tradujeron en desarrollo urbano y elevamiento de la calidad de vida de sus pobladores, a la par que atrajo la inversión comercial y más adelante la creación de una poderosa cooperativa que llegó a convertirse en banco de ahorro y crédito, con el cual los trabajadores parecieron ir al paraíso pero de pronto le sobrevino una quiebra de la no pudo reponerse.

Pero, la vocación tradicional del pueblo es la agricultura, de hecho, en principio Bugalagrande fue una zona poblada de indígenas presumiblemente por Putimaes labriegos de la cultura Pijao, que dominaban el piedemonte de la cordillera central y le hicieron guerra a los españoles, vencéndoles en el sitio del Ahorcado (en Tuluá) obligando a la segunda fundación de Buga, la real, hacia 1560, territorio que un siglo más tarde aparece a nombre de Luis Velázquez Rengifo y Diego Fernández (Diegoté) y convertido en la estancia pasó a manos de Diego Rengifo Salazar, a quien algunos consideran fundador del pueblo por la pura manía de llenar los vacíos históricos pues en realidad Bugalagrande surge como comunidad Indiana fruto del mestizaje, sin acta de funda-

ción ni toque de campanas, de la incipiente aldehuela surgida dentro de la hacienda ganadera y panelera configurada en el siglo XVIII con su entorno de cultivos de pan coger, que funcionaba dentro de un modelo de consumo local; bajo jurisdicción del cantón de Tuluá, la cual una vez triunfa la revolución de Independencia, tendrá pasajeramente el nombre de Nariño; según lo señala Jacques April Gniset, en su investigación sobre el Valle del Cauca, será sólo hacia el siglo XIX con la llegada de los Ingleses, que en estas tierras se impulsa la producción, además de caña panelera y ganados, de algodón, añil, quina, cacao, tabaco, con perspectiva de exportación, después surgirá el café en la zona de la media montaña cuyos colonos cultivaran así mismo, fríjol, maíz y plátano, lo cual atraerá otras familias a poblarla entre las que destacaron los Martínez, González, Peláez, Pombo, Caicedo, Quintero, Rebolledo, Becerra, Vergara, Marulanda, Victoria y los Palau.

Aunque ya existe un canal de televisión surgido con la llegada de Cablesat, desde donde Jesús Alegría, Alfonso Bolívar y Máximo Aponte, con la asistencia del maestro Julio Cordero y el escritor Jorge Alejandro Camacho ambos cubanos y un grupo de amigos (chicludos) de la T.V. realizan transmisiones de eventos y programas para que los habitantes del pueblo vean y se vean, hacer visible lo invisible y gozarse a sí mismos (esa otra manera de hacer historia), antes hubo “gomosos” de la radio como Jorge Eliécer Buitrago quien en 1952 fundara la emisora Ecos de Bugalagrande y después surgirá la ciudad de Bugalagrande en (1988) de Jorge Zúñiga; Sonodial (1989) y la Jota Stereo (1994) de Humberto Echavarría; Bugalagrande Stereo de Jesús Alegría y la Grande Stereo resultado de la fusión de las dos últimas y la 94.1 que sigue al aire, junto a la sin duda más genuinamente pueblerina, eso sí no apta para cardíacos, Radio Vaticano la emisora artesanal

de Héctor Fabio Wallens quien a través de un altoparlante tan grande como el de la RCA Víctor empotrado en la torre de San Bernabé, informa, sin ambages, directo al grano, cosas como ésta: “El siguiente doble es para anunciar el fallecimiento del señor Pablito Pérez su velación...” pero, también ha estado presente el interés por los medios escritos que han sido muchos y de los cuales sobrevive el Radar que dirige Carlos Julio Tamayo.

El pueblo ha crecido ahora son cerca de 28 mil, sus habitantes van repartidos casi miti- miti entre la ciudad y el campo; los jóvenes que avanzan a estudios superiores buscan mejores oportunidades y son pocos los que regresan. Su alcalde actual de Héctor Fabio Useche de la Cruz está empeñado en generar procesos alternativos que se traduzcan en empleo y empresa distintos a los ya existentes de modo que en esa dirección se ubican los proyectos de reactivación de la fabricación de dulces en Uribe y la construcción de un puerto terrestre en convenio con la empresa PISA y la Gobernación (Garzón) pues debido a que la doble calzada es una vía rápida, las ventas estacionarias y ambulantes tradicionales decayeron y deben ser reubicadas y el impulso a los mercados campesinos, las microempresas de aseo, el equipamiento de modistería, el apoyo a la producción del manjar de yuca, los jóvenes recreacioncitas, a la fundaciones que trabajan en esa misma perspectiva, y a los artesanos, son prioridades. De la misma manera cómo se intenta intervenir en los procesos educativos sociales tendientes a la prevención del consumo de sustancias o sicoactivas, entre la población joven y de violencia contra la mujer. También en otros frentes se realiza un importante esfuerzo, en vivienda, por ejemplo, en la urbanización Nuevo Cañaveral se construyen 33 soluciones VIS y 39 son mejoradas, en el Overo se remodelan 17 más. Cinco mil habitantes están vinculados al régimen de segu-

ridad social y 19 mil más gozan de EPS. Otro aspecto que destaca Useche de la Cruz es la educación: 5.500 menores en primaria y bachillerato tienen educación gratuita; mochila y desayuno escolar entre paréntesis (cobertura hasta grado once), subsidiado con recursos propios y de la Gobernación del Valle y los alumnos del campo cuentan además con 28 rutas de transporte rural (Ceilán- Galicia –Chorreras). Cabe anotar que en el campo además de los procesos industrializados paneleros de Lucerna y Venecia, San Isidro y Chicoral de iniciativa privada, se adelantan programas de asistencia técnica gubernamental en ganadería, porcicultura, piscicultura, y huertas caseras de apoyo a la economía campesina; existe un grupo (Agropefor) que avanza en la producción orgánica avícola y de plantas aromáticas articulado al proyecto de refrigerios escolares. Así mismo, ha sido creado un fondo rotatorio para microcrédito el cual coordina Ana Albán. En salud, observa el mandatario, se da apoyo total al hospital San Bernabé (nivel uno) a través del cual se centralizan los recursos que se redistribuyen entre este, un centro y 16 puestos de salud ubicados en corregimientos y veredas.

Bugalagrande sorprendió a propios y extraños en los Juegos Departamentales pasados al ganar medalla de oro en patinaje, plata en voleibol y bronce en béisbol, lo cual expresa un buen nivel competitivo en los deportes. En su área rural se celebran caravanas deportivas y en el casco urbano los juegos intercolegiados.

En términos de cobertura de servicios el pueblo cuenta con acueducto y alcantarillado, redes férreas, y viales carreteables urbanas y rurales, actualmente se desarrolla un programa de construcción de nuevos andenes para la gente, y se proyecta una ciclovía, redes de energía eléctrica, alumbrado público, gas domiciliario y teléfonos, nomenclatura moderna, obras de saneamiento básico, un jarillón o área de

protección del río Bugalagrande que va desde el casco urbano hasta su desembocadura en el Cauca, con plantas de tratamiento de aguas residuales en tres corregimientos, y programas permanentes de higiene y salubridad. En cuanto a sus recursos naturales se cuenta con la Reserva Natural del Chachafruto, la cual comprende las fincas: La Doctora, Siria, Cábulos, La Elvira, El Silencio y Las Violetas, y La Reserva del Cobre; las madre viejas del Cementerio y Media Luna junto a los meandros del Pital, La Ramada y Paso Horno, los ríos Cauca, Bugalagrande, San Marcos y La Paila, además, de los lagos, lagunas, ciénagas de su entorno, todos los cuales están declarados como áreas de protección. Entre sus paisajes ambientales se cuentan el Japón, Lucerna, la Josefina, Navarrete, El Porvenir y El Rincón.

Son patrimonio de la ciudad, por su valor urbanístico religioso los citados templos; industrial: las fábricas Nestlé y Agrolacteos; asociativo: el edificio avancemos; culturales y comunitarias: la casa de la cultura María Engracia Narváez, las bibliotecas comunitarias de Ceilán, El Overo, Galicia y El Guayabo, la casa de la Tercera Edad; los parques: Simón Bolívar, la plaza vieja de San Bernabé, Cocicoipa; patrimoniales: La plaza de mercado y la Estación y las plazoletas de los Chicos, del Samán y la carrera; arquitectónico: las antiguas casas construidas por Luis Aguirre en la calle 5ª con 6ª, Francisco González Soto en la calle 5ª con 3ª, Lisandro Olmos en la calle 4ª con 6ª y Tomás Morales en la calle 3ª con 6ª; infraestructuras: los puentes de la carrera quinta con la variante, los del ferrocarril; e históricos: el puente colgante de la Bamba, llamado así porque al cruzarlo de tan largo se mece y al vaivén de su movimiento los transeúntes bailan la Bamba, aquel sensual ritmo cubano que empieza diciendo: "...La bamba se baila así...". También lo son sus monumentos a Bolívar, al presbítero Antonio José Prada, a Héctor Daniel Useche y a

“Adancito” en Ceilán. Y la memoria viva de sus gentes y los escritos de León Pablo Wallens y Eduardo Mejía Prado.

Entre las propuestas alternativas para generaciones de empleo se trabaja en una de desarrollo turístico; se ofrece un tour que incluye paseo idílico por el río Cauca en una barca, oración en la capillita del Overo, frijolada o sancocho en cazuela artesanal en el Guayabo y roce cultural en el Estadero Esperanto de la antigua estación férrea. A Bugalagrande le cupo el honor recientemente de tener una reina departamental (Alejandra Peña González) como el privilegio de contar entre los árboles del antiguo parque San Bernabé el Caimito Amarillo que es el árbol de la Vallecaucanidad, además de sus frondosos samanes, son famosos sus festivales del mecato y las artesanías que atraen turistas de toda la región, el parque recreacional es gratuito, se paga únicamente por el servicio de piscina.

Bugalagrande goza de una fama de pueblo amable y tradicionalista que corroboran sus templos de puertas abiertas, la torre de San Bernabé se yergue acicular sobre tres naves y de tan alta parece que fuera a tomar vuelo y si se levanta la mirada al horizonte se verán las crestas de sus montañas azules en la que un sol rebrilleo juega a esconderse, destellando sobre sus cuchillas, son las lomas de San Juan Ahogado y si se quiere ver más hay que ir al mirador de Galicia, en la vereda la Morena, al suroccidente, desde el cual se domina el paisaje de Tuluá, Andalucía y la zona plana de Bugalagrande.

**RIOFRÍO, UNA PUERTA
A LA BIODIVERSIDAD**



Riofrío es tan viejo que el próximo año cumplirá sus primeros 440 años y tan grato que, sus habitantes son los mismos de siempre. De hecho, llegar a Riofrío es como llegar a la casa. Este es un pueblo que no crece pero tampoco merma, se mantiene en sus trece mil habitantes y aunque su tasa de natalidad alcanza al 2.2% anual y su gente pareciera no tener esa tampoco sería costumbre de morirse (0.7%) les pasa como a los colombianos que deben irse al exterior a buscar el porvenir pero con el primer sueldo en euros recibido ya quieren regresar, sin embargo, si se les pregunta de dónde son muchos prefieren decir que de Tuluá cuando es tan entre vallunos o de Cali cuando visitan Bogotá, tal vez para ahorrarse el rodeo de tener que contar donde queda el pueblito o bien porque les parezca que ser de un pueblo más grande los hace menos raros pero, claro, ya puestos a elegir siempre preferirán ser riofrieños o ¡palominos! como hubo de decirseles alguna vez, allá por la época en que habrían trocado su nombre original de “Santa María Magdalena de Riofrío” que perdura en el nombre de su templo, quizás porque resultaba de muy larga nombradía o habiendo reparando en que tamaño nombre no se avenía con el número de sus moradores hubieron de preferir llamarlo, a secas, por el apellido de al-

guno de sus dueños: Palomino, ese villorrio que hacia 1749 era jurisdicción de Roldanillo, pero cuatro años después en 1753, resulta distrito “cabecera” de Buenaventura, y como si se lo pelearan en 1767 aparece incluido en el mapa de Cali para, al siglo siguiente, en 1854, dejar de pertenecer a ese distrito y pasar a jurisdicción de Huasanó. No será sino hasta 1882 que se convierta en Riofrío mediante una Ordenanza dictada en Tuluá, de manera que hasta razón tienen los riofrieños que eventualmente parecieran tener duda acerca de si son riofrieños, tulueños o caleños, aunque siendo sinceros pudieran sentirse “huasanoes” puesto que este mismo año la Asamblea del Cauca, mediante Ordenanza numero 42, lo declara corregimiento cabecera de Huasanó, pero claro que eso no es ni podía ser de ninguna manera puesto que el otrora importante puerto sobre el Cauca, donde arriban los barcos cargados de..., es apenas un lugar antiguo en la memoria riofriana ya que hace tiempo pasó a manos del vecino Trujillo, en el que viven si acaso unos 500 parroquianos y además porque desde el 28 de abril de 1923 otra Ordenanza (No 31), esta vez, de la Asamblea del Valle del Cauca, lo declaró municipio.

Lo concreto es que este poblado distante sólo unos cuantos kilómetros de Tuluá, al que hoy encontramos rodando en derechura por la vía que conecta esta ciudad con la vía Panorámica, una vez cruzado el puente Francisco de Paula Santander, sobre el Cauca, ahí detrás del round-point construido al frente de su cabecera municipal y del que se tiene noticia desde el 22 de julio de 1567 fue al parecer fundado por Pedro María Marmolejo con el nombre de Santa María Magdalena de Riofrío, o al menos aparece mencionado desde esa fecha, dentro de una capitulación otorgada a este por el rey Felipe II desde 1527, es un bonito lugar cuyas frondas mecidas por el viento al lado y lado de su vía de entrada invitan a conocerlo.

Para entender qué es ser riofriano no es suficiente con subir por entre cañones escarpados hasta el Alto Observatorio a (2.800 m.s.n.m) y desde allí volverse y ver al valle y su biodiverso alrededor, aunque lo mejor es irse subiendo desde su planicie pero mirando de para atrás para notar primero el trazado ortogonal entorno de su centro dominado por su iglesita centenaria, ahora en proceso de restauración la plaza cuadrangular tupida de árboles nativos y samanes; en torno a esta, en la cuadra opuesta al templo, la casa de gruesas paredes de adobe de la antigua cárcel, y sobre la diagonal derecha, el edificio nuevo de la alcaldía, atrás del cual aparece el moderno cuartel de policía, y siempre mirando para atrás en ascenso, vemos las manzanas blancas y amarillas alrededor del centro, sus barrios: Piedra Pintada, el Lago y el Samán, las cuadras de Belén que de modestas hacen gala a ese nombre, las de Pinar del Río que al contrario no evocan la mítica ciudad cubana pero está junto al Riofrío, las casas de Castillo y la Quinta y la Paz ahí abajo hasta el pie de monte y tomando el ascenso hacia la virgen siempre de cara al paisaje del poblado, esta vez abarcando el oriente del municipio, observaremos la caña de azúcar y otros cuantos cultivos cubriendo la planicie atravesada por la troncal del Pacífico, como una colcha de retazos verdes, rojos y amarillos extendida hasta la orilla del Cauca, aquel dragón de agua cuya piel escamada riela en la lejanía como un cintajo de mercurio, y levantando la vista hacia el sur, vistos desde el mirador de El Galpón, el caserío de Portugal de Piedras, las nubes cobrizas arriba de Carmelita y abajo las altas calderas del Ingenio, más acá los collados de Piedra Pintada, las colinas del Alto de los Chivos frondosas de arbolocos y cordoncillos, el cerrezuelo de El Rubí vestido de pringamosas y zarzas, guaduillas, platanillos y lirios que en efecto parecen brillar en plenilunio, sobre los dos mil metros y en el suroccidente, el erguido cerro Calima

y el Alto Calabazas entre cuyos alcores crecen los arrayanes, los chilcos y el guáimaro, el drago, el camargo, y los guamos; y cerrando los ojos para el palpo imaginario en la entraña de sus cuchillas, entre el soto-monte erizado de hierbas medicinales y flores a cuyo encantamiento sucumben los sentidos, encontraremos el pintoresco pueblo de Salónica, por donde hace curso el río Volcanes, en límites con Calima y Yotoco, cuna de los tristemente célebres Jaime Naranjo y Uriel Maya, protagonistas de la violencia, y de los legendarios hermanos Marín quienes habiendo sido capturados y presos, tuvieron el arrojo de escapar de la isla Gorgona sobre una balsa improvisada hecha de capachos de coco, pero igual allí estuvieron y están los cultivadores entre sus cafetos y yucales, ora sembrando el maíz, ora las arracachas y el frijól que llenan nuestra mesa citadina. Después, dejamos la cuchilla de Guasca a nuestros pies, descubriendo meandros, bordeando el abismo, escuchando el discurrir por entre broncos cañones del río frío y otro no menos rumoroso río ¡Culebras! para llegar a Fenicia ese pueblo cordillerano (a 1.637 m.s.n.m) fundado en 1932 donde es fama que al cura fundador Nemesio Rodríguez le vieron levitar luego de tomar en vez de vino un pocillo de chocolate y donde Peregrino Rengifo (sus misterioso historiador) vio erigirse un poblado en torno a su iglesia primitiva y crecer entre sus ríos y serranías su economía cafetera, dónde hoy día viven alrededor de 2.200 personas; al fin hemos hasta el Alto del O

Llegando hasta el Alto Observatorio a (2800 m.s.n.m) estamos en un lugar fresco y frondoso dentro de un bosque relicto donde renacen los laureles hediondos y los guayacanes, el balso y el kimula, los carboneros, los almendros, los cominos y los cedros en sus variedades, el chocho y el árbol del pan, el candelo, el carate, el yarumo, el tuno y el cucharo, y a las regiones de Tesorito, la Nevera, la Selva y el Roblal, el

roble, el dinde y el granadillo, el doncello, el cestillo, el cedrillo y el vainillo, la palma de corozo, los patudos y el lechudo higueronia, el otopo y el congolo esos árboles nativos que luchan su lugar con las nuevas plantaciones de eucaliptos y pinos sembrados por Smurfit-Cartón de Colombia para mirar al frente al occidente, hacia las selvas del Chocó y aún más arriba hacia el Alto Sinaí a casi tres mil metros de altura, adentrándonos por Espartales y las Mirlas, hasta el eje de la cordillera: el Cerro del avión a (3.640 m.s.n.m) llamado así porque hace tiempo se estrelló un avión cargado de porcelana china y armas en el sitio, accidente que habría aprovechado “Guarapazo”, otro “pájaro” de la violencia para adueñarse una caja de revólveres, volarse y enterrarla en el sitio las Mirlas, donde todavía espera por ser encontrada pues éste antes de ser ajusticiado, no pudo haber regresado por ellas, en un área de páramo, tras del cual barruntamos el mar entre el viento salobre que colorea las mejillas, para volvernos luego al noroccidente, atrás, y ver la Zulia, la Vereda los Alpes, la Italia, Cerro Azul y el corregimiento trujillense de Venecia; más allá, hacia la región más gélida del viento del páramo del Duende, ese paraje fantástico arropado bajo la suave niebla que cabalga sobre sus montes a tres mil trecientos metros de altura, y se extiende por tres mil hectáreas a todo lo largo de la cumbre de la cordillera occidental, en el tramo comprendido entre el Darién (Valle) y Docordó (Chocó) en apariencia seco del que sin embargo nacen varios ríos que riegan la vertiente, aventurándose por entre sus breñas hasta nutrir de agua tres poblaciones chocoanas de sus estribaciones y es algo así como la joya de la corona de la biodiversidad.

Hemos citado el río tutelar que nace en estribaciones de Fenicia y desciende impetuoso entre retumbos cruzando la cordillera y manteniendo su temperatura de hielo que contrasta con el calor de la planicie, atraviesa la cabecera y va a

rendir sus aguas al majestuoso Cauca después de ir un recorrido de casi 40 kilómetros, con esa misma fuerza natural que represada puede hacer bien o daño y comparte su tributo de vida y muerte con el Culebras y el Cáceres que bajan de Trujillo, aparecen además El Limones, cuya cuenca desemboca en las quebradas el Rubí, Corozal y el río Calabazas a lo largo de sus 18 kilómetros el cual a su vez, va a dar al Cauca; igual cursan entre sus montes y veredas el río Lindo y río Claro, también se encuentra la microcuenca del río Tesorito sobre cuyo caudal afluye la quebrada Arizona y de la laguna del nombre más curioso del planeta: Agualrevés, que surten el acueducto de Fenicia y para mayor riqueza ambiental cuentan con la hoya hidrográfica del Piedras ese cauce que evoca la época de los campamentos scouts de los estudiantes centro vallecaucanos, junto con el Cuancua, el sempiterno río en cuya ribera comparten y retozan como niños los vecinos tuluëños los seis de enero y otros días de fiesta como asistiendo a un rito renovador de reconciliación con el agua y la vida que bulle en su corriente, caudales que son utilizados en la producción de agua potable por el acueducto municipal y sirven también a la producción permanente de energía; pues la compañía de Electricidad de Tuluá se sirve de la microcuenca contando para ello con dos plantas en Riofrío como la primera construida en 1954 que genera 1,2 megavatios (MW), que brinda electricidad a Riofrío y Trujillo y la segunda, del sitio del Tablazo, dada al servicio desde 1996 la cual produce 10,6 (MW) y cuyo radio de acción incluye además de los citados municipios, Tuluá y San Pedro, las cuales hacen parte en la actualidad del Sistema Interconectado Nacional, Pingue riqueza hídrica que es aprovechada además por los productores agropecuarios para el riego de sus tierras y demás menesteres, de la misma manera que es utilizada por sus moradores en las múltiples necesidades de agua, diariamente.

Pero sería una omisión inadmisible no recordar la fauna hoy en extinción, de esta región paradisiaca donde los animales silvestres pese a todo todavía asoman su hocico y enternecen el corazón de los turistas; existen zorros, lobos, tigrillos, ardillas, micoleones y pericos ligeros por paradoja llamados así pues son osos perezosos, perros de monte, zari-güeyas o simplemente chuchas; los ojos de su noche montañera, allí conviven la tamandúa y el conejo sabanero, el ratón de agua y el terrestre, armadillos, garcetas, gallitos de río y la multitud de los pájaros, el camaleón, la rata y murciélago hematófago, los monos nocturnos o martejas, entre el plan y la media montaña. Más arriba podríamos hallar otras especies, pequeños osos hormigueros, los cusumbos solinos y los guaches de manada, y muy eventualmente la guagua y el tinajo; micos, venados y nutrias que en la práctica ya ni se conocen pues resulta probable que vivan sólo en la memoria de los viejos “palominos”. Eso sí, en toda la extensión riofriana encontramos todavía gallinas de patio, perros criollos y gatos maulladores, aquí se crían y levantan ovejos africanos, chivos, cabras, burros y aún llamas, especie exótica traída del Perú para diversión de los ojos, lo mismo que se explotan algunas especies menores: aves, conejos y cuyes; el ganado bovino comercial constituye una fuente importante de recursos, de la misma manera que en época reciente equinos mulares.

Su variopinta colección de aves es una provocación para los espíritus libres que aman seguir su vuelo y observar su plumaje allí coexisten la torcaza morada, con las abuelitas y la cocona o chorola; hay perdices, pavas y aguilucho, gavi-lanes y sirirís, el tucán y el paletón, allí se escucha la mirla y el mirlayo, el sueldero, el pinche y el gorrion, el toche, el azulejo, el canario y el turpial y también el sinsonte de trino poderoso, el cardenal, el afrechero, allí también la garza y el

garrapatero, la guala y el gallinazo, el chamón y el colibrí ese hado de los patios, el noctámbulo búho, y la chotacabras y las lechuzas y las domésticas palomas y patos y pavos y los gansos, esos guardianes del solar nativo, los quiques o gallitos finos, dicen también que hubo gurrias y pavas de monte las cuales una vez extinguidas empezaron a “aparecerse” a los cazadores con el fin de extraviarlos y perderlos en el monte.

Riofrío en toda la extensión de su territorio, por sus pisos térmicos y la variedad de clima, su rica fauna y abigarrada flora constituye un emporio de vida y diversidad cuyo potencial hídrico y paisaje además de su agroeconomía son garantía de desarrollo en el tiempo. Esta no es una tierra cualquiera, **es una puerta a la biodiversidad.**

Como lo señala su actual alcalde Juan Carlos Rengifo, aquí hay una nueva oportunidad para desarrollar futuros proyectos ecoturísticos; de hecho, desde hace muchísimos años sus escenarios naturales han sido sanos espacios de esparcimiento, en los ríos aledaños a la cabecera municipal y el domingo en el parque Central Riofrío hierve alegremente de propios y visitantes, interés que se ve complementado con las gestiones realizadas ante diversos organismos del orden departamental y nacional de cara a mejorar las condiciones socioeconómicas y la infraestructura del municipio: actualmente, se trabaja en la pavimentación de 18.2 kilómetros de la vía el Tablazo- Fenicia obra cuyo costo se estima en once mil millones de pesos y que seguramente no sólo contribuirá al desarrollo agroeconómico de esta región sino que facilitará los proyectos asociados de ecoturismo, lo mismo que la construcción de la PTAR para la cabecera municipal y de los acueductos de los corregimientos de Salónica y la Zulia, así como de las veredas Calabazas, la Italia, Miravalle y Corozal, gestionados ante el PARR, obras que alcanzan los 2.215 millones de pesos, de la misma forma la Administración actual

ha conseguido recursos por valor de un poco más de 4.850 millones de pesos, para la construcción de 225 soluciones de vivienda de interés social y paralelo a ello se ha dado continuidad a otros proyectos de vivienda de la zona rural en veredas de Portugal de Piedras, Salónica y Fenicia en proceso de construcción, a la par que mediante el trabajo concertado con las comunidades y el Concejo municipal se atiende a la población desplazada y otras familias en la miseria, con apoyo de la OIM, el Gobierno Departamental, el SENA, Incoder, ICBF y el CLE en el fortalecimiento de la capacitación y gestión para la conservación ambiental, el desarrollo económico e institucional y la participación ciudadana, propósitos en lo que convergen la Cámara de Comercio, CVC, la Gobernación y la Administración Municipal; acciones como el censo de desempleo articulado ello a la posibilidad de emplearlos en las obras en ejecución hacen parte loable de este proceso como la conformación de la Escuela Municipal del Deporte, entre cuyos logros se encuentra la medalla de oro en fútbol sala obtenida en los pasados Juegos Departamentales así como la promoción del deporte no competitivo, en distintos niveles, al igual que la Gestión Social y de Turismo a cargo de María Fernanda Victoria en la promoción de la juventud, las mujeres, los niños y el apoyo a los viejos, con programas como cine al parque, programas de prevención y control de la drogadicción y acciones hacia las comunidades vulnerables y con el concurso del Ministerio de Comercio y la Secretaría Departamental de Cultura la elaboración del Plan Turístico 2004-2007 para Riofrío, a la par que ha sido renovado el convenio con la Cámara de Comercio de Tuluá para el fomento y la creación de microempresas articuladas a este sector; entre las propuestas acariciadas para el impulso definitivo del turismo de la región está la de la construcción de un Ecoparque, con sus senderitos y ranchos dotados de hornilla, donde

las familias puedan planear ir a hacer el paseo de olla, el cual será un lugar de esparcimiento con zona de parqueo, piscina y río para los bañistas, paisaje exuberante para los curiosos amantes de la naturaleza, canchas de fútbol y otras prácticas deportivas, paseo a caballo para los novios, en pony para los niños y en llama para la foto. También, se tiene previsto en coordinación con otros municipios un proyecto para el ecoturismo científico y cultural en el páramo del Duende.

Otra de sus posibilidades, además de las que ofrecen sus escenarios reales está en el viaje de la imaginación a través de su historia, basta recordar la obra: “Piedra Pintada” ópera prima de novelista Gustavo Álvarez Gardeazábal, hijo dilecto de Ríofrío. Y es que como lo sugiere en su obra “Monografía de un Pueblo” Peregrino Rengifo, hace cincuenta años recién conservatizado el pueblo, durante ese período oscuro de nuestra historia que conocemos como la “Violencia Política”, llegó a ser de tal modo alarmante el sectarismo que en un caserío como Fenicia: “nadie se podía poner una camisa roja, las casas todas tenían que estar pintadas de azul y si alguien carecía de pintura la pintaban con azul de metileno”. Era tal la incertidumbre que se vivía por entonces que Olmedo Santa Coloma, uno de los pocos liberales que se quedaron en el municipio, inspirado en la situación, amenazó con ir y gritar un par de vivas a su partido en la plaza de Salónica si Betsabé Varón no le daba el sí, para casarse con él. De modo que la novia, puesta ante la perspectiva de no volverlo a ver más, prefirió aceptar verlo para toda la vida. Y todavía más, se cuenta que el 10 de agosto de 1965 el cura párroco de Fenicia, Ciro A. Quintero celebró el solemne funeral de Laureano Gómez en un acto simbólico al que debió concurrir todo el pueblo.

El territorio de Ríofrío está atravesado por tres fallas geológicas que revisten peligro “provocadas por la ejecución de

obras civiles y otras por la permanente erosión y degradación del suelo debido al mal manejo de las escorrentías fluviales” sin embargo, hay quienes temen que sea el anuncio de un castigo divino.

El 15 de julio de 1985 la población fue tomada por una columna guerrillera del m-19 al mando de “Boris” (Gustavo Arias Londoño) se cuenta que en esta ocasión el cura párroco de Riofrío se enfrentó a los guerrilleros sólo con su perro guardián.

Sin embargo, la escena digna de cine ocurrió el día en que don Albertino Marín, uno hombrón de más de 2 metros de alto y tan grueso como un toro, de regreso a su finca se encontró con que al puente sobre el río una corriente súbita lo había tumbado, por lo que decidió vadearlo montado en su Jepp (reforzado para soportar su peso) para seguir su rumbo, quizás confiado en la potencia de su carro, pero éste se quedó atascado en la arena a mitad de travesía. Los transeúntes que le vieron corrieron a ayudarlo a salir pero todo fue en vano, diez hombres y el vehículo no se movía: “bájese don Albertino a ver si logramos sacarlo empujado” -le dijeron y -él contestó: “mejor, llámenme la grúa”. El río comenzó a crecer de nuevo y la gente arremolinada, le gritaba desde la orilla: “bájese y sálvese antes de que sea tarde, don Albertino” a lo cual él respondía sereno “mejor espero la grúa”. No sabemos cuál fue el final de la historia ese día. Pero, hay otra anécdota que pareciera confirmarla, se dice que estando sentado en el parque, en una de esas bancas grandes de cemento llegaron a intimidarlo revolver en mano un par de tipos que le habrían ordenado seguirlo, a lo que él habría contestado, recostando su cabeza sobre el brazo: “de aquí no me muevo aunque me llamen la grúa” ante un argumento de tanto peso los tipos debieron desistir.

Bibliografía

Aprile Gniset Jacques,

“Notas sobre la fundación de Tuluá”, USEVA, 1985

Aras Reyes Héctor Herney,

“Historia de Bolívar”, Imprenta dptal, 1994

Betancur E. Darío,

“Historia de Restrepo, Valle”, Col. autores vallecaucanos, 1998

Colmenares Germán,

“Cali: Terratenientes, mineros y comerciantes, XXVIII”

Carlos Valencia,

Editores, Bogotá, 1980.

Colmenares Germán,

“Historia económica y social de Colombia”, Tomo II, La carreta, Bogotá, 1979.

Díaz Zamira,

“Guerra y Economía en las haciendas de Popayán”, 1780-1830, Univalle, Banpopular, Bogotá, 1983.

Mejía Prado Eduardo,

“Origen del campesino vallecaucano”, Univalle, Cali, 1993

Martínez Guillermo E.,

Paredes Cruz Joaquín, "Tuluá, historia y geografía, ed. Imprenta dptal", 1946

Montaño Herney,

"Historia de Andalucía" (en proceso de edición)

Ospina Calero Guido:

Monografía Histórica y Geográfica de San Pedro Ed. Imprimos, 1966

Perea Luis Antonio,

"Apuntes históricos sobre Zarzal" (inédito) Bib. Univalle, 2006

Rengifo Peregrino,

"Historia de un pueblo", Col. autores vallecaucanos, 2000

Trujillo Guillermo,

"Historia de Trujillo", (Edición del autor)1999, Tuluá.

Wallens León Pablo,

"Apuntes bugalagrandeños" tomos, I, II, III. Grafiartes, Tuluá.

Textos periféricos:

Estrada Fabiola, "En camino a la villa del Samán", IEP Univalle, Cali.

Archivos Notariales, conversaciones directas con narradores orales tradicionales, docentes, líderes sociales, personas mayores y periódicos locales de cada municipio.

E.O.T, de los municipios de Andalucía, Bugalagrande, Zarzal, Bolívar, Riofrío y Trujillo, Valle del Cauca.

EL SANTO APARECIDO

La aparición de un pueblo
irreverente

A Solón Calero García, también tuluëño.



*“También se erigen molinos
para el viento y su returbo”*

León de Greiff

HAN PASADO NOVENTA AÑOS DESDE CUANDO A ALIPIA RODRÍGUEZ SE le apareció la cara de Dios en un tiesto de loza y le alivió su soledad de campesina desamparada con dos hijas de brazos mientras Desiderio Vélez, su marido, defendía a tiros la República, enrolada en las huestes del General Herrera, durante aquella guerra de nunca acabar que terminó llamándose “La guerra de los mil días”.

La mujer lavaba en una acequia que corría junto a su rancho cuando sintió el influjo poderoso de un objeto blanco que reposaba en el fondo; lo vio moverse a través del cristal del agua que fluía en ondas leves y decidió sacarlo creyéndolo una piedra preciosa pero, una vez lo tuvo en la mano, se sintió desencantada al comprobar que el agua había magnificado su apariencia y tamaño, pues se trataba sólo del culo de una taza rota que la corriente había traído. Enseguida, Alipia lo tiró de cualquier manera a un lugar del solar y continuó en su trajín. Ese mismo día, al barrer, volvió a topárselo y

creyó desentenderse del fatal objeto barriéndolo junto con el polvo y la hojarasca del patio, pero el tiesto se le quedó enredado en la escoba de iraca. Disgustada lo arrancó con las manos y arrojó a un extremo. Apenas había logrado reponerse de la molestia cuando se lo encontró de nuevo entre las hojas muertas del patio cubierto de polvo. Esta vez lo alzó del suelo dispuesta arrojarlo bien lejos, donde no pudiera topárselo una vez más, pero, al reparar en su aspecto, observó con asombro que en la masa aparentemente informe de la loza empezaba a perfilarse en trazos bruscos una figura humana. Apretó los párpados para probarse a sí misma que no estaba soñando y, cuando los abrió, una cruz estaba revelándose en la peana. Entonces comprendió que se estaba obrando el milagro de una aparición: era el cuerpo de Jesús desfallecido, en el instante de su descenso de la cruz.

Corría el año de 1898, Tuluá era, en ese entonces, un pueblucho de mala muerte, situado al margen de su río, que servía de muladar a los diversos ejércitos en guerra, mantenido en pie por la tenacidad de sus mujeres que a fuer de innumerables heroísmos cotidianos sostenían sus hijos y sus casas mientras sus hombres se batían a muerte en las montañas.

Saludando el siglo XX, del campesino-soldado Desiderio Vélez regresó a su casa en la vereda de Playas y Alipia pudo comprobar el poder de su santo: le había pedido con fe renacida que se lo devolviera sano y salvo de las fauces hostiles de la guerra.

Pero mucha agua había corrido ya por debajo del puente Mateo Rueda, el más antiguo del pueblo, cuya aparición se remonta a otro tiempo feliz del que ya nadie se acuerda.

*Envuelta en niebla
junto a la tierra
húmeda del camino
la aldea vela
un sueño campesino*

W.M.

AQUEL MILAGRO SECRETO OCURRIÓ EN 1899. TRES SIGLOS ATRÁS LA espada y la cruz no le valieron a Bartolomé Giraldo Gil de Estupiñan para salvarse, él mismo, del furor guerrero de la nación Putimae, el pueblo indígena que habitaba estos lares.

En el principio, Tuluá era una aldea de labriegos aborígenes, situada en la ribera de un río caudaloso (cuyas aguas eran tan claras que los peces se habían de pescar con atarraya porque nunca mordían un anzuelo) que bajaba de un cerro y regando un llano feraz en el que un grano de maíz arrojado sobre su suelo, bastaba para provocar una cosecha con la que alimentar a una familia completa por espacio de semanas. Los Putimaes habitan bohíos hechos de guadua y palmiche y, aunque andaban desnudos por ahí, cuando iban de caza llevaban sus bodoqueras en jícaras de tela de cabuya y tejían túnicas, también, sólo que su uso se lo reservaban para los días especiales en que agradecían a los dioses el fruto de sus cosechas. Eran los días en que dejaban a un lado los husos de madera y sus instrumentos de labranza para celebrar, al sonido melodioso de las zampoñas y la ocarina; danzando y bebiendo los jugos fermentados de la tierra en odres de cerámica; ataviados con plumas de guacamayo, pectorales, aros y narigueras de oro, finamente labrados, mientras los brujos leían en el firmamento los tiempos por venir. Esos mismos

objetos eran dispuestos en la tumba de sus muertos, quizá porque comprendían la muerte como un descanso definitivo; como una fiesta a la que tenía derecho el Putimae- que quiere decir labriego- como fruto de una vida de trabajo. Se lo enterraba con la rana y la serpiente, el guatín y la paloma torcaz, los aliados de su vida campesina, grabados en las vasijas de barro cocido donde los alistaban con sus adornos de oro y sus armas de piedra pulimentada porque también la guerra de cada uno acababa cuando cada uno moría. No eran simples mortales; eran los guerreros heroicos que habían vencido a los Mamas y a los Chancos, a los Gorriones y a los Quiamanoes, y dominaban el llano del río Tuluá desde el piedemonte del Picacho hasta la quebrada de Morales.

Esa fue la nación indígena que se encontró el capitán español cuando, por comisión del gobernador de Cartago, Don Luis de Guzmán, vino y se instaló en una ladera del cerro con ciento cincuenta hombres bien armados e inició su guerra de conquista.

Tuluá es una voz Pijao, qué significa “Tierra Fácil” pero, parece probable que el comisionado Gil de Estupiñan, haya muerto sin entender por qué pues a él no le valieron sus estrategias y sus armas para tomársela ante el genio militar del Cacique Cunchipá y el coraje de sus hermanos labriegos quienes, con lanzas de piedra y bodoqueras de cerámica, diezmaron su ejército, quemaron su campamento y a él lo apresaron para hacerle el honor de comérselo vivo, reconociendo con ello su valor.

Alonso de Fuenmayor, un español muy español y buen conversador, refiere, hacia el año de 1608, que, tiempo ha, sesenta y cinco años atrás, ocurrió el combate en tierras que poseyeron Lope de Osorio y Alonso de Aguilar que conforme a derecho se les había hecho merced de ellas, cuando entró la conquista y la pacificación.

*“La verdad es la verdad, dígala
Agamenón o su porquero:
EL REY: Conforme
EL PORQUERO: No me convence”*

EXISTE UN DOCUMENTO DEL SIGLO XVII SEGÚN EL CUAL, EL CAPITÁN Diego Bocanegra, quién a la sazón era el dueño de una estancia en los llanos de Buga, persiguió y mató a un puñado de aborígenes, al parecer Putimaes, que habían asaltado una estancia vecina a la suya, ubicada en la banda occidental del río Tuluá. El español habría sido ayudado por indios Mamas.

Este fue, tal vez, el único contacto que este capitán español sostuvo con Los Putimaes.

Pero la historia, aunque cambié de hito en hito como el curso de un río, no se detiene; una leyenda quiere que, medio siglo después de la derrota de Bartolomé Giraldo Gil de Estupiñan, en el sitio del “Tablazo”, un lugar aldeaño al cerro del Picacho, Diego de Bocanegra, el legendario fundador de “El Chaparral” en el Tolima grande, apodado “El terror de los Pijaos” haya atravesado la Cordillera Central, bordeando el Páramo de la Yerbabuena y, una vez en el llano de Tuluá, haya vencido con su ejército al Cacique Cunchipá quién habría huido a refugiarse en las montañas de Barragán.

¡Vae soli!
Eclesiastés (IV,10)

TULUÁ palabra exótica barrunto de una lengua precolombina cifra o cábala, más que el nombre de aquel lugar anodino, distante cuatro leguas, en sentido norte, de la colonial ciudad de Buga e inscrito en su unidad territorial en aquellos tiempos, evoca la memoria de su singular gesta mítica.

La historia de su aparición se confunde con la leyenda. en 1637 Juan de Lemos y Aguirre, un bugueño alucinado tal vez por la fábula, reciente en su memoria, de las hazañas cometidas por sus abuelos españoles se propone una empresa por entonces descomunal: la apertura de un camino a través de la cordillera que una al llano del río Tuluá con el llano del Saldaña, en el Tolima, subiendo por el cerro del Picacho hasta ganar la cumbre del páramo de Amoyá (hoy San Juan de Barragán), y bajando la cordillera, hasta el valle del Magdalena.

A este hombre que, tres años antes de concebir este proyecto, creyó anticipársele, a la muerte legando su fortuna a su descendencia, siendo todavía muy joven, no le alcanzaría la vida para procurarse los recursos necesarios a aquella empresa de delirio que lo habría de llevarlo a conocer la ruina y la gloria.

En el curso de los años siguientes a 1637, año en que concibió el proyecto, vemos a Juan de Lemos haciéndose con una vasta extensión de tierras que abarcan desde parte de los llanos del río Guadalajara de Buga hasta el llano del río La Paila, por espacio de siete leguas, que incluyó buena parte de la ribera occidental del río Tuluá y limitando con la ribera oriental del Cauca. No satisfecho, todavía, lo vemos haciéndose con casi tres mil reses, del hato del Rey, en Roldanillo

mas también se le en fuga de Pasto, donde se le sigue un juicio de residencia, por no rendir cuentas de las cobranzas hechas por él durante su gestión como Recaudador de la ciudad.

Quince años después de concebido el proyecto, cuando el Alcalde de Buga y padrino suyo, le anuncia que le han sido concedidas las Capitulaciones de las tierras de Barragán y Jicaramata, el hombre decide echar a andar la empresa: contrata trabajadores, pues no es un encomendero, erige un campamento en Palomestizo (un sitio al noroccidente de la actual población), y se inician los trabajos. Todo parece ir muy bien hasta cuando sucede lo inevitable y la empresa se le desmorona como un castillo de arena; acosado por los acreedores, el desafortunado soñador abandona sus dominios y se vuelve noche, los representantes de Felipe VI, el Rey del imperio, lo buscan infructuosamente; al propio monarca le debe más de siete mil patacones, el precio de sus ganados. Un rumor dice que el ambicioso capitán se ha ido a buscar el oro de las montañas de Antioquia. Un año más tarde corre una noticia sobre su paradero, por las estancias de Buga, Juan de Lemos y Aguirre ha sido visto en la población antioqueña de Remedios, enfermo y con el saco roto.

Nunca más se vuelve a saber de él, como a aquel perro andariego de la canción paisa, a ese hombre se lo tragó la montaña.

Aquí, en Tuluá, cuando la gente se desaparece sin avisar hay quienes dicen: “Noo, sí ese anda más perdido que Juan de Lemos”. Pero eso no obsta para que la historia oficial, que no tolera vacíos, lo haya sacado del olvido y consagrado como fundador del pueblo de San Bartolomé de Tuluá.

*"! To be or not to be, that 's
the question!"*

William Shakespeare

PERO LA HISTORIA, COMO LOS RÍOS, TAMBIÉN VUELVE SOBRE SU CAUCE original. Un siglo después Tuluá sigue siendo una aldea de labriegos aborígenes, de bohíos redondos que emergen entre palmichas en medio de las hojas del tabaco, el esplendor dorado del maíz, los frutos del cacao y los racimos de plátano y banano, esparcidos a lo largo del piedemonte del Picacho hasta el llano de la quebrada de Morales por toda la margen oriental del río Tuluá.

Las tierras del otro lado del río pertenecen ahora a Diego Fernández Santacruz un aventurero español al que llaman "Diegote", el pueblo de Tuluá se origina, sin ritual ni ceremonia, un día cualquiera en 1718, cuando Lucas Pereañez y Romero, un cura doctrinero, erige una capilla de guadua y techo pajizo sobre la margen occidental del río, en terrenos que eran del español.

Los aborígenes lo vieron llegar, a él, desde la otra orilla, y tras de él, vieron llegar a los otros; a los pardos, al servicio de las estancias vecinas, a los mestizos de Buga, a los blancos que llegaron tarde a conquistar a América y extraviaron el camino de regreso, a los zambos y las cuarteronas, a memes y mulatos, indios e indias, sobrevivientes de otras naciones indígenas, y a todos los otros y a los demás. Entonces se formó un grande núcleo de gentes y una babel de usos y maneras y un galimatías de voces humanas, en disputa por la propiedad de esa tierra de nadie, pues, unos años atrás, había muerto "Diegote" dejando una progenie mestiza sin reconocer, a la que desheredaron los que fueron llegando. Entonces

intervino, de nuevo, el cura: promovió una causa, en favor de Diego de Aguilar y Santa Cruz, uno de los nietos de Diego Fernández, según la cual, la modesta parcela de seis cuabras, sobre la que se había ido levantando el caserío, le pertenecía legalmente al “indio” Aguilar que había sido despojado de su legítima herencia al quedar huérfano siendo muy niño. Por supuesto, el novelón apenas comenzaría: curiosamente, el pleito tiene eco inmediato en las esferas eclesiásticas de la época, el párroco esgrime una anatema contra los “invasores”, el obispo de Popayán amenaza excomuniación; se cree que la querrela fue a dar a Roma y Benedicto XIV alcanzó a dictar una bula en ese sentido, contra los aprovechados pero que, por los pésimos correos de entonces, no alcanzó a llegar hasta el pueblo y tal parece que hasta San Pedro bajó a la novelería porque las gentes de ese pueblo vecino de Tuluá se vinieron en masa a ver qué pasaba y muchos de ellos decidieron quedarse; se cree que desde aquella época, esa población se quedó más sola que de costumbre. Lo cierto del caso es que al final del pleito, el cura se salió con la suya, pues el cultivador “indio” resultó entregándole el derecho de propiedad de sus tierras a cambio de asiento y sepultura en la parroquia de San Bartolomé.

Hacia 1759, había llegado a ser una parroquia tan próspera y prometedora que a sus moradores les pareció llegada la hora de independizarla de la jurisdicción de Buga e inadecuado seguir nombrándola, por referencia a la aldea aborigen del otro lado del río, con el nombre de Tuluá. Entonces se reunieron los notables del pueblo y elaboraron una carta para el virrey Solís solicitándole su erección en Villa con el nombre de **Aranjuez**, el mismo de la estancia palaciega de Carlos III, famosa por sus fuentes y jardines, erigida a orillas del río Tajo, en España.

No lograron convencerlo pero, gracias a la gestión, Tuluá

ganó para su historia un testimonio precioso como ninguno otro, en el que leemos.

“Digan si les consta que, la planta de esta población está fabricada y bien repartida con la plaza mayor, calle y solares nivelados, acordes y reglas y si de su Plaza salen ocho calles quedando campo abierto para que pueda siempre proseguir y dilatar en la misma forma, digan.

Digan si les consta que, está fundada al margen de un río de agua muy buena, por lo fresca, delgada, gustosa y saludable, de ella y que por esta razón se dispuso la población de forma que cuando nace el sol primero la baña con sus rayos que a las dichas aguas y que éstas por estar en buena disposición y situación, no sólo se pueden conducir por acequias y acueductos al pueblo y heredades, sino que de hecho se ven corriendo para varios fundos y diferentes haciendas.

Digan si les consta que, el cielo de esta situación es de buena y próspera constelación, muy claro y benigno, el aire puro, suave y lisonjero, entre cálido y frío, a cuya causa el territorio es saludable y por ello se conservan hombres y mujeres de avanzada edad, y si éste es fecundo para crías de ganados de todas las especies y sus montes superabundantes en arboledas para leña y maderas para las casas y edificios, siendo fértiles las tierras para mantenimiento de vituarias y miniestras.

Digan si les consta que tienen en su comarca indios y naturales a quienes se predique el Evangelio y se instruye en los dogmas de nuestra fe. Item, sí saben y les consta que la minuta de vecinos presentada (aluden a una relación de nombres de los vecinos adjunta de la solicitud del villazgo para el poblado) es cierta y verdadera y cada uno de ellos tiene sus comodidades excediendo lo más en caudal conocido, digan...”

“Hubo un jardín o fue el jardín un sueño?”

J.B.L.

ERAN LOS TIEMPOS EN QUE EL RÍO COMO UNA SERPIENTE ALADA abandonaba su estrecho nido de rocas de la cumbre y entre fulgores de relámpagos y voces de trueno, prorrumpía de la lluvia del páramo en los meandros de la montaña presagiando en su retumbo el hierro de los cañones y el cobre de las campanas y, buscando toda la anchura de su lecho se desbordaba sobre la planicie nutriendo de sustancias minerales y perfumes agrestes la tierra, irrigando los maizales primigenios; los cultivos de arroz que, desde 1600 plantó Felipe García; el frijol de bejuco, los yucos y los bananos; el plátano hartón, cultivado en las orillas, que excitaba la gula; todos los árboles frutales y los cañamelares, cuya semilla dulce trajo Don Pedro de Herencia de las Islas Canarias sin intuir la dimensión amarga de su herencia en el Valle; el cacao, del que le hicieron una taza de chocolate a María Teresa de Austria que le hizo meter un grito de aprobación y llevada por su gusto real, le concedió al fruto título de noble; los cultivos de coca, cuando sólo los aborígenes americanos sabían para qué sirve; los plantíos la calilla, antes de que los españoles lo llamarán tabaco y diera origen a la primera chispa de emancipación ocurrida en el Valle del Cauca; los árboles de cañafístola, los borracheros, las matas de marihuana y otros cáñamos.

En ese entonces el río entraba en el llano por el sitio de “El tablazo”, en estribaciones del cerro tutelar, doblaba por Luisitania, en el sur, y en línea recta llegaba hasta la ensepada “La María” frente a la Casa Cural de San Bartolomé, derivaba hacia el noroccidente hasta el sitio denominado “Las Olas”, y luego, en sentido norte pasaba por “Las Playas” y se

enrumbaba hacia la “Madre Vieja”, una vereda ubicada en el norte en límites con el vecino Folleco.

Hacia 1720, El capitán José Francisco Trujillo del Águila, intentó censar la población; era la época en que la fiebre del oro del Chocó hacía suspirar con un camino hacia allá a todos los hacendados. El gobernador bugueño convocó, para esa empresa, a esclavos, indios y domésticos al servicio de las estancias de Buga y, aunque quince años después, debido a la peste (¿malaria?) que pescaron los pardos arrancados de las haciendas y a los estragos de la plaga de langosta, en los cultivos de los Llanos de Buga, hubo de suspenderse la apertura del camino, el doce de junio de 1778, sería el propio Virrey (¿De la Cerda?) quien convocará al vecindario para que concurriera a la re-iniciación de la obra, trunca desde 1735. Sumado a ese dictado, aquel bando anunciado en la plaza, dictaba medidas de control para los estancos y el comercio de tabaco, tomadas por el visitado real Juan de Gutiérrez. Quince días se necesitaron para que las autoridades coloniales se llevarán el fiasco de su vida: “las plebes” del

Llano de Tuluá, se declararon en contra de las disposiciones. Al mes se supo que las plebes del llano de Palmira, igual se resistían a cumplirlas: era la primera manifestación de rebeldía ocurrida en ese anodino lugar de “Las Indias”.

El gesto era inaudito, lógicamente, era necesario castigar a los responsables, pero las autoridades locales de la ciudad real de Buga se declararon incapaces de reprimir la sublevación por “estar compuestas de plebes, las fuerzas de defensa”. El cabildo reunido en pleno, deliberó: acordaron pedir ayuda a la ciudad real de Cartago pero Pedro Cerezo, el Alcalde, contestó que: “era de todo punto imposible el envío de fuerzas” pues, era como dejar sin defensa “a los pocos nobles de la ciudad”. Descartada esta opción los “pobres” nobles no sabían qué camino coger, el 27 de julio, la situación aparece

descrita así: “Atenta consternación ha causado en este pueblo (Tuluá) La noticia de los hechos se relata en seguida y continúa... Las personas de bien, han tenido que abandonar o recogerse en sus casas para contener el orgullo de la plebe alterado que, amenaza con el asalto de sus casas y heredades. Su miseria y carga de obligaciones causan su no obediencia al Rey”.

Un día después, agotadas las vías de solución al conflicto, y aplicando, sabiamente, aquella, máxima: “si no puedes con el enemigo, únete a él”, tan usual entre nosotros, el Cabildo de Buga por mediación de Antonio de Potes, Maestre de Campo anunciaba a Nicolás Alvarado, sargento de la compañía de pardos, la suspensión de las órdenes: El bando Real había sido derrotado.

En esta primera manifestación de rebeldía estaría el germen de la segunda sublevación ocurrida en Tuluá: los esclavos se levantaron el 11 de octubre de 1809 con el fin de acabar con los estancos y seguir una expedición a Pasto comandados por Carlos Montúfar, quien les había prometido a los negros, la libertad.

En la época, llegaría a debilitarse de tal manera el poder colonial que hasta en lugares mucho menos poblados ocurrieron incidencias así: un notable desconocido (Joaquín Navarro) cuenta que en el sitio de “La Herradura” distante una jornada caballo de Tuluá, sucedió un tumulto que dejó heridos y presos a varios pardos sublevados. Más patético aún es el testimonio de José González Correa que, al ser nombrado Alcalde Pedáneo de Tuluá rehúsa el cargo y, como necesita sustentar su negativa ante quienes lo han nombrado, se encierra en su aposento y escribe: “Una avanzada edad que no admite más pensamientos que los del sepulcro, un crecido número de hijas vírgenes, cuyo pundonor pende de mi particular vigilancia, una indignancia que me niega aun los

medios necesarios para la conservación de mi familia; una total soledad en lo concerniente a los domésticos de casa, una absoluta ineptitud en materias forenses y, lo que es más grave, una cuasi sordera consumada cuando, según el sabio, por los oídos entra la justicia, sumada a otros muchos males que padezco, me impiden aceptar tal dignidad”.

*“Grita: Devastación y suelta
a los perros de la guerra”*

William Shakespeare

A FINES DEL SIGLO XVIII, LA POBLACIÓN DE SAN BARTOLOMÉ DE

Tuluá había llegado a ser igual a la de Cali y tres veces mayor que la de su cabecera (Buga). Sin embargo, el poblado aparecía vagamente mencionado en los documentos oficiales de la época citado como la primitiva Tuluá, simplemente, no obstante, su vertiginoso crecimiento y sus ínfulas de poblado indiano, manifestadas desde un comienzo con la solicitud de villazgo para el caserío recién trazado que era en 1759 y a pesar de que su composición étnica revelaba un marcado predominio de libres, seguía dependiendo de la jurisdicción de Buga. Aquello paradójicamente, era, un poco, lo que había pasado con la aldea nativa de la otra orilla que, no obstante su importancia como centro de abastos, en razón de que no era Encomienda, ni Parcialidad, Resguardo, ni Reducción indígena propiamente dichas, pervivió durante la edad de la colonia, felizmente anodina en su lugar primitivo, hasta su disolución en el nuevo poblado y extinción definitiva, con la expulsión de los últimos naturales al Callejón de Riofrío; como se colige con base en los litigios, surgidos después, a propósito de la propiedad de estas tierras. Pero, ¿Qué era lo que en el fondo había pasado? Divaguemos un poco sobre el asunto: San Bartolomé de Tuluá, la población indiana, surgió como una necesidad de espacio para un grupo de gentes diversas que siendo libres, no tenían sin embargo tierra, unos (los más), y otros que eran potentados (los menos) pero no tenían poder, en Buga, se nucleaban en torno de la capilla que

levanta Periañez sobre una tierra sin dueño definido, frente a una aldea campesina autóctona que, sin alternativa de escape, de cara a la empresa de la colonia, debe entregarse al mestizaje como única opción de sobrevivencia pero, a un mismo tiempo, le saca ventajas a la contradicciones entre los Invasores; es por eso tal vez que, cuando los llaman a declarar las autoridades de Buga, sobre la conveniencia de la erección del pueblo en Villa, se declaran en contra. Del otro lado, los dueños no están interesados en romper su unidad territorial, ni en prescindir de los tributos de los tuluëños y haciendo valer su preeminencia como autoridad colonial ante el Virrey, logran mantener y afianzar su gobierno en el curso de los años siguientes, puesto que la respuesta a la solicitud hecha por parte de los tuluëños se traduce en una disposición, según la cual el Alcalde de la ciudad real de Buga nombrará en adelante un alcalde pedáneo para San Bartolomé de Tuluá, nombrada así, por extensión, del nombre de su capilla, aunque no es denominada parroquia, tampoco.

Al margen del poder colonial los tuluëños habían edificado una economía campesina autosuficiente, en pocos años, y se mostraban en abierta contraposición a sus vecinos de Buga y, conscientes de que ya no tendrían los favores, privilegios y exenciones que hubieran derivado del villazgo, los notables del pueblo patrocinaron actitudes de descontento popular como se puede observar en la nota presentada por ellos, a propósito de los hechos sucedidos en julio de 1778, cuando “las plebes” del Llano en Tuluá, se resistieron a cumplir un edicto Real. Evidentemente, esta situación favoreció a la población indígena, en alguna medida, pues, seguramente, la concesión de villazgo a “Aranjuez” como habrían soñado que se llamara en adelante, hubiera significado para ellos grandes traumatismos pues, basta ver que, una vez afianzada su fuerza el poblado Indiano y puesto en crisis el poder

colonial, los que hasta entonces se mantuvieron sin mezcla (1803) son expropiados y enviados al Callejón de Riofrío.

Existe una tendencia por parte nuestra a mostrar, tal vez por estar muy identificados con nuestro terruño, a Tuluá como la “Cenicienta” del cuento y a Buga como la madrastra que la tiranizaba, y eso sin duda está bien porque nada hay más fascinante en el mundo que los cuentos de hadas pero, penosamente, la historia humana se ha caracterizado por tener fines menos nobles.

Huelga decir que el proceso de aparición y consolidación del pueblo de San Bartolomé de Tuluá permite apreciar con claridad muchas de las contradicciones y vicios de la sociedad colonial y de las causas que llevaron a su liquidación definitiva. El pueblo indiano de San Bartolomé de Tuluá significó la cristalización de un espacio completamente nuevo que fractura el sistema de la Colonia, en el que concurren no sólo mestizos y nativos sino, además, libertos, manumisos, zambos, criollos y nobles que mezclados en la corriente plebeya co-lideran el proceso de consolidación y emancipación de la nueva sociedad, al par que buscan la legitimación del nuevo espacio político, todavía al interior del régimen.

Fue en este contexto en donde se produjo la segunda sublevación ocurrida en Tuluá: la de los “pardos” esclavos hacia 1808.

La acogida entusiasta que tuvo en Tuluá en los años siguientes la causa revolucionaria, no fue gratuita tampoco, más aún si tenemos en cuenta que quienes se sumaron a ella de inmediato no fueron precisamente los más oprimidos, sino los notables de la época: el sabio Juan María Céspedes, Francisco Marmolejo y Potes, Joaquín de Victoria, Pedro Pablo de la Cruz,

Francisco María Lozano y Pedro Pablo Prías, entre otros;

personajes representativos de la tierra, es decir: amos y señores, políticos e intelectuales.

En cierto modo la lucha por la independencia para los tulueños tuvo una significación doble: de una parte, fue la lucha por ser libres de España y, de otra por librarse del control de Buga La Real. Así vemos que, apenas conquistada la libertad, durante la campaña libertadora del General Nariño, hacia 1813, los tulueños exigen, de inmediato, la erección del pueblo en Villa de libres y, aunque el gobierno de Buga responde con otra negativa y, para hacer sentir su dominio, el 20 de julio de ese mismo año, resuelve ordenar a unos hacendados tulueños el abastecimiento de carne al pueblo, del cual señalan: “se ha observado carencia” y el bando, que es leído en la plaza, incluye un tirón de orejas para el abastecedor Juan Francisco Caicedo: “para que en lo sucesivo no use el tratamiento de Don, ciñéndose a la esfera de que se haya constituido por su naturaleza”, un año después, Joaquín Lozano, Pedro Pablo Prías y otros paisanos, deciden erigir por sí y ante sí al pueblo en Villa.

No han logrado consolidar la independencia de Buga, cuando vino “El Pacificador del Cauca”, Francisco Warletta, les hace comparecer a todos ante un escribano, en Buga, y luego de hacer cruz con los dedos, tienen que jurar fidelidad al Rey de España, a Dios Todopoderoso y, a la Ciudad Señora. ¡Había llegado “la contra” al Llano de Tuluá!. Se instalaba otra vez, el régimen, ahora, con un elemento agregado a las consabidas modalidades de la dominación: **El terror**, esa arma última de los poderosos debilitados. Era el 21 de agosto de 1816.

En 1819, después de la Batalla de San Juanito, irónicamente, ocurrida en los llanos de Buga, Tuluá lograría su independencia. Pero, para entonces, la revolución independentista lo había trastocado todo: hasta los términos. **Ya no**

podría ser Villa; el vencedor de San Juanito, Joaquín de Ricaurte, la erigió en Cantón. Eso era más, claro está, pero la soñada Villa de San Bartolo se quedó en veremos, aunque el anhelo pervive en el seudónimo del pueblo: “Villa de Céspedes”. Se ve que quién lo inventó lo hizo con la mejor intención del mundo: quería dotar de una cuna digna a ese hombre ilustre que fue Juan María Céspedes, en lugar de ese TULUÁ, a secas, cazarro y reacio a toda reducción, como fue siempre.

La verdad es que pocos pueblos cuentan entre sus hijos a hombres como Juan María Ceferino Céspedes: gracias a él supimos que, el estoraje no era sólo un estorbo, como pretendían hacérselo creer nuestras abuelas cuando nos regañaban así, sino que, además, era medicinal y tan rico y perfumado que bien podía alternar con el incienso y la mirra, en los sahumeros de Semana Santa; que la ‘resinación’ era el acto de sacarle la goma al caraño, ese caucho blando que el descubrió explorando las selvas del Opón y el Casanare cuando, huía del terrible Pablo Morillo, habiéndole tocado dejar sus estudios teóricos; sus traducciones de Jussiens y Richards, los alumnos franceses de Linneo; sus amigos y su casa de Santa Fe, para irse a buscar refugio en el monte porque el tirano estaba haciendo rodar las cabezas de los sabios, como si de rebanar pepinos se tratara. Capellán en los ejércitos de José María al, estuvo en la batalla de Palacé; en esos días de guerra trabó amistad con Tomás Cipriano de Mosquera, a quien luego de una vida de luchas y estudios le confió sus manuscritos botánicos sin pensar que moriría, en 1948, sin llegar a verlos editados. La memoria de los héroes soporta todo, hasta el olvido; años después un parque erigido en su memoria, terminó siendo monumento a Bolívar.

Pero volvamos a la historia. Debieron pasar cinco años, todavía, para que el Cantón de Tuluá produjera el primer

acto de gobierno soberano. En efecto, el 30 de mayo de 1925, el Cabildo se reunió por primera vez oficialmente y resolvió dictar un decreto. En realidad, se trataba de un llamado de atención que, aunque hoy, después de 163 años de que el ordenanza reuniera a son de redoblantes a las gentes que habían en la plaza de Boyacá ese día y, haciendo eco con las manos, publicará el bando, nos sigue cautivando, decía:

“En atención a los daños causados que, si se siguen de la tolerancia de perros, caballos, chivos y demás animales nocivos entre el poblado, se recomienda a los alcaldes ordinarios y cabos de barrio sobre que se quiten y saquen los dichos animales para las haciendas de campo, para cuidar así de los edificios, empedrados y acequias de los daños que causan. Si notan que algún vecino no obedece, los jueces harán que se sacrifiquen los animales en beneficio de los pobres que trabajan en la obra del río, por la primera vez. Sí se notare desobediencia por segunda vez, se castigará al dueño con el sacrificio del animal más cuatro patacones de multa que serán destinados para la obra pública de la cárcel. Y si incurre por tercera vez, en este desacato entonces, se castigará al contumaz con el sacrificio del animal, la multa de cuatro patacones y una pena de tres días de cárcel.

A los esclavos deberán castigarlos los amos.

Firmado.

Francisco Marmolejo,

José María Lozano,

José Vicente Ramírez,

José Joaquín de Llanos...

y (otros).”

*“La historia no es la que cuentan
los libros de la historia.
es una zopilotea y un gran hedor”.*

Ernesto Cardenal

NO ERA LIBRE. NUNCA LO FUE. ANTES, LE HUBIERA DADO LO mismo estar sirviendo a un amo español. Los que la veían ahora, sentada en un tronco en la cocina, viendo arder las últimas brasas del fogón recién apagado, sentían por ella una suerte de temor y admiración, a la vez. Las otras mujeres de la servidumbre de la hacienda preferían bajar los párpados para no enfrentar sus ojos de ónice que llevaban impresos el fulgor de la pólvora, el brillo de los sables y la huella de unas lágrimas vertidas a causa de la guerra, aunque ella hubiera recuperado la alegría y su presencia de negra grande tuviera la virtud de infundirle un sentimiento de protección, en las noches de pesadilla de aquel llano de la postguerra.

Siempre había sido fuerte como los cedros de la estancia, pero el día en que supo que a su hijo Pedro José lo había matado, amarrado al espaldar de un asiento, un pelotón de soldados realistas, sintió un dolor tan grande como si aquella descarga de fusiles le hubiera dado en su propio corazón. Herida de pena, se derrumbó en su catre del pabellón de la servidumbre y lloró toda su amargura; increpó a su fortuna injusta; a sus amos, por haberlo enviado a combatir en la guerra; maldijo su condición de mujer y, con rabia, en su impotencia, hizo jirones su vestido de golas, su faldón de bayetas y su mantelina; la indumentaria con que solía danzar, en otros tiempos lejanos. Ya no habría lugar a la alegría. Clamó a los cielos pidiendo justicia, pero también desesperó del cielo. Su destino, ciego, la había llevado a nacer esclava en

una estancia del llano de San Bartolomé de Tuluá y probablemente habría muerto sin entender muy bien por qué, de no ser porque al negro Pedro José Ruiz, su hijo, siendo el tambor del ejército patriota y soldado, lo habían hecho prisionero en Quito, las fuerzas del Rey español, y allí mismo lo habían fusilado. Era todo.

“Dios hizo a todos nosotros del mismo barro (mortal) pero a los blancos les permite matar y estar con él” le oyó decir a una hermana suya que trataba, en vano de consolarla, mientras reparaba en su piel brillante, humedecida de lágrimas. De pronto cayó en cuenta de su infinita soledad a pesar de tanta gente en el mundo. Sola con la pena de su hijo muerto. Al cabo, se durmió bajo el peso de su conciencia recién despierta. Entonces soñó; se le reveló el fantasma de Pedro José; tenía sus heridas abiertas todavía. Al día siguiente, su dolor se había resuelto en odio. Fue el odio el que la guio hasta el cañaduzal cercano y la enseñó a hacer lanzas de cañamenu-da. La fuerza de su sentimiento contagió sus actos y su palabra; aprendió a montar un potro cerrero y, llevada por su sed de Justicia, recorrió todo el llano instigando a los indiferentes a luchar por la causa patriota jornada tras jornada, mes a mes, infatigablemente, por espacio de tres años consecutivos, hasta el día en que el destino le ofreció la oportunidad de conjurar la pesadilla.

Era lunes. Pedro Pablo de la Cruz, Francisco Marmolejo y Potes, Pedro Pablo Prías, Francisco María Lozano y otros patriotas más, se habían reunido con sus ejércitos en un sitio cercano a la casa de la hacienda donde vivía la negra, para establecer contacto y reforzar las fuerzas del General Joaquín de Ricaurte y el corsario Juan Runel que, abandonado de sus amigotes en la Bahía de Buenaventura, había optado por enrolarse en el ejército patriota. María Antonia se había quedado, con un puñado de mujeres más, en la casa que, ahora, era

uno de los sitios donde los patriotas se reunían a deliberar.

Al anochecer, vieron acercarse al sitio a un numeroso ejército: vieron ondear sus estandartes, sintieron el sigilo de sus pasos, reconocieron, en el brillo de las insignias, al enemigo. Entonces se miraron desconcertadas, entre sí, sin saber qué hacer. Un instante después, una sonrisa enigmática asomo a los labios de María Antonia e iluminó la penumbra. Enseguida la vieron descolgar un tambor y un clarín, le vieron correr a un filo próximo y encarando al ejército enemigo la escucharon romper el silencio de la noche con una marcha guerrera, signo de la presencia de un ejército patriota en pie de lucha; le dio al tambor con la fuerza de un mozo e hizo cantar el clarín como un gallo de pelea. La reacción del ejército enemigo, comandado por Simón Muñoz, fue de desconcierto: sorprendidos por la intensidad de la descarga musical, los faluchos realistas, no dudaron de que se trataba de un vertedero batallón patriota, dispararon a tontas y a locas, confundidos entre sí, Iniciando un reñido combate por ganar la delantera en la fuga y retirarse, cada uno, lo más pronto posible de allí. Con su ardid la negra María Antonia acababa, ella sola, de vencer a una columna de soldados realistas. Sola, con los juguetes de su hijo Pedro José, había derrotado a Simón Muñoz y su ejército.

Al amanecer del día siguiente, no satisfecha aún, tomó su lanza de cañamenuda y voló en su potro hasta el sitio de San Juanito, donde el ejército patriota, guiado por Ricaurte, la vio decidir la batalla peleando codo a codo junto al inglés Juan Runel. Era la contienda definitiva. María Antonia Ruiz, erguida sobre el lomo de su potro salvaje, tendida la lanza, volvió a danzar al ritmo creciente de su corazón como en otros tiempos, esta vez, entre las huestes enemigas, buscando el pecho acobardado de los asesinos de su hijo, incendian-

do el fuerte de los españoles, infundiendo ánimo entre sus camaradas gritando vivas a la patria.

Pasada la guerra de independencia volvió a sus quehaceres en la hacienda y, de vez en cuando, sentada al amor de la lumbre, se daba a recordar esos tiempos difíciles, serenamente, con la humildad propia de los que lo han dado todo, y hacia el relato de aquellos episodios gloriosos, a los niños que acudían a oírla.

No era libre, quizá, no necesitará saberse libre ya para vivir los días que le quedaban. Ahora, los que la veían sentían una suerte de fascinación, ese sentimiento que se experimenta sólo ante los héroes. En 1929 vino el Libertador a Tuluá y le dio la libertad a la negra María Josefa Ruiz, esta era su hermana, Simón Bolívar visitó el pueblo un año antes de morir. Eran las once de la mañana el 27 de diciembre de 1929 cuando irrumpió en la plaza de Boyacá, entre otros héroes y personas notables que le acompañaban desde Buga. Llegó de paso. Iba hacia Cartago. Los tuluños de entonces tuvieron la satisfacción de oírlo de viva voz cuando Pedro José Lozano, en nombre de todos, le entregó su homenaje sincero de bienvenida y él, conmovido, se dirigió al pueblo apretujado en la plaza que lo vitoreaba, con un mensaje de gratitud, desde la tribuna de un balcón.

En la tarde concedería la libertad a Celedonia Tolón, María Ángela López, María Josefa Ruiz y a otros esclavos. Luego asistiría a un baile celebrado en los altos de la cárcel pública, situada, entonces, en una esquina diagonal a la plaza, en la denominada Casa de las Tribunas (Me permito este paréntesis para agradecer a los hados que protegieron de la ira del Libertador a mis paisanos, pues, es probable que él no hubiera pasado por 'alto' el detalle y, a las hadas que, aquella noche feliz, lo encantaron impidiéndole saber que lo habían invitado a bailar encima de una cárcel) El amanecer del día

siguiente lo vio partir. María Ángela López, candorosa y nostálgica, solía decir: “yo fui colombiana de Brígida López”. Era su manera de evocar aquella fecha memorable en que conoció al General y fue libre. Brígida había sido su ama, de ella heredó el apellido.

Luego vinieron las guerras civiles y el pueblo entró en un marasmo de años grises, interrumpido, a veces, por la visita inesperada de uno que otro extraño que, cogido de la tarde, se quedaba a pasar la noche y se madrugaba, antes de que se le contagiara el hastío y después de anotar en su libro de viaje: Tuluá, breve escala de una noche entre Buga y Cartago. Sin embargo, quién más harto debió quedar en Tuluá, en ese siglo, fue Joaquín María Córdoba, el general antioqueño que, derrotado en estos predios hacia el año de 1865, probó el polvo de la derrota doblemente, once años después, cuando intentó resarcirse del primer desastre, peleando por estos mismos lados.

El general Eliseo Payán, quien después llegará a ser presidente, lo venció la primera vez. Ese combate tuvo lugar el 25 de octubre de 1865, en un sitio, a orillas del río Tuluá, denominado “la Polonia”, sobre una colina del sureste, próxima a la hacienda “El Tablazo”, donde se cree que fue destruido el ejército de Bartolomé Giraldo Gil de Estupiñan, por los indios, tres siglos atrás. Sin embargo, la batalla de La Polonia, a criterio de los historiadores tuluños, fue más una escaramuza en la que lo único que salió lastimado fue el honor del general Córdoba. Esa herida en su orgullo fue, quizá, la que lo movió a venir enfrentarse, con sus huestes, años más tarde, a las fuerzas de otro general liberal, acantonadas en Tuluá: el 31 de agosto de 1876, el general Joaquín María Córdoba, el mando de cuatro mil soldados, le presentó batalla al ejército del General Julián Trujillo, conformado por más de tres mil hombres. Fue un combate sangriento en el que se estrenó el

uso de una ametralladora que, a la postre, decidiría la victoria por parte de las fuerzas gubernamentales que, en los fragores del combate, se apoderaron de esa máquina de matar y pusieron en fuga a Córdoba y los demás sobrevivientes de su diezmado ejército. Todavía se encuentran vestigios de esa contienda en esas tierras de los Chancos, el sitio al sureste de Tuluá donde ocurrió la guerra. Quienes descubren esas balas incrustadas en la tierra, las exhiben con el orgullo propio de cuando nos dan un trofeo, es como si las hubieran extraído de sus propias entrañas.

De todas maneras, las guerras del siglo pasado, no obstante su importante costo social, se tipificaron por sus ideales románticos, estas confrontaciones se dieron entre las más estrictas reglas de honor y respeto por la dignidad de los combatientes pues, aunque se peleaba con ardor y se quemaban muchas municiones, había un genuino sentimiento de humanidad que animaba el sentido de la lucha (a pesar de todo lo ridículo que pueda parecer hoy). Era la época en que a todos los colombianos los distinguía eso que se llama: el coraje.

En Tuluá, la última batalla del siglo XIX, la dio un puñado de liberales que, en 1895, armados de escopetas se treparon al cerro del Picacho y retaron desde allá, a las fuerzas gubernamentales (conservadores, esta vez) a que fueran por ellos.

En efecto, el gobierno municipal, atendiendo el reto con gran diligencia, destacó un grupo de soldados para que fueran a combatirlos. Pronto hicieron contacto con el grupo rebelde, en un lugar a orillas de la quebrada del “Ahorcado” junto a una estancia del cerro y, armaron una balacera que asustó a las vacas, hirió a un liberal y disperso el resto. Un soldado del gobierno resultó herido también, pero a causa de un tiro que se le soltó a él mismo y le cayó en un pie. Esa fue “La Guerra de las Vacas”.

“En los jardines de nuestra pequeña y, sin embargo, espaciosa “colonia” se dibuja por doquier, sobrepasando los tejados y destacándose claramente las delicadas plantaciones recientes, árboles gigantescos, testigos patentes de la originial vegetación, de la flora primitiva de estas comarcas”

Thomas Mann

CACATAIMA NACIÓ, HACE MUCHO TIEMPO, EN UNA TIEA ALTA

rodeada de exquisitos de pizarra cubiertos de musgo y líquenes bajo el velo inasible de la bruma de un páramo, donde tienen su origen los ríos de Tuluá.

Pero, antes de que el viento viniera con su voz sibilante a dispersar las aguas de la laguna y el río bajara del cielo hollando con su lengua seminal la tierra de los Putimaes e inundara de satisfacción la cara de Felipe García, que trajo de España un puñado de arroz y cosechó una fortuna a orillas del río Tuluá, la cumbre del páramo de Amoyá era la boca de un volcán que eruptaba piedras de oro.

Tres siglos después de que el aventurero español encontrará en la ternura del arroz multiplicado el secreto tesoro de este lugar de América, el maestro Carrión vino y dijo en Tuluá que entre los aluviones del río se podían encontrar metales preciosos y qué, tal vez, una montaña de oro estaría esperando por ser descubierta, todavía. Fue tal la fiebre que suscitó entre los paisanos la declaración de ese sabio ecuatoriano que, sin pensarlo dos veces, corrieron a desempolvar las zapas y los cuencos, arrumados en el cuarto de reburujo de sus casas de adobe desde cien años atrás, y se organizaron en cuadrillas, no sólo de negros, como cien años atrás, sino de gentes de todas las raleas, para ir a escardar y

cernir el lodo de las quebradas que bordeaban el Cerro del Picacho. Pero sólo unos pocos encontraron pepitas de oro todavía, los demás debieron contentarse con admirar la eficacia del trabajo esclavo y el rigor escrupuloso demostrado por los antepasados que vinieron antes de ellos por el oro de esas cuencas. Entonces remontaron el curso del río hasta el nacimiento en la busca del filón de oro de la montaña y tampoco encontraron nada; pero en los excursos obligados que debieron hacer para eludir los guaduales que crecían en sus orillas y oponían sus pelos urticantes a los aventureros, descubrieron el sonido primigenio del agua horadando el suelo; buscando las raíces del cedro y el ciprés; las cuasias y las calisayas; la chaulmagna y el otobero, el kimula, el aliso, el ensenillo y el barcino; el aguacatillo, el tache y los arbustos de Coca, bajo esa tierra magra y negra de la que surgían hasta árboles enanos.

Descubrieron los parajes de ensueño de Santa Lucía, circundaba de ríos profundos y parsimoniosos, abundantes de peces; las tierras frutales de San Rafael y Jícaramata y al arrullo pesaroso de las torcazas y el grito alegre de las garzas, atravesaron los montes espesos de la Moralia, Monteloro y, Puerto Frazadas. Alcanzaron la estepa y profanaron el silencio hierático del frailejón y su verdor de terciopelo, sintieron la estampida de los vientos y aterrados con su bramido tumultuoso corrieron a refugiarse en las cuevas del páramo. Entonces descubrieron, entre las rocas del basalto de la dura pendiente, una pequeña meseta.

Los buscadores habían llegado, ahora, a la cumbre y, hechizados por ese paisaje exuberante, se fueron quedando. Comieron con los últimos indios que habitaban la meseta, levantaron ranchos de guadua y los techaron con paja; los días y sus afanes hicieron lo demás.

Después vinieron otros que al igual de Juan de Borja, tres

siglos atrás, expulsaron a bala los nativos de esos parámos, y fueron poblando el pueblo de San Juan de Barragán.

No encontraron el oro de la montaña pero, pronto, vieron crecer en esa tierra de prodigio, la cebada y el trigo; la papa y la arracacha, incluso peras, duraznos y manzanas y, entre sus pasos extensos, se criaron las vacas y los caballos, los cerdos y las ovejas.

En Santa Lucía los huertos dieron cebollas y repollo, coles y coliflor y sus árboles se llenaron de naranjas y limones, de badeas y guanábanas. De mora en la Moralia. Más tarde, en el sitio de La Marina, cultivarían frutas de exposición.

Continuamos nuestra historia. En Las faldas de Jícaramata, Monteloro y Puerto Frazadas, aparecieron los cafetos y las matas de frijol y arveja. A punta de machete y de hacha, los colonos hicieron trochas por dónde sacar sus productos al poblado. Cortaron guaduas e hicieron balsas e igual que a los aborígenes, se los vio navegar las aguas del río Cofre, ganar la corriente del San Marcos y sobreaguar en los meandros del río Frazadas y los remolinos del río Loro, los ríos más hermosos y secretos de la vertiente. Pronto se observó bajar acémilas, cargadas de alimentos, a los mercados de la cabecera y cuando los primeros colonos recibieron, en morrocotas de oro, el pago de sus cosechas, los tuluños, todos, comprendieron que el sabio no les había mentido acerca de la riqueza escondida en las entrañas de aquella montaña mágica.

*“Pero no pudiendo ya ocultarle,
tomó una cestilla de juncos y
la calafateó con betún y pez,
y puso dentro al niño, y lo
abandonó en un carrizal de la orilla del río”*

El Éxodo (II, 3)

UNA MAÑANA SOLEADA DE 1837, CUSTODIA VICTORIA SE LEVANTÓ temprano, abrió la puerta de su casa y se encontró un canasto cubierto con una manta blanca, en el umbral. Medio siglo más tarde aparecía publicada la primera novela que escribiera un tuluense: “Los hijos del Misterio”, prologada por Eustaquio Palacios. El escritor era mujer y la novela versaba un poco sobre su propia vida. Mercedes Gómez Victoria era entonces directora de un colegio de monjas en Panamá, pero aquí en el pueblo la recordaban como a la expósita que recogió doña Custodia. Tal vez por eso, a nadie se le ocurrió conservar en su biblioteca un ejemplar de su obra. Dos años después, en 1889, escribiría otra: “Misterios de la Vida”. Francisco Gálvez Osorio, un historiador fervoroso de Tuluá, se encontró, mientras rebuscaba documentos relativos de la ciudad, en la Biblioteca Nacional, una copia del original y la donó a la Biblioteca Municipal de Tuluá. La obra yace sin publicar, todavía, en uno de sus anaqueles.

Hacia 1990, Tuluá había dejado de ser el pueblecito de postal donde el indio Aguilar y Santa Cruz escogió vivir y morir que, siglo y medio antes, había concebido el cura Lucas Pereáñez; aquel lugar exótico que Antonio López, Domingo Correa, Marcos Aldana y tres notables latifundistas más, quisieron llamar Aranjuez porque, seguramente, les resultaba comparable sólo con la estancia palaciega del mismo nombre

en que habitaba el propio monarca español. El pueblo se había convertido en un villorrio de mala muerte, anclado sobre el camino real, en el que setenta años después de ocurrida la batalla de San Juanito, en la que participaron sus hijos, la guerra no acababa de pasar. De breve escala de una noche entre las ciudades reales que citaban los viajeros esporádicos de mediados de siglo, había pasado a ser un estratégico Cantón del Cauca, en el que los generales del siglo XIX se instalaban con sus tropas a esperar la hora del combate o pasaban por provisiones para seguir guerreando

en otro lado su guerra incivil, dejando la plaza envuelta en el polvo que a su paso levantaban los caballos, relegada a sus casas de adobe, grandes, pintadas de cal, donde, a puertas cerradas, entre bastidores, las mujeres recibían las noticias de sus muertos mientras reunían las cáscaras de huevo para llevar al padre Telésforo Tascón, que las necesitaba para hacerlas mezclar con sangre de toro y cal, las mezclas requeridas para la construcción del antiguo templo y, acechando detrás de la ventana, con paciencia de pobres, veían erigir su torre cuadrangular. Tejiendo sus lutos a punta de aguja capotera, durante el día, y sacándole brillo a sus camándulas de chambimbe, durante las noches, aliviaban un poco la monotonía de aquellos años mezquinos durante todos los días de más de medio siglo.

En esos tiempos lejanos, la sensación en el pueblo la constituían las noticias de las andanzas de Marcial Cruz que, al lado de Carlos Francisco Meléndez, un general salvadoreño, había resultado de ministro de educación en ese país centroamericano aunque, años después, le tocará venirse a “desgarrar sus levitas en los guaduales del Cauca”, cuando otro general golpista, Francisco Carlos Ezeta, se hiciera con el poder allá.

No obstante, la fama de los Cruz seguiría creciendo en el

pueblo cuando, años después, La Academia de Ciencias de París distinguiera Heliodoro Cruz con una mención de honor por sus trabajos de investigación sobre el paludismo, como si se tratara de cualquier Patarroyo decimonónico. Cuenta, y, esto no es cuento, que marco Aurelio Carvajal, el telegrafista del pueblo, que era su amigo, sintió tan viva emoción por el triunfo alcanzado por su coterráneo, que le encontraron llorando de alegría su oficina.

*“¿Por qué di en agregar a la infinita serie un símbolo más?
¿por qué a la vana madeja que en lo eterno se devana,
di otra causa, otro efecto y otra cuita?”*

Jorge Luis Borges

ALICIA RODRÍGUEZ NUNCA TUVO INTENCIÓN DE HACER PÚBLICO AQUEL milagro secreto. Fue una infidencia de su marido lo que dio lugar a que se conociera en el pueblo. El hombre, en el campo de batalla, se había salvado milagrosamente de quedar muerto, cuando una bala le dio en pleno pecho, pero no lo penetró, gracias a una medalla de oro que, colgada de su cuello, se interpuso entre la trayectoria de la bala y su pellejo. Tal había sido su susto, en aquella ocasión, que cayó desmayado al suelo dándose por muerto; lo cual fue muy afortunado porque, enseguida, los enemigos pasaron por encima suyo sin detenerse a comprobar si, en efecto, le habían dado de baja. El soldado Vélez, cuando regresó junto a Alipia, lo primero que hizo fue contarle lo que le había sucedido y ella a su vez, profundamente conmovida, le contó las peripecias del hallazgo. El hombre no tuvo duda acerca del milagro y rompió el hermetismo de Alipia, dándolo a conocer a sus vecinos.

No se sabe qué razones tenía la joven para haberse negado a darlo a conocer ella misma; tal vez albergaba en su corazón algún temor respecto a la autenticidad del poder milagroso de su santo, o simplemente, creía que al mostrarlo podía perder sus dones. Lo cierto es que, aunque muchos paisanos acudieron a su rancho en procura de ver la efigie, no quiso enseñárselas. Admitía su existencia y

les confirmaba la versión dada por su esposo, pero no se decidía a exponerla, es decir, revelaba el milagro pero no el santo.

Después se supo que lo tenía guardado en el baúl con llave y, cuando nadie esperaba verlo ya, se decidió a darlo a la vista; pero pasaban tantas cosas novedosas en el pueblo por aquel entonces, y era tal la fiebre de estrenar siglo, que el Santo Aparecido se quedó en veremos, hasta 33 años después.

*“Estos, Fabio, ¡Ay dolor!, que ves ahora
campos de soledad, mustio collado
fueron un tiempo itálica famosa”*

Rodrigo Caro

SIGUIENDO LOS PASOS DE JOSÉ RAMÓN FONTAL, UN MÉDICO CARTAGÜEÑO que combatió las epidemias de disentería y de viruela que, hacia a 1860, amenazaron el futuro tulueño, llegaría Tomás Uribe, un médico antioqueño que habría de convertirse, con el correr de los días, en la figura central del proceso de desarrollo de la ciudad.

Era la época en que, todavía, los tulueños se acostaban con las gallinas y se despertaban al eco de los pasos de don Emilio Medina, el policía escolar que, armado de una escalera y un apagavelas, madrugaba a recorrer el pueblo apagando los faroles, a base de petróleo y aceite de higuerón, del alumbrado público; todos los días, a la misma hora, con una precisión de reloj. No había luz eléctrica y el agua había que ir a sacarla del río o de las fuentes públicas. No había teatros ni galería, hospital ni calle comercial, ni carros, carretillas ni carreteras de servicio público; el único templo era el de San Bartolomé, una joya preciosa de la arquitectura vernácula, del cual pervive sólo la torrecita cuadrangular que no pudieron demoler porque, es tan sólida que, primero se cansaron los trabajadores de aventarle pica, que ella ceder sus cimientos calcificados. La gente laboriosa se ocupaba en las haciendas de Los Domínguez y de los Cruz; de los Garrido, de los Escobar y los Amézquita. Trabajaban sus parcelas o le ayudaban a conseguir su fortuna a don Jesús Sarmiento que se inició negociando plátano como cualquier hijo de vecino y a fuerza de tesón y habilidad termina dando origen a un empo-

rio cañero, mientras los otros hombres de negocio del pueblo coleccionaban bostezos detrás de las maderas de sus tiendas de mecato. El siglo tocaba a su fin. Tomás Uribe Uribe había llegado a ejercer su oficio de clínico, pero pronto supo que el mal endémico de los tulueños precisaba un remedio que no estaba sólo en sus manos disponer: a este pueblo lo estaba matando el tedio. La epidemia era tanto o más peligrosa para su futuro que aquellas de cuarenta años atrás, ésas, las que le había tocado combatir a su colega Fontal; pero preocupado por la salud de la comarca, el hombre no se achiló; le declaró la guerra al aburrimiento y contagió de su ánimo a Francisco Ladrón de Guevara, a don Tiberio Román, a Julia Restrepo y a los Romero; a los Fernández de Soto y a los Alvarado; a los Blanco y a los Delgado; a los Becerra y los Toro; a los González, a los Cruz y a los Lozano; a los Palacios y los Girón; a los descendientes de Felipe Domínguez y Joaquín de Victoria y Potes; a los de Francisco Marmolejo y Potes y a los de Antonio de López y a otros López y, en un abrir y cerrar de ojos, los tulueños se vieron despertar en otro tiempo, en medio del bullicio de los trabajadores que empezaban a levantar los edificios públicos nuevos, los puentes nuevos, las empresas nuevas y las casas y las calles, rodeando las iniciativas de ese ‘paisa de Tuluá’, de figura menuda y ademanes suaves al que se le iba la vida conversando con la gente en la calle sobre los remedios más adecuados para la ciudad.

El aire renovador de principios de siglo empezó a soplar en el pueblo; aparecieron la industria de jabón de tierra y de velas de cebo de Mariana Delgado, los talleres de ebanistería de Salomón Muñoz y Enrique Villegas, la cerrajería de Manuel Romero, la carpintería de Ernesto Varela, la talabartería de Ricardo Guerrero, las zapaterías de Pedro Martínez y Gonzalo Londoño, la sastrería de Luis Bermúdez, donde por unos cuantos centavos te vestían de pies a cabeza, Alfonso

Toro, el “gran tijera” , no se quedaba atrás. Y poco a poco, fueron apareciendo las tiendas de los ‘místeres’; la del majito Abdala, la de Moisés Bensimón y Adolfo Levi, los judíos que proféticamente se ubicaron en la calle que habría de ser la principal luego de la construcción de la Galería Central. Antonio García puso su barbería “El Fígaro”, y Don Israel Ramírez, la suya. Gregorio Currea, su taller de fundición para piezas de trapiche; Jesús Sarmiento montó el trapiche. Apareció el taller metalúrgico de Santiago Ángel, la fábrica de tubos de Garcés y Cía. Los tejares de don Gerardo Cruz no se daban abasto y aparecieron los de Saúl Bravo y Pedro Panezo. Los Paisanos deseosos de permanecer se fotografiaron en la foto Iris y la Lux. Adoptaron el gusto por el tinto tomado el café Caribe.

Disfrutaron de los helados de “La Española” y lucieron Las joyas de “La Perla”, de “La Potes” , y de la joyería de Hernando Peñaranda. En la modistería de Dorotea Lozano las mujeres tuluëñas mandaron a hacer sus batas y donde doña Zoila de Valderrama sus camisones. Además, apareció el primero de los salones: el “Salón de Belleza Para Ti”, pero, también, habían surgido confiterías y cigarrerías, lavanderías y tintorerías, fábricas de sombreros y de tabacos, de hielo y de velas de parafina. Había colchoneros y fabricantes de baldosines. La consigna era: “o todos en la cama o todos en el suelo” y, al parecer, nadie estaba dispuesto a quedarse dormido pero sí ganoso de dejarse llevar por la corriente. Para entonces, hasta el río había cambiado de curso: la última creciente del siglo anterior había hecho que el puente Mateo Rueda, el inmemorial, quedara al margen de su nuevo cauce: como una metáfora de la ruptura entre dos tiempos, el puente se quedó inmóvil con su siglo, al lado de la corriente nueva, envuelto entre el polvo y la maleza.

*“Verba volant,
scripta manent”.*

Proverbio latino.

HACIA 1910 ERAN MÁS DE DIEZ MIL LOS TULUEÑOS, Y DABAN TANTO de qué hablar, que Pedro Calderón Domínguez, un tulueño trashumante, quien se había ido a recorrer el mundo de huida de la monotonía provinciana a finales del siglo, regresó a Tuluá y lo encontró tan animado, que creyó llegada la hora de asentar los pies y echar a volar la cabeza escribiendo sobre las cosas del pueblo; fue entonces cuando empezó a circular “El Provinciano”. Sin proponérselo, tal vez, el hombre había dado origen, con aquel periódico, a una de las instituciones más recurrentes y menos afortunadas de la historia tulueña; cien Quijotes más fundarían, en el curso de los años venideros, cien publicaciones distintas, sin llegar a lograr el objetivo de perpetuarlas, hasta muchos años después, cuando nació “La Espera” que, todavía circula, además de haberle allanado el terreno a la aparición de otras no menos importantes.

En aquella época, el pueblo era de calles empedradas y por el centro de ellas corrían los albañales. Los rábulas y los negociantes se reunían y hablaban sus negocios en la calle del Mamey, junto a las ventas de “La Planeta”, lugar donde muy pronto se erigió un edificio amplio (de arquitectura modernista) donde funcionó originalmente “El Liceo” para varones, al mismo que después se le denominó “Gimnasio del Pacífico”, el colegio quizá más importante de la ciudad. Refieren los viejos enamorados de Tuluá que el paseo irse a caminar por entre las arboledas, a lo largo de la Calle de los Limones o Camino Público, como le nombraron a la carrera

30, o darse una chapuceada en el Charco del Burro y otra en el de Las Cheponas (ambos situados en lo que es hoy pleno centro). Si alguien extraño llegaba a visitar la provincia, lo primero que tenía que aprender era que, aquí, la gente tenía la rara costumbre de citar con nombres propios los seres y las cosas; así que si el viajero veía pasar una rata que salía de la acequia que rodeaba el parque Boyacá y se asustaba, le decían: “Usted tranquilo vale, que esa es Feliza la mascota del parque”; si le sorprendían unos deseos irresistibles de gozar en el pueblo, entonces le decían que: “Tranquilo valecito que allí abajo por donde cantan las ranas hay unos sitios...! Veal”, y cuando declinó Cantarrana, entonces lo llevaban a la Chichería (hoy barrio Tomás Uribe, sobre la carrera 26, con calles 21 y 22, aunque el profe Gumercido que vive ahí diga que se trata del barrio “Chiquinquira”). Pero antes lo acompañaban a darle la vuelta al pueblito; lo pasean por el barrio de los feos y por Palobonito, lo subían por el Empedrado; lo embolataban por Patemono y, pasando el puente colgante sobre el río, le mostraban los charcos hondos del río Tuluá, y el Camino Público; luego se regresaban, daban una vuelta por La Planeta, una explanada que servía de mercado público; otra por la plaza de Boyacá y, finalmente, lo hacían rezar en San Bartolomé. Si el eventual turista se quedaba unos días, más entonces lo invitaban el domingo a nadar en la Ensenada de La María, en el río Tuluá o a la quebrada La Ribera, en el oriente; lo invitaban a comprar cosas en la Calle del Comercio (hoy Sarmiento) le enseñaban la curiosa forma de la Calle de la Escopeta que, entre otras, no es calle sino carrera (en la 25A con 29 y 30) y, si tenían tiempo y disposición, iban con él hasta el sitio de las Olas (hacia el occidente). Y le indicaban el lugar por donde pasaba la acequia de las Patisucias, llamada así porque Las campesinas descalzas del otro lado de la zanja, haciendo una jornada a pie desde el callejón de Riofrío

y Dabeiba, se venían para Tuluá a vender sus productos; llegaban hasta sus orillas y se aseaban para no entrar al pueblo con el polvo del camino sobre la piel.

*“Al influjo bienhechor de aquella
luz mi vivienda parecía transformada,
y una alegría súbita me acometió de pronto”.*

Lorenzo Konovalov

A LA SERIE DE SUCESOS QUE OCUPARON LA ATENCIÓN DE LOS PAISANOS de principio de siglos vino a agregarse otro suceso sin precedentes: un astro enorme de color anaranjado apareció en el cielo tulueño dejando una estela luminosa que prolongaba los días de todos y las oraciones de algunos que creyeron, con no poco de convicción, que se iba a acabar el mundo. Ese fantasma trastornó la rutina del pueblo pues nadie, ni siquiera los niños, se quedaba sin contemplarlo hasta tarde de la noche, atisbándolo, a cada rato, desde las ventanas, señalando bajo el cielo abierto del parque donde, en pequeños corros, los asustados provincianos se reunían a comentar y a especular acerca de sus movimientos y efectos o, simplemente, viéndolo desde las piedras del patio de los caserones de entonces, con la boca abierta y los ojos de bobo maravillados: era el cometa Halley.

Después de eso, la gente siguió acostándose tarde y levantándose más tarde que de costumbre; para dicha de los poetas del pueblo que encontraron, desde entonces, con quién compartir hasta la madrugada sus noches de bohemia y desconsuelo de las mujeres cansadas que empezaban a resentirse de las frecuentes ausencias de sus maridos. Por aquellos días Miguel J. Lozano, un músico nato que se enseñó el mismo a tocar guitarra, estrenaba sus pasillos, bambucos y canciones llevando serenatas de amor, en las noches balsámicas de luna creciente, a las enamoradas de sus amigos, junto a sus ventanas herméticas, que ellas escuchaban, entre

las sedas de sus sábanas, con el corazón en vilo, adivinando en la urdimbre inconsútil de esa voz la presencia de sus enamorados, pues el amor, ayer ni ahora ha conocido límites. Y, Rafael Victoria Rojas “El Kalvo”, improvisaba versos inolvidables ante su cofradía de noctámbulos, en las cantinas de la plaza, al calor del vino y las mujeres.

De aquella cofradía destacaba además un poeta fabuloso de origen paisa que escribía sonetos perfectos, como tomando agua, plenos de gracia y sarcasmo, a quien sus amigos llamaban: “El Rápido”, y los envidiosos de su talento: “Pedro Puerca”, aunque su verdadero nombre era Pedro Uribe. Este juglar maravilloso, tulueño por adopción, describió así la llegada del Halley:

FIN DEL MUNDO

Se dice que un descomunal cometa
De los antros recónditos del cielo
con sin igual vertiginoso vuelo,
viene a topar con nuestro ruin planeta,

que ya retumba la final trompeta
que nos anuncia tan terrible duelo,
y que sumida en hondo desconsuelo
llora la pobre humanidad enteca.

como la ciencia adivinarlo alcanza
a nuestra vista lo tendremos breve,
porque con mucha rapidez avanza;
y al par que llora con terror La plebe,
otros habrá que abrigan la esperanza
de que Colombia pague lo que debe.

Años después Tulio Guerrero ganaría fama de poeta en el pueblo, siguiendo los pasos de Uribe. En efecto, los versos del tuluëño, incisivos y no menos cargados de humor, evocan la obra de El Rápido, y así, la obra del segundo viene a ser continuidad de la primera; encuentro, en el tiempo; identidad en la cultura. Ellos habrían fundado la picaresca tuluëña.

*“Y mientras un mundo agonizaba
estrangulado por la guerra,
sólo un vago rumor de sus
gemidos llegaba hasta nosotros
que padecemos abundancia, que
incurrimos en alegría en medio
de tanta tristeza”*

Luis Enrique Romero Soto

HACIA EL AÑO CATORCE SE DIO A CONOCER AL PÚBLICO LA nueva galería, era iniciada la construcción del edificio del Teatro Sarmiento y, Teófilo Victoria donaba el terreno donde sería construido el pabellón de carnes, en el mismo sitio donde funcionaba el coso municipal. Felipe Martínez donó, unos años antes, el lote donde se construyó el Cementerio Central: esa fue la modalidad que se estiló desde entonces en Tuluá, alguien donaba el terreno y la comunidad construía; así se hizo para casi todas las obras de servicio público en la ciudad. así se construyeron los hospitales y los centros de asistencia, los templos y los sitios de recreación.

La sed de acontecimientos, sin embargo, no había pasado todavía; los tuluëños acostumbrados ya a convivir con la maravilla, aplaudían de buen grado a Eustorgio Valdez quien, a pesar de no saber nadar, se había hecho capitán de un vapor y navegaba río arriba, desde Honda hasta el mar Atlántico, por el Magdalena.

Conocer su bitácora era un anhelo compartido por todos.

Los años veinte empezarían con una noticia espléndida: sería prolongada la vía férrea hasta Tuluá; al poco tiempo se

iniciarían los trabajos. Abel Potes decía haber descubierto la fórmula ideal para acabar con la plaga de langosta en el campo; quería demostrar a sus amigos que para combatirla le bastaba con ser rábula. Cristóbal Caicedo, uno de los hombres más ricos del pueblo, se había hecho homeópata y los más pobres se aglutinaban en el corredor de su casa en espera de su favor: era que el hombre había resultado tan bueno, que recetaba gratis y, además, regalada las medicinas aunque, al decir de las gentes maliciosas, no recetaba sino las hierbas de su huerto y los glóbulos que, desde Alemania, le enviaba un amigo suyo del Instituto Hahnemann. No obstante, la nota más curiosa la daba un hombrecito descalzo que, enfundado en su poncho y su sombrero paniza, bebía aguardiente todo el día y se hacía querer de los muchachos de la Quinta (el barrio pobre de toda la vida), quienes lo perseguían en nubes porque, a cada rato, les arrojaba puñados de monedas a la rebatiña. El Alegre bebedor era maestro de obra y no cualquiera: a su cargo había estado la construcción del edificio de la galería, de una manzana entera, el edificio del Teatro Sarmiento; cuyos planos, es vox populi, los dibujó en el revés de una caja de fósforos y los demás edificios importantes del pueblo que permanecen incólumes ante el paso del tiempo y la modas. Pero lo que ahora más llamaba la atención era que José Antonio Romero, ese ilustre ruanetas, hubiera construido una casa en el aire, una ramada inmensa que Jesús Sarmiento le mandó a hacer en su hacienda de Ballesteros; medía treinta metros por lado y lado y estaba erigida sólo en cuatro columnas esquineras. Era la obra de un genio.

En 1923, estuvo lista la Estación del Ferrocarril; el edificio, de arcos románicos y dominado en su parte central por una suerte de torreón que más parecía el alminar de una mezquita, fue estrenado el 7 de agosto de ese año con

la llegada del primer tren: ese día, los hombres se pusieron las botas domingueras, aunque no fuera domingo, y sus vestidos de dril blanco que eran los de moda; las mujeres sus abalorios, y hasta a los niños se los vio ponerse sus cachuchas para salir a recibirlo en la Estación.

Los Paisanos lo vieron acercarse, entre nubes de polvo y de humo, escuchando desde lejos su frenético cha- cha-chá y gritando, con los pañuelos en alto: “¡Viva la Negra!”, saludaron su llegada. Algunos se arriesgaron a bajar, del amplio andén interior de la estación, a la carrilera y, brincando sobre los rieles, emocionados, festejaron su arribo. El tren venía exornado de banderillas.

Los espectadores bebían aguardiente lo que no está escrito, y cuando, por fin, la negra máquina entró en la estación y asustó a los espontáneos con sus resuellos de búfalo, todo el mundo se sintió como asistiendo a una corrida de toros; el maquinista, luego de pitar anunciando que podían acercarse a mirarla de cerca porque esa bestia mecánica ya había sido detenida, fue sacado en hombros.

Cuentan que un borrachito muy conocido en el pueblo, quien, a la hora en que paró el tren, él mismo no sabía dónde estaba parado, sintió tan cerca de la oreja ese pitido, que sufrió un desmayo y cuando volvió en sí, estaba tumbado en una banca larga de la Estación, rodeado por un tumulto de gente que trataba de auxiliarlo. Hacía un día esplendoroso pero, cuando le preguntaron qué quería, lo único que se le ocurrió fue pedirles prestado un paraguas para ir en busca de la negra que lo había asustado con semejante chillido.

La pataleta de Miceno Argáez el borrachito asustado hubiera pasado desapercibida como una más de las tantas anécdotas de los bohemios del pueblo si no es porque Lisandro Escobar otro bebedor impenitente de la época se

apareció un día a la cantina que ambos frecuentaban y le espetó este epigrama:

Miceno Argáez,
¿Ya encontraste la Negra?
¿Cuándo la traes?
Si del susto hiciste aguas,
Yo te presto otro paraguas.

Lisandro no era poeta porque el oficio de jodetas lo mantenía ocupado. Dicen que, una vez iba de madrugada a dormir, después de una noche de beba fenomenal, cuando, en el camino hacia su casa, se topó con Don Jesús Sarmiento que, guiando una recua de mulas cargadas de plátano, salía del pueblo en dirección a Buga. Entonces le dijo en tono sentencioso: “!No se mate tanto don Jesús que Los herederos duermen!”. Sarmiento que era un hombre muy serio, al oírlo decir eso se detuvo y, riendo de buena gana, se permitió, a su vez, gastarle una broma; dizque le dijo: “Hombre Lisandro, usted con esa chispa que tienen en la cabeza y tan madrugador, está hecho!”. Y moviéndose con su caravana, le aconsejó en tono persuasivo: “Siga así... que así, va muy bien”. Esa dizque fue la única ocasión en que a Lisandro se le vio callado. Por supuesto que no lo bastante como para que al día siguiente no tuviera otra ocurrencia; cuentan que ese día se fue a beber a una tienda y al notar que su dueño no le aceptaba ningún ofrecimiento, temiendo tal vez que después no fuera a pagarle, dizque le dijo: “No entiendo, don Arcesio, cómo es que un hombre tan trabajador como usted, que no toma, no fuma, no trasnocha, evita los pican-tes, no juega ni con palos ni con cerillas, ni gasta plata en mujeres, se mantiene tan quebrado!... le soy franco, no lo entiendo”. Pero don Arcesio Alvarado no era tan incisivo

para poder responderle, y debió quedarse con la puya. En aquellos tiempos la palabra tenía mucho valor; quizá por ello era que los hombres se tenían tan en cuenta, entre sí, y un espíritu fraternal animaba sus relaciones: se toleraban sin ocultar sus diferencias.

“Mehr Licht”

Goethe.

EN ESE MISMO TREN LLEGARÍAN LOS MÍSTERES ALEMANES QUE TRAJERON la luz eléctrica al pueblo, la vieja rueda hidráulica de paletas de madera todavía permanece intacta en la antigua planta. En cada una de las casas instalaron una lámpara de veinte bujías, en el escenario del Teatro Sarmiento instalaron un par y a los faroles de las esquinas les cambiaron la mecha y la vasija para el combustible por la bombilla y el tomacorriente. Después de un suspenso de meses, mister Dhiander y mister Paúl anunciaron que hoy venía la luz, y Los paisanos se quedaron inmóviles en sus asientos, en las salas de sus casas, mirando el foco, que pendía de un cable en mitad del cielo raso, hasta las seis y media de la tarde, cuando llegó. Como hipnotizados siguieron viéndolo una vez llegada; luego, empezaron a caminar sonámbulos por esa ciudad desconocida y, sin comprender cómo, se orientaron por sus calles fantásticas y atestaron el Teatro Sarmiento, donde los artistas tuluëños realizaban un acto especial de celebración. Entonces se fue la luz por primera vez en Tuluá, pero los espectadores no alcanzaron a percatarse porque, en ese preciso instante, Rafael Victoria Rojas se puso rojo en el escenario y sólo cuando la luz volvió se dieron cuenta que no era un truco del poeta para brillar con luz propia, sino que una avispa extraviada en la oscuridad vino a posarse en su noble calva, le clavó el aguijón y, enseguida, al vate se le encendió la cara y en sus ojos destelló una furia que no era de las de leyenda, pero nadie ha logrado olvidar todavía. Un estallido de hilaridad y alegría se apoderó del espíritu de todos. El pueblo se declaró en carnaval y entre gritos de eufo-

ria, bailando y bebiendo en las calles vieron pasar, en carrozas tiradas por hermosos caballos percherones, a sus reinas. Durante días y noches embriagados al grito de: ¡María Luisa, María Luisa! que se convirtió en la consigna de todos porque eran dos las candidatas y ambas se llamaban así, enronquecieron hasta perder la voz y, el 1 de junio, cuando se estrenó el reloj público, no tuvieron garganta para festejar el suceso, a pesar de que aquello era como si Alfonso Girón, el paisano que lo consiguió, hubiera querido bajar la luna llena y ponerle agujas, para que presidiera las noches del pueblo; desde su sitio, en la torre antigua de San Bartolomé, al tiempo que medía las horas y estremecía los corazones con el eco de sus campanadas.

En 1924. Un año después Jesús Sarmiento, vestido de gala, aparecería en la plaza de Boyacá conduciendo el primer carro que llegó a Tuluá; un Ford ‘tres- patadas’, con encendido de manivela. El pueblo entraba en la era del ruido y “mi general Nariño”, Rey de burlas y, amo y Señor de estos predios, tendría que dejar de andar al galope de su caballo imaginario por la mitad de la calle y conformarse con gritar sus dichos, deliciosamente procaces, de pie, en las esquinas de la plaza.

-“¡Nariño galopando!”- le gritaban los muchachos. El ubicaba al atrevido y respondía con la rapidez propia de su locura:- “¡mi general Nariño, aunque demore un poquito!”- empezaba-, y en cuanto a lo otro, tengo una para decirle jovencito que si galopo todavía es para divertir a su madrecita...”

Ese apenas era el comienzo de sus retahílas interminables, el loquito podía injuriar a su eventual víctima hasta que se le pelaba el gaznate.

Unos años después, Heriberto Gil Martínez, el primer aeronauta tuluense, aterrizaría en una manga del barrio Victoria, luego de haber combatido en Marruecos al servicio de los

franceses y haberse entretenido en París atravesando, con su máquina Osprey, el Arco del Triunfo antes de que participara en el bombardeo de Saravia, durante la Guerra del Perú y terminara zambullido en el río Putumayo, en un avión que no iba piloteando. De Heriberto se dice que era tan tuluëno, que cuando hacía la parada militar, no daba tres pasos atrás de cara al superior como se estilaba en la época (sus demás compañeros lo hacían), sino que, enseguida, se retiraba. Por supuesto, lo sancionaron; pero él prefirió salirse, antes que echarse de para atrás. Su soberbia no obstó para que, más tarde, accediera al llamado para defender la patria pues sus superiores tuvieron que apelar a su valor para mandarlo a combatir en esa guerra.

“Non omnis moriar”

Horacio

HACIA LOS AÑOS TREINTA MORIRÍA, ABANDONADA DE TODOS, EN EL portal de la Casa de las Tribunas, donde un siglo antes, había bailado con el Libertador, la negra Celedonia Tolón, con sus ciento y pico de años de historia tuluëña encima, apoyada su cabeza en un bulto de ropa sucia que le servía de almohada, con la mirada roja de ver pasar tantas cosas y su cabellera alborotada, brillante como las nubes.

Un día Cualquiera de esos años de contrastes Simón Bolívar vio que en el parque Céspedes (hoy parque Bolívar) estaban levantado un hermoso pedestal para erigir una estatua al Libertador. Su padre, José Vicente, le había narrado las hazañas del héroe, cuando, sentados en las camillas de secar café, mientras descansaban, aprovechaban la hora del crepúsculo para conversar. Era campesino y nunca había ido a una escuela pero, al ver cómo anclaban la estatua del Padre de la Patria en aquel pedestal, sintió “como si estallasen en él, todas las emociones sentidas por el propio don Simón, en el campo de batalla; como si lo viera, jinete sobre su brioso corcel, llevando sus tropas a la libertad”. Entonces se le atragantó la saliva, pues quiso gritar un ¡Viva! por la memoria del Libertador pero, en la inminencia del grito, se sintió cohibido al recordar que el único Simón Bolívar de carne y hueso que había allí, era él mismo.

Por aquellos años los noticiosos del pueblo abandonaron, eventualmente, sus puestos la banca “arrancaplumas” situada frente a la Alcaldía, en el parque Boyacá, por cuyo lado muchos paisanos preferían no pasar, del temor que le tenían a aquellos maledicentes, para irse a oír un “cajón que

hablaba” en la casa de Pepe Ángel: era el primer radio. Ese aparato que fue hecho, según el aforismo de Lisandro Martínez Zúñiga, para que, los que no saben escribir, informen a los que no saben leer. Claro que, entonces, la cosa fue mejor porque, en principio, los paisanos no entendían lo que decía y la fascinación por el invento les duró bastante; era que hablaba en otro idioma y ellos, felices de oírlo hablar como un loro, en portugués, porque la emisora que sintonizaban era brasilera, se olvidaban de que no entendían y hasta don Pepe le daba lo mismo moverle el dial.

“Ego sum qui sum”

Exodo (III,14)

HOY ES UN BARRIO, PERO LAS PLAYAS, EN 1931, ERA UNA VEREDA AL noroccidente de la ciudad, en el camino al no menos enigmático corregimiento de Tres Esquinas, y al otro (que pareciera se lo va a tragar a uno) de Bocas de Tuluá. cuentan los viejos que aquellos parajes se percibían tan lejanos que cuando se decidían a visitarlos preparaban el “gato” con un día de antelación. Sin embargo, cuando cundió la noticia de la re-aparición del santo y sus milagros, la romería no se hizo esperar; pronto se vio llenó de peregrinos el camino de Playas y la morada de Alipia Rodríguez, invadida de feligreses en busca del favor del Milagroso.

Más pronto de lo que pudiera imaginarse, abundaron los testimonios: Ofelita Ruiz y Pedro Tobón dieron gracias al señor por haber curado de una parálisis infantil a su hija de nueve años; Cilia Rivera declaró sentirse curada de una ulcera cancerosa; a Luis Carlos lo había salvado del raquitismo el hecho de que su madre, María Rodríguez, lo hubiera expuesto de cuerpo entero ante la esculturita del santo, y a César Millán lo había curado de una infección en la nariz cuando los médicos no encontrando remedio a su mal crónico ya lo tenían desahuciado; Nelson Manzano daba gracias por haberse recuperado de unas fracturas de consideración, y Aldegunda Rivera porque se curó del asma.

Los milagros se sucedían. Julio Gómez creyó pérdida la visión cuándo, al cortar un árbol de Manzanillo, le saltó un borbotón de savia a los ojos, pues aquella sustancia lechosa era un veneno para la vista: invocó al Señor de las Playas y se salvó de perderla; a José María Yepes lo salvó de la peste

cuando un perro rabioso le clavó sus colmillos en la nalga y le dejó su marca de espanto. El hombre, curado ya, hizo ese trayecto pedregoso que unía el casco urbano con la vereda, de rodillas, para pagar la promesa. Isabel y Eduviges, las hijas de Alipia, no se daban abasto para atender a tanta gente en su rancho; eran tantas las visitas, ahora, que optaron por llamar al entonces párroco de San Bartolomé: el presbítero Rafael Ocampo, para que les diera una manito. Tiempo antes, la estatuilla había sido declarada bendita por el padre Pizarro y, en consecuencia, el cura no se hizo rogar; se apareció con el mismísimo obispo, monseñor Perlaza, quien habría de confirmar el valor sagrado de la escultura. En el acto, se dispuso la construcción de una capilla en el lugar.

El ocho de septiembre de mil novecientos cuarenta y cuatro, Monseñor Adriano Díaz, inauguraría, con una misa solemne, el Templo del Señor de Playas, El obispo de Cali, sin proponérselo, evidentemente, daría lugar con ello a una cuestión muy discutida en la época: ¿era auténtica o no, la efigie del santo exhibida a partir de ese momento en la capilla?-. Esta, según al parecer de algunos, se veía un poco más grande y sus líneas aparecían mejor dibujadas, Había quienes explicaban su cambio de aspecto como consecuencia de que hubiera sido puesta en exhibición dentro de una urna forrada en terciopelo que, lógicamente, la hacía ver distinta de cuando estaba en el baúl de Alipia. Otros, los más desprevenidos, tenían una explicación mucho más acorde con aquel hecho extraordinario: les parecía natural que así fuera, puesto que se trataba de un santo, entonces, aquello no podía significar otra cosa, sino que se estaba patentizando y, con el correr de los tiempos, se iría revelando aún mejor. De todas maneras, fueron muchos los descontentos y no pocos los que se atrevieron a manifestar sus dudas respecto de la autenticidad de la efigie exhibida en el templo; incluso, hubo

quienes rieron a carcajadas batiente, ante la nueva presentación de la reliquia y, sentados al pie de la iglesia, se burlaban de los peregrinos que iban llegando: aquello se constituyó para los irreverentes en un goce incomparable pues, nunca antes, según la opinión de ellos, habían tenido una oportunidad mejor para gozar a costa de los orejones que se dejaban embromar en masa. Lo cierto es que la suspicacia de unos y la perspicacia de otros surtió un efecto porque, el Santo que tanto revuelo había suscitado durante esos años, volvió a declinar en el espíritu de los tulueños, hasta unos años después del período de la Violencia.

Ya en los años sesenta, hubo un ligero redivivo de la fe por el señor del descendimiento; fue por entonces cuando se vino a consolidar la feligresía exclusiva de la capilla que religiosamente se viene a verlo los fines de semana, y no falta, de cuando en cuando, el penitente que, sin hacer trampa y sin que nadie lo vea raro ya, se acerca a la capilla, se sienta en el atrio fatigado de su peregrinaje, se quita los zapatos y se deja refrescar las ampollas producto de su viaje a pie, desde alguno lugar situado a kilómetros de distancia del santuario; vienen desde Buga, Cali o Pasto, en ocasiones, desde otros países han llegado a venirse, echando quimba y, al llegar, sonrían satisfechos de haber pagado con su sudor y sangre el favor del milagroso. Sin embargo, el Padre Ángel Zúñiga, antiguo párroco de San Bartolomé, cuando recién llegó a la ciudad, no estuvo muy convencido de linaje de milagro que se le atribuye a la estatuilla; él, no obstante, resolvería de una manera muy salomónica sus propias dudas una tarde en que fue a visitarla. Cuentan que el cura entró en la capilla y, luego de mirar con cierta reserva la urna donde reposa el Santo, expuso que a él no le parecía raro que, en efecto, se tratara de una imagen veneranda pero, qué habría de verla con más detenimiento;

entonces los feligreses lo instalaron a detallarla enseguida, El religioso se aproximó y la encontró también echa que levantó, admirado, la frente y, dirigiéndose a la concurrencia allí reunida, exclamó:

“¡Los caminos de la Providencia, queridos fieles, son insospechables!” hizo una pausa y sentenció: Si está efigie ha sido hecha por la mano de un hombre ese hombre estaba siendo guiado por Dios”.

“Ars longa, vita brevis”

Hipócrates

LA IMAGEN DEL SEÑOR DEL DESCENDIMIENTO ES UNA TRILOGÍA, EN LA antigua iconografía cristiana: en ella aparece el cuerpo exánime de Jesús, entregado por el sabio Nicodemo a su madre María, en el instante del descendimiento de la cruz. No obstante, en la imagen del tiesto de loza que se encontró Alipia, en principio no se esbozaba más que el rostro divino, dibujado entre la nube blanca de la loza. Al decir de las gentes que mantienen viva esa memoria, aquella figurita era apenas una sombra de la que es hoy y de la que llegará a ser, cuando se complete la trilogía con la aparición en la efigie de la virgen –madre. Me explicó: la esculturita sagrada de que hablamos consta, en la actualidad, de tres elementos, a saber: una cruz, cubierta por una sábana; un ángel que bate sus alas potentes, de gesto inextricable; y, el cuerpo desvaído de Dios, recién rescatado de la cruz. Quienes la interpretan asumen que en la figura del ángel aparece transfigurada la presencia de Nicodemus pero, para que se complete la trilogía, la imagen de la Virgen María deberá aparecer en medio de la escultura, entre el ángel ingravido y el cuerpo yacente del Señor. Para doña Ana Tulia García, una vecina indulgente de la capilla que se encarga de cambiar de flores el altar y limpiar el polvo que entra sin compasión por las cuatro ventanas del santuario, la aparición de la virgen está por sucederse; ella cree verla insinuarse entre los pliegues de la sábana que cubre la cruz y sobre la cual reposa el cuerpo del Señor de Playas. Otros, más simbolistas, suponen que la presencia de la sábana no es gratuita en la obra y que, ella misma (la sábana), simboliza la presencia de la virgen-madre.

Atrás, han quedado noventa años y muchos milagros;

ahora, la capillita de Playas, es un refugio de paz para unas muchachitas colegialas que se vienen, en bicicleta, al mediodía, en los días de entre semana y le piden a Raquel, una joven simpática quién se encarga de la llave, que les abra el templo. Se ponen de rodillas ante el altar y le piden al Señor que no las dejé caer en la tentación y las libre de todo mal, mientras Lady Johanna, que es de veras un ángel de seis añitos, le pide al otro ángel (el eterno guarda del Señor, en la imagen), que saque un ratito de su tiempo y le haga compañía en el camino a casa. Sorelly tiene catorce y, desde que tenía seis frecuenta el Santo; ella dice que lo ha visto crecer, que ha visto como el ángel se le han ido detallando sus alas y al Señor las líneas de la mano. Sandra Janeth, la otra colegiala, asegura que la cruz de la que es descendido el Señor de la Loza se ha ido desdibujando para darle paso a otra aparición: Según dice ella, la sábana que desciende sobre la misma formando pliegues cada vez más amplios, ha ido cubriéndola para que aparezca la virgen en su lugar; ella cree verlas revelarse, paulatinamente o al menos ese es su deseo.

Para Leonelia Cruz Rodríguez, La biznieta de Alipia y heredera de la reliquia, la dicha de vivir detrás de la capilla, no tiene límite; es una vestal ferviente de su Señor y, aunque vive en un rancho de bahareque, un tanto estrecho, a ella no le importa que la mitad de su casa la ocupe la capilla pues, al fin y al cabo, está tan apegada su Santo que, si un día le dijeran que se tiene que ir para otro lado, ella no sabría qué camino coger: ella nació allí y allí ha vivido siempre, aún antes de que se hiciera el templo y está tan habituada a la presencia del milagroso que lo percibe como un miembro más de su prole numerosa y pobre.

Sin embargo, lo que suscita inquietud, ahora, entre la feligresía devota, es el significado de un letrado enigmático que ha empezado a revelarse, en la sábana en la que reposa el

cuerpo del milagroso: se trata de una inscripción, en letras redondeadas, de la cual se alcanzan a distinguir las letras siguientes:

(Y)..... (G)..... (O)

Aunque para Sorelly Blandón, la chica que más asiste al santuario, sea:

(M A)... (G?)...(LI)... (NIO)

Seguramente, su testimonio es más exacto, dada su familiaridad con el lugar. No obstante, Sandra Janeth la otra muchacha adicta a la capilla, lo ve un tanto diferente:

(MD)... (AL)... (NI)

Y no hay nadie que la convenza de otra cosa. Ella es enfática: - "¡lesto es todo lo que allí dice!"-, afirma rotundamente.

Ahora bien, lo más curioso del asunto, es que ya se empiezan a tejer cábalas, acerca de lo que puede pasar cuando llegue el día en que se descifre el letrero; cuando alguien llegue y diga exactamente qué dice allí, o la inscripción se revele por sí sola, totalmente.

Por lo pronto, hay quienes creen, positivamente, que todo esto no es más que una obra de la esperanza para estos tiempos difíciles. Aunque, no hace mucho tiempo, hayan matado a un hombre en la puerta de la capilla cuando se disponía ver al Santo aparecido.

Bibliografía

Aprile-Gnissetjacques

Notas sobre la fundación de Tuluá (copia del original sin editar, que reposa en la Biblioteca Pública Municipal de la ciudad.)

Martínez M. Guillermo E.

Tuluá, Historia y Geografía, edición imprenta del Departamento, 1946.

Paredes Cruz Joaquín

Item.

Textos Periféricos

Martínez Núñez Guillermo E.

Monografía De Tuluá,
Edición Carvajal & Cia., 1911

Paredes Cruz Joaquín

Tuluá, Corazón del Valle,
Edición Carvajal & Cía.

Potes Lozano Daniel

Panorama histórico de Tuluá,
Edición Carvajal & Cía.

Siemens L. William

Don Pedro Uribe, edición Carvajal & Cía.

Saavedra Galindo José Manuel:

Colombia Libertadora, Edición Facsimilar producida por "Saavedra Galindo & Cía."

Álvarez G. Gustavo

Cóndores no entierran todos los días. Ed. Destino 1972.

Ochoa José Hugo

Agua de Pizarra, Edición Imprenta

Departamental, 1985.

Muñoz Jiménez Fernán

Horizontes Cerrados, (Novela).1953

(entre otros...)

La historia de nuestros ancestros Indígenas, la importancia en la lucha por la libertad de la nación son algunos de los rasgos que recrean estas crónicas amenas y juiciosas.

Este libro también es una manera de enaltecer la provincia, de darle voz y vida a los que no la han tenido, de alguna manera el autor sin proponérselo hace que el centralismo tan común y tan silenciador desaparezca y brillen con luz propia ocho municipios de los lugares más queridos del Centro del Valle del Cauca.

Clara Luz Roldán
Gobernación del Valle del Cauca

